

EDUARDO
GALEANO
LA CANCIÓN
DE NOSOTROS



EDUARDO GALEANO

LA CANCIÓN DE NOSOTROS

Primera edición: 1975

© 2011, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

© Eduardo Galeano

Diseño de cubierta: Peter Tjebbes

Ilustración de cubierta: Mariana Nemitz

ISBN 978-987-629-148-4

Impreso en Artes Gráficas Delsur

Alte. Solier 2450, Avellaneda,

en el mes de abril de 2011

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina / Made in Argentina

El molino ya no está;
pero el viento sigue todavía.

Van Gogh, carta a Théo

Datos al margen

Esta obra,

novela o lo que sea, fue escrita en Buenos Aires en 1973 y 1974, en los primeros tiempos del exilio de su autor. Está dedicada a la ciudad de Montevideo. Fue premiada por la Casa de las Américas en 1975.

Los capítulos de la Inquisición, en letra bastardilla, provienen de los documentos recopilados por J. T. Medina en sus obras *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Lima (1569-1820)* y *El Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en las Provincias del Plata*, editadas en Santiago de Chile a fines del siglo XIX. Son transcripciones textuales, aunque el autor las ha armado a su manera y ha modernizado la ortografía.

El autor

nació en Montevideo, en 1940. Eduardo Hughes Galeano es su nombre completo. A los catorce años entró al mundo mágico del periodismo, publicando dibujos que firmaba Gius, por la dificultosa pronunciación castellana de su primer apellido. Algún tiempo después, empezó a publicar artículos. Los firmó Galeano, y así se lo conoce.

Ha hecho de todo. Fue mensajero y dibujante, peón en una fábrica de insecticidas, cobrador, taquígrafo, cajero de banco, diagramador, editor y peregrino por los caminos de América. Algunas veces se murió, pero resucitó siempre.

En Montevideo dirigió un diario y algunos periódicos, sucesivamente clausurados por el superior gobierno o los acreedores. En Buenos Aires, fundó y dirigió la revista *Crisis*. A principios de 1985, regresó al Uruguay, al cabo de un exilio de doce años en la Argentina y España.

1. La ciudad

¿Nos contarás tu historia?
¿Nos hablarás al oído alguna vez?
¿Nos dirás: yo fui trazada
en el camino de una bala de cañón,
humillada por el viento, barrida,
salvada de las pestes
por el viento que sopla del sur?
¿Nos dirás: yo fui sangrada,
vaciada, quemada, traicionada?
¿Nos entregarás espadas para vengarte?
¿Espejos para multiplicarte?
¿Vino para celebrarte, voces para nombrarte?

Ciudad enmascarada que nos escondés el
rostro a nosotros tus hijos:
¿Bailan juntos en tus noches
los vivos y los muertos?
¿Salen juntos de cacería los vivos y los muertos?
¿Por qué tan larga nuestra vela de armas?
¿Con qué tinta se dibuja tu rostro? ¿Con qué sangre?
¿Mueren de estafa los hombres que mueren
para que nuevamente nazcas?
Ningún dios nos ama, ningún dios nos escucha.
¿Adónde, a qué comarca o cielo ajeno
se nos llevaron el alma?
¿Qué pájaro la robó, qué gaviota?
¿Me dejarás saber que soy de acá, sentir que soy de acá,
nacido acá?
Ciudad mía, ciudad nunca:

¿Seré digno de hundir la cabeza entre tus pechos?

¿Mereceré beber tus jugos

amargos, poderosos?

¿Podré cantar tu canción boca arriba sobre la hierba?

¿Cantar con voz de ciego tu canción?

2. La ciudad

La noche ha impregnado a la ciudad con su aliento, el jadeo de la boca de la noche, pero el sol del otoño ya se acerca y será suficiente para acorralar a la humedad contra los cordones de las veredas y al pie de los muros, junto a la basura.

La playa, en cambio, no se secará. Las huellas seguirán impresas en la arena como sobre cemento fresco: se podrá adivinar por dónde han andado los pescadores con sus faroles y las gaviotas y el caballo de las noches de luna llena. El caballo se ha pasado la noche galopando, las crines azotándole los flancos, echando vapores por la boca y levantando nubes de arena y espuma con los cascos.

Durante toda la noche ha corrido por la costa, el caballo, hacia el este y hacia el oeste, más veloz que un grito, hiriéndose con los filos de las rocas, parándose a veces en dos patas y relinchando frente al mar, lastimado, retobado, brillante de sudor y de salitre, los cascos tambores llamando desde la tierra a alguien que no llega, y cuando la primera claridad del día se deslice a traición en el aire, el caballo se meterá mar adentro, regresará mar adentro: el caballo de ojos incendiados, invicto de jinetes.

3. El regreso

Entre los rituales sonidos del amanecer en la ciudad, ruidos de botellas y latas y perros flacos husmeando la basura, Mariano escucha el motor de un ómnibus que se acerca. Vuelve sobre sus pasos, arrastrando apenas la pierna renga, y sube al ómnibus. Tropezando con el escalón. El ómnibus ferruginoso está lleno de hombres que se apretujan sin hablarse. Ésta es la hora peor: huele a derrota y a humedad y al humo frío del primer cigarrillo. El silencio revuelve las tripas.

A las pocas cuadras, Mariano se baja. Las calles de piedra del puerto, calles culebras, se deslizan retorciéndose entre la costa norte y la costa sur. Todavía centellean, en el aire de ceniza, los letreros de los bares.

Un camión cargado de soldados atraviesa, roncando a baja velocidad, la calle de la escollera. La lona entreabierta deja ver, desde atrás, las miradas aburridas de los soldados, y el caño de una ametralladora. Las ruedas salpican de barro los pantalones de Mariano pero Mariano no corre, Mariano no se pega a la pared: continúa caminando, como si tal cosa. Cierra los ojos. Cuando era chico, alcanzaba con cerrar los ojos y pensar: los demás no me ven.

Las muchachas de los bares matean yerba lavada, al cabo de una noche larga sin clientes. Sí, ésta es la hora peor: tiene un sabor y un color de mentira y ya no quedan palabras para decir ni ganas de decir ni música brotando de las máquinas traganíqueles. Mariano entra; pide una grapa. El trago arde en el cuerpo, le hace bien. Vista desde el mostrador, la ciudad se despereza contra las cortinas de flecos de plástico y se rompe en franjas reverberantes. Se siente un olor acre en el aire, adentro, y hay anillos pegajosos de cerveza sobre el hule que cubre el piano maltratado: alguna mosca anda por el humo, el aceite burbujea en la sartén. (Al fondo, duerme la mona el campeón que ha peleado anoche su última pelea. Duerme desbordado sobre un catre, con la boca abierta, boca arriba: es grande como un país. Mariano no lo ve ni sabe, pero anoche el campeón resbaló y

cayó, al esquivar un gancho de derecha, cuando tenía ya la cara inflada por los golpes de varios jodidos rounds y le sangraban los labios y la ceja partida. Cayó y el público se alzó de sus asientos y él ya no podía mirar por entre las bolsas de los párpados y sólo podía escuchar y oyó los rugidos de la multitud y supo que toda esa gente había estado esperando desde siempre la oportunidad de verlo caer.)

Tres pescadores caminan hacia la escollera, con sus cañas al hombro. Mariano sale del bar. Un olor a alquitrán y a pescado se levanta desde cerquita. Mariano anda vagando y la nostalgia es un perro perseguidor que le muerde los talones. ¿Por qué regresa uno?, se pregunta. ¿Por qué siempre regresa uno? La ciudad. A otra hora, en otro tiempo. El café. La ventana abierta a la virazón, cuando el mar, en las luminosas tardes del verano, te devuelve viento fresco. La felicidad ocurriendo: el viento de salitre golpeándote la cara, un cosquilleo que te recorre la piel y te hace sentir ganas de abrazar a todos. Este mar. No un mar cualquiera: el río-mar, el río ancho como mar: yo con él conversaba desde chico. Yo desde chico tenía la costumbre de escucharle las voces y contarle cosas y sabía que él es más importante que nosotros y va a tener vida más larga. Este mar. No suena como los otros y se mueve de otro modo. Sagrado mar siempre gurí.

Faltan todavía algunas horas para llegar a la cita. Mariano se rasca el bigote nuevo, que él odia tanto como el nombre falso y el pelo teñido. A través de las suelas gastadas de los zapatos siente piedritas que lo pinchan y el frío se le mete y le muerde las plantas de los pies y trepa, lengua de hielo, por las pantorrillas. ¿Por qué regresa uno? ¿Por la revolución? ¿Por este modo que tenemos de querernos sin decirlo? ¿De caminar como guapeando y mirar con melancolía? Mariano echa un soplo de vapor por la boca; camina fumando frío. Esta ciudad, ¿no supo ser un fraternal campamento sin fronteras? ¿Acaso no es también nuestra trampa de ratas? ¿No es acaso nuestra impresión digital, nuestra tan de veras señal de identidad, y al mismo tiempo nuestra podrida jaula? Esta ciudad. La amenaza se enrosca, acecha: te persigue con el oído pegado a las paredes y te vigila por las pestañas de luz de las persianas. ¿Está uno dispuesto a morir por esta mierda y esta maravilla?

El sol desgarró su máscara de grisura. Las gaviotas chillan, desesperadas, revoloteando en círculos sobre las brótolas y las lisas y las corvinas que cuelgan de los juncos, entre horquetas de palo. En la superficie del agua quieta, agua de sopa de petróleo, las boyas ondulan en círculos iridiscentes.

Sin darse cuenta, Mariano camina como buscando el café del griego. En las espaldas de los estibadores nacen y renacen jorobas de arpillera; las mandíbulas de las grúas muerden y escupen mercaderías. Chirriando sobre los rieles, entre los depósitos y los cajones apilados, un vagón va y viene. Más allá, acodado en el castillo de proa de un buque, un marinero fuma.

Mariano sabe que el café del griego no existe más. Pero existir, existió. ¿Existió? Sí, estuvo vivo. Fue de vidrio y de madera y en las madrugadas neblinosas se detenían, a sus puertas, las lanchas remolcadoras y los barquitos pesqueros. Había una muchacha que se llamaba Clara, sentada frente a Mariano, y una botella de vino con dos vasos sobre la mesita, en el empedrado, aquí, al borde del mar. Un remolcador abría un largo tajo de espuma, gruñía, echaba una humareda de hollín entre las embarcaciones ancladas. Se hinchaba y se alejaba una vela roja. El vino dejaba un sabor áspero en el paladar, pero daba calor al cuerpo. Una sirena sonaba, bbbúúú, bbúúúúúúúú, y otra sirena respondía, y Clara tenía una nariz buena para dar besos de esquimal y para ser acariciada con la yema del dedo índice y buena, también, para ser recordada. Y ella bostezó, una rendija le separaba los dientes, y se desperezó y el suéter y el pantalón se abrieron como dos párpados mostrando el temblor del vientre, la curva de la cadera, la piel radiante. Entonces Clara hizo chasquear los dedos y arrojó una pestaña hacia atrás, por encima de su hombro izquierdo, y pidió, con los ojos cerrados, tres deseos. No dijo cuáles. Se rió y apretó los dientes y no dijo cuáles y todo eso ocurría antes de que empezara el miedo.

Mariano despliega un diario y se sienta encima, con las piernas colgando sobre las grandes rocas pulidas como huesos. De vez en cuando escucha pasos a sus espaldas: se le crisan los músculos: mira de reojo, tenso, y transcurren los segundos, y vuelve a lo suyo. Dos hombres pasan, entre otros. Uno es un negro fornido, que camina desganado y cariñoso como un gato con sueño y tiene ojos amarillos y voz ronca; el otro es un petiso de bigote ralo, que camina sacando pecho y dos por tres tropieza. Mariano no les presta atención: ellos caminan abrazados, un poco borrachos y otro poco también.

Mariano quisiera pensar. Sólo puede recordar. El puerto retrocede, la ciudad se extiende. Los tiempos idos avanzan. Se abren paso los fantasmas desde el exilio tristón de la memoria.

4. La ciudad

Las cosas han perdido sus nombres y nosotros ya no damos sombra.

Nuestra tierra se ha vaciado de hombres vivos y la esperanza se ha convertido en una puta estéril de tanto asesinarse personitas en el vientre.

¿Qué se ha hecho de la tierra que nos había sido dada para crecer y creer y ser libres como en un juego? La que veíamos y nos devolvía el poder de mirar. La que nos hacía señas al otro lado de la noche y la tristeza. La pobrecita maga chambona. ¿Qué se ha hecho de ella?

¿Es ella este cadáver que los caballos arrastran?

¿Qué somos nosotros si ella ya no es? Inventarnos, nacer juntos: ¿podremos volver a no estar solos?

¿Dónde están los cuerpos que se buscaron y se ataron entre sí con nudos de músculos y maravillas y ciegamente creyeron que seguirían para siempre mojados de esos jugos y muertos sólo de risa?

Nosotros cantadores, nosotros nacedores: antes de que empezara este largo penúltimo día, ¿cómo éramos? ¿Éramos quiénes?

El viento anda de dueño de los restos del naufragio y nos arroja adonde quiere. ¿No volverán a juntarse nunca los pedazos que nos hicieron posibles?

5. Andares de Ganapán

Buscavida estira las piernas, hace bailar los dedos de los pies. Libres de los zapatos, que son dos números más chicos, los dedos de los pies se retuercen y retozan como gusanos felices.

Ganapán lo mira hundir los pies, hasta los tobillos, en el agua. Las olas se deslizan sin brío entre las rocas. El mar, en bajante, se bate en retirada, y a su paso deja canales y lagunitas llenas de musgo y espuma y peces chiquititos que corren como flechas. Ganapán se echa de bruces, su cuerpo enorme desparramado sobre una roca, y sumerge la cabeza en el agua helada; resopla, vuelve a sumergirla. Buscavida lo imita, a pesar de los estremecimientos de frío que le recorren el cuerpo. Él también siente el malestar de la resaca en la boca del estómago, el paladar pastoso, las moscas que zumban en el cráneo. Necesita un peine; no lo encuentra. Sacude varias veces la cabeza. Se oprime los párpados con los dedos. Cuando entraron a tomar la primera copa, la luna estaba recién dibujándose, enorme, a un costado del cielo. Cuando salieron, habían agotado tres botellas de caña brasileña y la luna persistía en otro lugar, pero ya había amanecido el nuevo día. No habían llegado demasiado lejos, sin embargo, por el camino en esos de la borrachera: se durmieron sobre la mesa cuando recién empezaba la etapa de los agravios al Creador, que sucede al capítulo de los improperios contra la autoridad, antes de llegar a la exaltación de caudillos depuestos o extintos y mucho antes de la pérdida de la estabilidad y la negación de la evidencia.

Se acuestan boca arriba, ahora, para recibir los rayos pálidos del sol en las caras. Sobre una roca alta, descansa la maleta de cartón de Buscavida, cerrada con candado, y sobre la maleta, cuidadosamente doblado, yace el saco de su traje, de anchas solapas picudas y muchos botones.

—Yo te dije que no se podía —masculla Buscavida.

—Otras veces pude —dice, entre dientes, la voz ronca de Ganapán. A

través de un agujero de la camisa, se rasca la barriga con el pulgar.

A la salida del cafetín, habían intentado colarse en la estiba, donde pagan bien por hombrear bolsas. Estaban en la cola, ante los portones del puerto, y un tipo los echó. Les preguntó qué hacían allí y quiénes eran ellos y los echó. No esperó las respuestas. Era el que mandaba, y no parpadeaba nunca: enojado, se veía, hasta para besar.

—Yo lo vi y me di cuenta —dice Ganapán—. Éramos dieciséis en la cola y entré a estudiar el asunto, porque yo sé que cada diez hombres hay un hijo de puta.

“Che, Ganapán”, dice Buscavida, riéndose solo repentinamente. Con el puño izquierdo adelantado, Buscavida explora las defensas de un rival invisible, dice: “¿Te acordás cuando les dimos la paliza a los milicos?”, lanza un gancho de derecha al aire, se ríe: “¿Te acordás de la bruta paliza que les dimos?”, se ríe cada vez más y tose: “¿Cuándo fue, Ganapán?”, y tose tanto que se sienta para no ahogarse.

—Esa regla no me falla nunca, a mí —continúa Ganapán, sordo, mirando los resplandores ambarinos del cielo de otoño. Siempre fue así en la historia de la humanidad. Así que tenía que haber por lo menos un hijo de puta. Y había.

Con el dedo, Ganapán recorre la cicatriz que le atraviesa la cara: una frontera blanca abriendo en dos la negra piel radiante: él nunca habla de su cicatriz, pero se entiende con ella.

“¿Te acordás, Ganapán?”, insiste Buscavida, riéndose todavía con una risa tartamuda, en explosiones de risa y tos cada vez más espaciadas, como un motor que se va quedando sin nafta: “¿Te acordás cuando los hicimos puré a los canas aquellos?”, y poco a poco se apaga: “¿Te acordás?”.

Ya no lo sacude el hipo de la risa y tristemente mira el mar, con el mentón en las rodillas alzadas y los brazos caídos; mira las franjas oscuras de las corrientes, el vaivén del lento oleaje con barbas de espuma. Le duelen los pulmones y le duele la muela. La maldita muela siempre le duele cuando él recuerda que no tiene dinero y le da por pensar que viven mejor los perros que los cristianos y no hay grapa ni caña al alcance del buche para tranquilizar el nervio. Extrae un escarbadietes del bolsillo chiquito del pantalón y se pincha el agujero de la muela devastada.

—Si al menos uno tuviera un solo diente...

—Como don Idilio, ¿no? —asiente Ganapán.

—Él tenía un solo diente en toda la boca.

—Tenía esa suerte.

—Se puede vivir de una virtud o de un defecto.

—Pero tiene que ser importantísimo.

—A don Idilio le pagaban por eso. Con una cucharita se pegaba en el diente y hacía música.

—Tocaba el Himno Nacional completo a su exclusivo beneficio.

—Eso le daba para ir tirando.

—Vivía bien.

—Vivir bien. ¡Vivir!

—Vivir es más difícil que enderezarle la pija a un chancho.

—Y sí.

—Un oficio raro es como siete oficios.

—Pero...

—Vos, con ese colmillo de oro, te podrías tocar unos conciertos bárbaros.

—Total, para lo que me sirve. De talismán, lo usaba. Pero no me defiende.

Buscavida se acaricia las pelusitas que le caen a los costados de la boca:

—Vender sangre, no se puede. Yo ya estuve la semana pasada. ¿Y vos?

—Hace tres días.

—Tan seguido, no te aceptan.

—Ellos controlan, los guampudos.

—Y a ellos, ¿qué les importa? ¿Me querés decir?

—Qué sé yo. Será que te queda más aguada, la sangre. Como mentida, así. No sé.

Buscavida se para sobre una roca. De espaldas al mar, gesticula interrogando a la ciudad:

—¿Somos gitanos? ¿O qué somos? ¿No hay ningún lugar que sea de nosotros?

Ganapán arroja una piedra al mar. La piedra prolonga en el espacio la diestra parábola del brazo.

Lejos, unos niños ruedan riendo por la falda de la colina; corren los automóviles por la rambla; un viejo de mameluco raído aceita los engranajes de los juegos del parque. El filo de una pala penetra en la tierra seca del cementerio. Se desprenden las hojas de los árboles, planean en el aire, caen suavemente al suelo.

—Juntar botellas y fierros viejos —dice Ganapán— ya no da. Hay mucha competencia. Todo el mundo anda con la trompa hundida en la

basura. Es un asco; yo me retiré. No es digno ni de los chanchos andar escarbando la basura. Y entonces, ¿qué? ¿Vender diarios?

—De los que sabían leer de corrido, ¿cuántos quedan?

—¿Lustrar zapatos?

—No te rinde ni para el betún.

—Por arrancar yuyos, ¿quién paga?

—Billetes de lotería, ¿quién compra?

—¿Alquilar el saco a la entrada del casino? ¿Qué saco?

—Yo tengo.

—Te lo dejan en la mesa verde.

—¿Rifar el sueldo?

—¿Qué sueldo?

—¿Vender versos sobre los muertos famosos?

—Los muertos famosos están prohibidos.

—¿Y en los talleres?

—¿Y en las fábricas? ¿Y en las oficinas?

—¿Cuántas recorriste, Ganapán? ¿No te ibas a esperar los diarios a las tres de la mañana? ¿No te enchastrabas los dedos con la tinta fresquita?

Caminan hacia el vaciadero. Un perro, abandonado como ellos, los persigue. Es un perro lagañoso, rabón, lastimado en el lomo.

El perro se sienta sobre las patas de atrás y para las orejas: la función va a comenzar. El baldío, lleno de latas, piedras y abrojos, sirve de escenario. Buscavida, parado con las piernas abiertas sobre un cajón de cerveza, se ha encajado en la cabeza una olla tiznada y destartalada a modo de galera de felpa, y usa un pedazo de palo de escoba como cigarro de hoja. A sus pies, en cuatro patas, Ganapán muerde el polvo: varias vueltas de cadena le atan el cuello. Con la mano derecha, Buscavida sostiene su habano de palo; con la izquierda retiene el extremo de la cadena y la sacude golpeteando la espalda de Ganapán. Desde allá arriba, Buscavida chilla con la voz en falsete, a distintos ritmos, como un disco que va cambiando de velocidad y todas las velocidades están equivocadas: pregunta nombre y apellido, dirección, edad, estado civil, profesión, antecedentes, enfermedades, religión, ideas políticas, tendencias, preferencias, referencias.

Ganapán ladra, maúlla, grazna, cloquea, rebuzna, gruñe, muge.

Una detonación retumba repentinamente desde las canteras, desatando un alboroto de pájaros. Por detrás del cementerio se eleva una columna de humo blanco; el perro ladra hacia allí y corretea nervioso,

dando vueltas sin atreverse a huir. Buscavida pega una patada en el trasero de Ganapán y de un salto baja del cajón de madera. La olla se convierte en un sombrero de plumas; Buscavida saluda al perro con una reverencia. En seguida se ríe, el colmillo relampagueando al sol, pero Ganapán se ha incorporado con cara de pocos amigos. Ganapán: largo, ancho, negro. Busca lo mira con cierto recelo: la excitación se pincha como un globo cansado de volar.

Se sientan uno a cada lado del perro, que ya ha olvidado la misteriosa explosión y se lame las patas cuidadosamente. Fuman el último cigarrillo que les queda: lo comparten, una pitada uno, otra pitada otro. Ganapán se frota los párpados. Pregunta, pero a nadie:

—Y el Cielo, ¿será así también? ¿Habrá países tristes en el Cielo?

—¿Te preocupa? —Buscavida arroja piedritas contra su valija, parada algunos metros más allá—. A buen puerto vas por agua. Si igual vos nunca vas a pisar el Cielo. Ahí tampoco te van a dejar entrar.

—¿De qué tiene que disfrazarse uno para enderezar la suerte?

—¿Qué culpa tiene la oreja de haber nacido agujereada?

—Será el destino.

El destino: el lugar adonde quería llegar el primer ciego que se perdió en el tráfico. El destino:

—La Ciudad Grande. Ahí te ibas a ir anoche, Busca, y ya te olvidaste. A la Ciudad Grande. Y si no te fuiste, fue por mi culpa —dice Ganapán, el ceño fruncido, las palmas de las manos en la nuca.

Buscavida se apoya en un codo:

—¿Y qué se ganaba con eso, me querés decir?

—Todo se ganaba. Mirá los que se fueron. Allá hay otro respeto. Y hay trabajo. Desembarcás y ya estás trabajando. No te dan tiempo ni a dejar la valija. Y los precios de las cosas son tan, pero tan bajos, que hay que comprar agachado.

Ganapán continúa hablando, las palabras envueltas en la última humareda del último cigarrillo:

—¿Cuántos se han ido, Busca? Gente de mucho roce, doctores y todo. ¿Y el pobrero? Todos se van. La nuestra es una ciudad de gente que dice adiós. Yo no te digo, con toda la gurisada que... Estando yo, comen salteado. Si me voy, se tienen que alimentar a jugo de madre selvas.

A un costado del baldío, en el techo de un tranvía abandonado, duerme un gato. En el tranvía, esqueleto comido por los vientos y la humedad y la sal, vive gente; hay ropa tendida en el cerco de alambre. Un niño descalzo, con una bolsa al hombro, saluda desde lejos agitando la

mano. El campito huele a retamas.

—Nos hemos chupado el pasaje, Ganapán.

—Ésa es la dura verdad. Con el tiempo que te habrá llevado juntar esa plata.

Buscavida se mira las uñas, les echa aliento y les saca lustre frotándolas contra la manga del saco:

—No tiene importancia —dice.

—Pero el pasaje era tuyo. Yo me he tomado el pasaje de mi hermano Buscavida. Lo hice caña, lo hice, y eso no tiene perdón de Dios.

—Para lo que se acuerda, Dios, de que existís sobre la tierra.

—En serio, te digo.

—Y bueno, tanto nos despedimos que a la final nos quedamos.

—No hay que despedirse tanto. A estas horas, ya estarías vos en la Ciudad Grande. No tiene perdón. Y no fue por necesidad, porque...

Buscavida cabecea, sentencioso:

—Hay que despedirse un poco nomás, Ganapán. Un poquito. Eso es lo que pasa. Si no, copa va, copa viene, el tiempo no da y la plata tampoco.

Ganapán se descalza, mide los agujeritos de las suelas de los zapatos. Se agacha procurando, en vano, pedazos de cartón o cuero tirados por ahí. Dice:

—¿Querés que te diga? Yo no pensaba verte. Te encontré. Si yo ni sabía que te ibas a rajar.

—Por algo nos cruzamos, Ganapán. Por algo perdí el barco. No hay infamias; hay fatalidades.

Buscavida se pasa la lengua por los bigotes ralos:

—Dios y el Diablo son tiras del mismo pellejo. Yo, lo que sé, es lo que se ve. Y se ve que vos, Ganapán, estabas señalado para acompañarme en alguna aventura misteriosa.

—Y sí, puede ser. Anoche tuve la sensación. Había una cosa muy importante que me estaba esperando. No era mi cumpleaños, pero eso estaba en el aire.

—Está, Ganapán. *Está* en el aire —dice Buscavida, frunciendo la nariz con los ojos cerrados—. Se huele.

Entonces se levantan y caminan, calle arriba, rumbo a la plaza. El perro corretea atrás, chueco como Ganapán; anda husmeando árboles y tobillos.

Los dos amigos se prueban haciendo equilibrio sobre el cordón de la vereda: la noche de tragos ha quedado atrás, los cinco sentidos están despabilados: sienten sed y ganas de inventar. Ganapán sueña con que se

van a buscar un tesoro escondido por los jesuitas, hace siglos, en las cuevas de las rocas, y van armados porque al tesoro lo custodia una serpiente.

—Ganapán, Ganapán —Buscavida ríe, disfruta su risa, ríe—. ¿Te acordás cuando les dimos la biaba a los policías? ¡Cómo los dejamos, Ganapán!

Se ríe a las carcajadas, doblando el cuerpo, agarrándose la barriga con ambos brazos: “¡No los reconocían ni las madres!”.

Envuelto en trapos y diarios, un niño duerme arrinconado contra la puerta de un cine. Los gorriones disputan migas de pan bajo las frondas de los plátanos. Se escuchan voces pregonando fruta fresca y noticias del día.

6. La ciudad

El viento se demora en arrear las nubes y el hambre tiene uñas que arañan la tela del estómago. En la boca de la cloaca, los mendigos investigan los excrementos de la ciudad y esperan que aparezca, por milagro, flotando en la inmundicia, algún anillo de oro.

La ciudad hierve de mendigos y laburantes sin camisa y sin fe, mientras los inquisidores y los verdugos alzan sus estandartes y el Poder avanza por los basurales. Enanos con abanicos rodean al Poder; lo flanquean los jinetes enmascarados del Escuadrón de la Muerte. El Poder es capaz de todos los crímenes menos de los que requieren coraje. Devora héroes y caga locos. Hasta los postes del telégrafo se inclinan a su paso. El Poder inaugura cárceles el día primero de cada mes. El enemigo quiere un mundo sin dueños ni prohibiciones y el Poder advierte: el enemigo pretende hacernos creer que no existe, pero ¿quién no es peligroso para el orden público? El enemigo se infiltra, anida, intoxica, asedia: huele a azufre, tiene cuernos, es nocturno y joven y numeroso.

El hambre, daga lenta, desgarrar los intestinos.

Un loco persigue por las calles el eco que perdió cuando era chico, y una mujer sola siente las lágrimas arremetiendo contra las pestañas y busca un sitio para llorar y no encuentra.

Un hombre se hinca, desesperado, y lame la pared.

7. El regreso

Calle abajo se ve el mar y parece que los barcos navegaran sobre los tejados. Las gaviotas rozan el agua, le arrancan chasquidos, recobran vuelo con las alas abiertas. Las hélices de un barco van removiendo, a ritmo parejo, el agua de barro; las olas golpetean lentamente contra la quilla. Ya se han disuelto en el aire nuevo de la mañana los jirones de niebla que al amanecer ondulaban, como colas de caballo, entre los mástiles. Detrás del edificio de la aduana, un bichicome recoge un tizón de leña que ha usado para calentar el agua del mate. Alza el tizón y dibuja, en el muro, un garabato alegre.

Calle arriba, está casi vacío el café de la cortada. La luz del día choca contra los vidrios de la puerta y se rompe en múltiples haces dorados. Dentro de los chorros de luz deambulan, flotando, haraganes, el polvo y el humo.

Con la vista clavada en el fondo del pocillo vacío, Mariano está queriendo y no pudiendo descifrar los enigmas de la borra del café. Después piensa en otra cosa y con la cucharita raspa la borra, dibuja el óvalo de una cara, hace tintinear la loza; después alza la mirada; después la ve llegar, entrar, venir: le ve los ojos oblicuos, que cambian de color según la luz o el ánimo y se encienden al descubrirlo allí sentado, en la mesa del fondo, esperándola, y la lluvia negra del pelo que ahora ella lleva suelto. La ve deslizarse como un barquito, caminando, navegando, entre las mesas y los espejos.

Clara se para frente a Mariano y dice: “Hola”. Ella quisiera que fuera posible hacer de cuenta que no ha pasado el tiempo ni ha pasado nada. Se sienta al revés, abrazada al respaldo de la silla, el mentón sobre el respaldo, y a Mariano se le alborota el pecho, Mariano piensa: es una suerte que ella siga estando.

Clara se muerde el pulgar. Al cabo de un buen rato, dice:

—Así que volviste.

Y dice:

—Es peligroso.

Mariano alza los hombros:

—Pasó mucho tiempo.

—No tanto. No tanto tiempo.

—Bastante.

—Cualquiera te...

Y dice:

—¿Te creés muy cambiado? Estás cómico, con esos bigotes. ¡Y rubio! Te reconocí en seguida.

Éste es un lugar tranquilo. Él espera las palabras, las envuelve, las conduce. Mariano está sentado de espaldas contra la pared y se siente por fin capaz de respirar sin jadeos. Al otro lado de las cortinas amarillas de las ventanas, hay manchas que atraviesan el aire fresco y luminoso de la mañana de otoño.

En otra mesa, lejos, un viejito escarba el diario con los lentes. En el mostrador, un hombre bebe de espaldas y conversa, susurrando, con su vasito de caña: tiene una pierna encogida, como un tero. El lustrabotas duerme en un rincón.

Mariano pide dos vasos de vino blanco bien seco y frío. Clara bebe de a sorbitos, se relame los labios, dice:

—¿Te acordás? Me habías pedido que te leyera la suerte.

No cruzarse de brazos ni de piernas, cortar en tres con la mano izquierda. El caballito de copas. Mariano llevaba un gorro de plumas, gola, capa:

—Cinco de copas, situación peligrosa. Siete de oros, sorpresa. Cinco de bastos, disgusto. Nunca más te iba a ver. Era raro pensar que nunca.

Las manos se buscan y se aprietan. Las barajas se equivocan. Como nosotros. Como todos los bichos vivos.

Mariano dice:

—Un buen día descubris con cuánta facilidad te pueden borrar. Te queman las cartas, los libros, las cosas tuyas. Te matan o te encierran o te obligan a irte. Un buen día te das vuelta y descubris que ya no queda ninguna huella. Como si no hubieras existido nunca. Ahora, tengo nombre de otro.

El sol va enrollando las sombras y se las lleva. El lugar huele a madera húmeda y a café recién molido. Cuando llegue la noche, el olor a tabaco predominará.

—¿Por eso volviste? ¿Por eso me querías ver?

—Y vos, ¿no querías?

El le mira el rostro, multiplicado por los espejos de los lambrises de madera. Parpadea y Clara está desnuda bajo el sobretodo de él, que le queda como una carpa, y lleva los zapatos de él, desabrochados, y camina por la casa, camina como Chaplin, y está bellísima.

Mariano sacude la cabeza:

—Hoy anduve toda la mañana buscando el café del griego. Pensé que se había mudado, que...

—Yo volví, algunas veces.

—¿Sola?

—¿Cómo?

—Pregunto si volviste sola.

Ella le pellizca el muslo y él pega un respingo.

—Claro que sola, bobo. Al mediodía, como antes. Volví aunque me daba miedo. Después, necesité ir y el café ya no estaba.

Clara vuelve el rostro. Arriba de los revestimientos de madera se retuercen unas molduras de yeso; más arriba hay un afiche de corridas de toros, descuajeringado y sucio de moscas. De golpe, Clara dice:

—No entiendo por qué volviste.

Y retira la mano. La mano de Mariano queda sola sobre la mesa, con la palma vuelta hacia arriba. Tiene la línea de la vida larga pero muy tajeada.

—No entiendo. Me habías dicho: “No nos vamos a ver más. Somos libres”. Yo me quedé muda mirándote la espalda y te perdiste en la esquina de la estación. ¿Qué esperabas? ¿Que te corriera atrás? ¿Que te llamara a gritos? ¿Para qué quería yo esa libertad que me regalabas? ¿Para qué la quería?

(Mariano escuchaba los ecos de sus propios pasos y llevaba la cabeza vacía por dolorosa victoria de la voluntad, pero al llegar a la estación del ferrocarril se le metió por los oídos el estrépito de la máquina aproximándose y entonces supo que desde ahora le harían falta los navegantes misteriosos que tan a menudo se perdían, por puro gusto, en los desfiladeros de niebla de la memoria o la imaginación de esta muchacha. Trepó por los peldaños de fierro y supo que ella sería, desde ahora, una nuca entrevista en la muchedumbre o un perfil que se escapa, una voz adivinada entre otras voces. Que él se daría vuelta bruscamente y echaría a correr y tomaría a una mujer por el brazo: que se equivocaría siempre. Entró al vagón de pasajeros y se sentó en uno de los viejos asientos de paja de la época de los ingleses y supo que ella persistiría:

escuchó el traqueteo de las ruedas sobre los rieles y supo que ella persistiría, persistirá: en verano, en los túneles de hojas, convertida en un sanantonio que te camina por el brazo, o en las noches de julio, llenando una silla vacía en la complicidad humosa de los cafés. Llegó a destino y se bajó, mareado, y seguía sabiendo que ella continuaría oliendo a sí misma en su memoria, deambulando desnuda por la región nochera de sus sueños: que ella sería, que será, una cicatriz que a veces hace cosquillas y a veces late y a veces arde y a veces duele. Y sintió la necesidad de volver y por lo menos decir: “Nunca, nada”. Por lo menos decir: “Como esto, nunca, nada”. Y no volvió.)

—Clara.

—Sí.

—Yo.

Clara dibuja espirales de ceniza sobre la mesa de madera. A Mariano, la boca le niega saliva.

—Yo te extrañé mucho, ¿sabés? —dice Clara—. Y te odié mucho, o quise odiarte mucho, para que no me lastimaras. Quise verte cuando estabas preso, pero no había manera, y yo no tenía a quién preguntar. Y después... Después, me sentía como una bala perdida. Me despertaba llorando. No me gusta llorar. Cuando era chica, leía un libro para varones y había dos páginas que me hacían llorar. Cada vez que leía esas dos páginas, lloraba. Entonces las pegué, con goma. A mí no me gusta llorar.

Mariano se atraganta, carraspea, dice:

—Te mandé un mensaje. Dos. Un par de señales de humo. Te llamé.

—Mucho después —dice Clara.

—Sí.

—Mucho después y desde lejos.

—No me contestaste nunca —dice Mariano.

Clara se ríe, sin alegría. Enciende un cigarrillo. No le siente ningún gusto, aunque no está resfriada.

—Siempre decidís todo por tu cuenta, ¿no? —dice.

Y dice:

—Yo sabía que iba a pasar el tiempo y nos íbamos a olvidar bastante o del todo.

Por un segundo, Mariano siente la tentación de contestar algo que sea brutal y definitivo, como para ayudar al jodido destino a cumplirse, pero se saca los anteojos, mordisquea la patilla y dice:

—No recurrí a vos. Renuncié a vos. Como en las novelas cursis del siglo pasado, ¿no? El enfermo sin salvación viene de ver al médico y dice a

la mujer que quiere: “Ya no te quiero”.

Una arañita, minúscula, camina sobre la mesa; trepa a la mano de Clara, le tiende un puente de hilo entre los dedos. Clara busca los ojos de Mariano:

—Me habías dicho cosas horribles. Antes.

—No.

—Me habías acusado de necesitarte.

—No. No.

—Me habías dicho que...

Ella echa una bocanada, persigue una mosca con el humo.

—Tendrás mucho para contar —dice.

—Y vos.

—¿Yo? No mucho.

—Supongo que te habrán pasado cosas —dice, explora, pregunta Mariano—. En todo este tiempo...

—Me aguanté —contesta, elude, se encierra Clara—. No me morí en tu ausencia. Para mí era fácil, ¿no? ¿Te acordás? Me decías que yo tenía piel de tela impermeable y que todo me resbalaba y... Yo me quedé aquí. Me quedé. Un país en demolición. Esperando. Que se me cayera encima y me aplastara.

Clara escucha su propia voz resonándole bien adentro:

“No vas a llorar, Clara”, su propia voz: “No vas a llorar, no”, alzándola y aguantándola para que no tropiece y se caiga. Por los ojos no le sale nada. Por la boca tampoco. Aunque quizás le haría bien decir: “No me gusta estar sola. No estuve sola. No me gusta sufrir. Te borré. No te necesito”.

Mariano clava la vista en los tablones del piso de madera, en la mugre de varios días con sus noches, las manchas de alcohol o de café, los puchos apagados contra el polvo grasiento.

—Yo no quiero que nadie me espere —dice—. No quería.

—Para no sentirte obligado a esperar a nadie —dice Clara—. Por eso.

—Puede ser. No sé. Puede ser —dice Mariano, y dice—: No importa.

Las palmas de las manos de Clara forman un cáliz que le sostiene y le aprieta los músculos de la cara. Esta cara que parecía no cambiada. Si se pudiera, piensa Mariano, ser más fuerte que la pena y el olvido. No quiero empezar otra vez con aquellas guerrillas inútiles: me dijiste, te dije, no fue eso, sí fue, quise decir, no quise, sí quisiste, no. No quiero haberte lastimado nunca. No quiero defenderme. Si se pudiera decirte que en la prisión vos eras la única libertad que ellos no podían arrancarme. Si se

podiera verte todavía la alegría sacándote chispitas por los poros de la piel. ¿Sabés? Si se pudiera. Fue un asesinato. Ya sé. O no. El amor era un dios primitivo: me exigía sacrificios: se había muerto de hambre.

—Seguís sin decirme.

—¿Qué?

—Por qué volviste.

Mariano mira al techo. Decirte: me sentía ladrón. Decirte: estaba usando una libertad que no era mía. Y además, ¿por qué vuelve el animal salvaje a beber del agua de la cañada? Pero no dice nada.

—¿Querés que te lo diga yo?

—No. No me hagas preguntas. No me gusta que me hagan preguntas.

—Ya sé. Te sentís como si te estuvieran mandando. Yo debería saberlo. Todavía vivís defendiéndote. Como antes. Antes, también eso me gustaba. Pero yo cambié, Mariano. Yo cambié.

Mariano quisiera besarla o quisiera romperle la cara. En cambio, le dice: “Perdoná”. Aprieta el vaso entre los dedos. La mira mirarse las uñas comidas; la mira mirarlo como si él fuera transparente y también quisiera que no hubiera pasado el tiempo y que no hubiera pasado nada. ¿Hasta qué edad se puede creer que la noche es una diosa peleadora y no el resultado de la rotación de la tierra? Enciende un cigarrillo: confirma que sigue mal del pulso. Pide más vino. Podría decir que ha vuelto para hacer algo por su pobre Tierra y por lo que le merece ser salvado; y eso sería verdad. Pero sería solamente una parte chiquita de la verdad.

—Uno decía: “Brindemos por la próxima vez”, y en el fondo sabía o temía: “No habrá ninguna próxima vez”. ¿Qué somos, Clara? ¿Fantasmas borrachos que andan por ahí? ¿Qué somos todos nosotros? ¿Qué mierda somos? ¿Por qué se arruina siempre todo? ¿No podemos hacer nada que dure?

Mariano siente que muy del fondo le brota la necesidad de hablar, de contarle. La prisión. La importancia universal de una frazada y una manzana. La memoria de tu cara. En el espacio breve de tu cara cabía toda mi libertad y sobraba sitio. Contarle: “Pero las caras se sueltan y se van. Una noche le pedís una cara a la memoria y la memoria no segrega nada. La muerte es eso. No poder recordar. Eso”. Contarle: “Me colgaron de una cruz de madera, con las piernas abiertas hasta rajarse”. Contarle: “Alguien había escrito en la pared de la celda: *Afuera siempre creyeron en vos*”.

Hablarle, contarle, decirle: quedar vacío. Pero sonaría a súplica o chantaje.

—¿Por qué se joden siempre las cosas? ¿En qué momento se joden

para siempre?

Clara lo mira, mordiéndose los nudillos. De pronto hace chasquear los dedos y abre el bolso, como apurada, y saca una libreta de tapas negras. Mariano parpadea: es su rotosa libreta de teléfonos y direcciones. La acaricia con la mano. Las tapas correosas, cuarteadas. Con el pulgar, hace correr las páginas. De la A a la Z. La orejea; la abre. La cierra.

—Así que se salvó.

—Varias cosas se salvaron. Está muy deshecha. Tendrías que pasarla en limpio. Yo no me animé a tocarla.

—Yo tampoco me animo. Me da miedo.

Y piensa, y los discos, y los libros, ¿qué se habrán hecho? Una queja de saxos, una garúa de guitarras, una huella digital impresa en una página, los amuletos regalados por las mujeres que amé y los hombres que fueron mis hermanos: una cápsula de una bala calibre 22, una piedrita transparente para apretar entre dos dedos y alejar la desgracia, un caracol de colores, un caballito de mar: sí, yo te había dicho: no importa perder las cosas, las cosas no significan nada. Pero ahora me pregunto: aquellas cosas que yo quería, ¿qué se habrán hecho?

Esta libreta. Esta libreta:

—Está toda llena de muertos, Clara, y de gente que se ha ido. Te podría decir: los conocí, por lo tanto no están muertos; los conocí, por lo tanto no están lejos. Sería una puta mentira.

Tienen sed. Piden más vino blanco, y luego más. Cada uno siente las rodillas del otro bajo la mesa; las piernas se mueven, se extienden, se entrelazan. Ahora fuman del mismo cigarrillo. Ahora no están tan lejos del otro tiempo, cuando dormían abrazados y nada iba a poder destruirlos y esa insensatez era mejor que la memoria y que los días siguientes y se despertaban y se encontraban los ojos y pensaban: pobrecito Dios, que no puede nunca estar así, por el trabajo que tiene.

Clara echa la cabeza hacia atrás. Él le mira el arco del largo cuello flexible y sin collares, el borde de la blusa: bajo esa tela azul, en las hendiduras que conducen a los hombros, hay algunas pecas. Era lindo recorrerlas y demorarse.

Clara juega con un mechón de pelo, se lo pone de bigote, lo mordisquea. Ella había sido payasa, de muy chica: andaba siempre vestida con la ropa de los hermanos mayores, con un sombrero muy aludo en la cabeza, y andaba descalza, y siempre se le rompía el dedo gordo del pie en los saltos mortales.

Clara dice:

—Mariano.

Y dice:

—Acaríciame la cara. Eso. Así.

Mariano siente entibiarse la piel contra la palma de su mano abierta y ella inclina la cabeza y le roza el dorso de la mano con los labios. Ella dice:

—Quería que volvieras. Sí quería. Quería, Pirata.

Después se levantan, después salen. Mariano renguea de una pierna. La espalda de ella siente frío y él le sube el cierre de la blusa.

8. Andares de Ganapán

Ganapán y Buscavida caminan con los bolsillos de los pantalones vueltos hacia afuera, como banderas de protesta. El viento, que se ha levantado desde el sur y sopla en ráfagas quebradas, les hace flamear los bolsillos y golpetea la tela de los pantalones contra las pantorrillas. La plaza está cubierta de hojas secas desprendidas de las copas de los plátanos. El otoño cruje bajo los pies; una hoja se alza, cobra vuelo, roza caras.

Ambos amigos sienten la necesidad de humo en el cuerpo. Al llegar a la esquina, Buscavida dice:

—Esperame aquí, que ya vuelvo. Vos no tenés buena presencia.

El perro roe un hueso; se queda con Ganapán. Busca ha dejado la valija.

A mitad de cuadra, Buscavida entra en una cigarrería. Es un corredor angosto, con el mostrador cubierto de punta a punta por paquetes de cigarrillos, chocolatines, pastillas y caramelos de colores, llaveros con rebenquitos gauchos, tarjetas postales y chirimbolos para turistas. Las revistas de actualidades y de historietas cuelgan debajo, prendidas con palillos de ropa. El dueño del establecimiento lleva los dedos pulgares enganchados a los tiradores del pantalón y las manos con las palmas abiertas en actitud de ofrenda, como un Cristo de estampita, pero es gordo y desconfiado: las bolitas de sus ojos se deslizan de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, por entre los bolsos violáceos de los párpados: vigila los movimientos de Buscavida. Es hombre de una sola ceja y bigotes de alambre; no contesta saludos. Buscavida le sonrío con el colmillo de oro: un minúsculo corazón calado deja ver el blanco del diente. Le hace una guiñada, apoya un codo en el filo del mostrador. Lo obliga a inclinarse llamándolo con el dedo índice y preguntándole en secreto: “¿De seda, súper largos, sicodélicos, reversibles, irrompibles?”. Buscavida le inyecta las palabras en el oído y el gordo se agacha más porque no entiende, de modo

que la cara queda casi fuera del mostrador y mirando a la derecha: “¿No tiene preservativos de Dinamarca? ¿Realmente no tiene? ¡Pero no me diga! ¿Preservativos garantizados de Dinamarca?”, y para entonces ya el brazo izquierdo de Buscavida se ha convertido en caña de pescar y los anzuelos han atrapado, a la velocidad del rayo, algunos paquetes de cigarrillos rubios con filtro y una cajita de maníes con chocolate.

Mientras tanto, la nariz de Ganapán está aplastada contra una vidriera de instrumentos de música. Ahí adentro descansa, en su estuche de metal, una armónica como la que él necesita. La mirada de Ganapán resbala por las caderas luminosas de una guitarra eléctrica y cae sobre la lonja de un tambor panzón rodeado de flautas como puntas de estrella. Un trombón y varias trompetas completan el conjunto. El aliento de Ganapán ha tendido un velo de bruma sobre el vidrio y Ganapán escucha un redoble de tambores, la ciudad sitiada se rinde, prrraaaán-rataplán-plán-plán, el General Ganapán avanza, desmonta, sus botas sucias de barro pisotean banderas y alfombras color carmesí, se abre paso, sudando a chorros, el invencible, el hijo de la gloria, desgarrá cortinajes con la espada, siente todavía el calor del caballo en los muslos, Ganapán el súper, el temido, el amado, se asoma al balcón, el uniforme manchado de sangre, azul el uniforme, con arabescos de plata y medallas enormes que le pesan en el pecho, Ganapán brillante de luz propia, la multitud delira, los artilleros encienden las mechas, las salvas estallan, él alza los brazos, la ovación, flores blancas vuelan por el aire, vuelan sobre el humo y el gentío, y él sonríe y él comprende y él perdona y Buscavida lo agarra por el codo y le dice: “Vamos”. Un automóvil rodea la plaza; el motor le ruge: “Sos un mentiroso, Ganapán”. La brisa remueve la hojarasca; las secas crepitaciones lo acusan: “Ganapán, sos un cobarde”. El perro se le mete entre las piernas, ladrando y haciendo eco: “¡Mentiroso, mentiroso!”. “¡Cobarde, cobarde!” Ganapán le pega una patada en las costillas. El perro chillá y corre hacia la fuente y ladra a los ángeles de bronce, que bailan la ronda tomados de la mano. Los ángeles le muestran sus culitos, verde-oscuros por la pátina de la intemperie.

Buscavida y Ganapán se sientan en un banco de madera. En la mano derecha de Buscavida hay un gran rollo de papel. El perro no demora en volver, gachas las orejas, y se echa a sus pies. Ganapán piensa que el Cielo está vacío. Buscavida exhibe sus trofeos; arroja maníes al aire y los baraja con la boca abierta. Masticando, la boca llena, pregunta: “Y a vos, ¿no te gustan?”. Pero no convida.

Despliega sobre sus rodillas un cartel pintado en prolijas letras rojas

sobre fondo blanco: *Se rifa*. Está orgulloso de su conquista. Ganapán lo mira de reojo y comenta, con desdén:

—Y con eso, ¿qué?

Buscavida meneaba la cabeza:

—Qué aborto se perdió tu vieja, Ganapán. No te das maña para nada. Ésa es la contra que vos tenés.

Con el puño, Ganapán lo atrapa por el cogote y lo eleva medio metro, como a un muñequito de trapo. Los brazos de Busca se hacen hélices y él tartamudea, ahogado, y por fin cae a plomo sobre el asiento. Gime, se masajea el pescuezo y el traste. Flexiona las piernas, las estira. Luego resopla, se lleva un escarbadiénte a la boca.

Recuperado, explica su plan, con voz de gerente general de algo:

—Este cartel es de la rifa de los estudiantes. Rifan un auto y todo el mundo compra, aunque es un auto atorrante, yo lo vi, de ahí vengo. El negocio nuestro está en buscar un coche bien de bien, algún último modelo que alguien haya dejado estacionado por el centro. Tiene que ser un auto muy bacán, porque a la gente no le vas a enchufar cualquier porquería. Entonces le colgamos el cartel en el parabrisas y vendemos números a beneficio de los huérfanos de las inundaciones.

Se restriega las manos, como enjuagándolas: “¿Ta?”.

Las palomas levantan vuelo rasante, en bandada, brillantes y clamorosas; el perro se lanza tras ellas. Ganapán las persigue con los ojos.

—¿Y? —Buscavida se vuelve hacia él.

—¿Y qué?

—¿Y si se aparece el dueño del auto? Lo veo peligroso como puñalada de tuerto.

—Pero escuchame. Algún riesgo tiene que haber, ¿no? —Buscavida enciende un cigarrillo, convida—. Escuchame bien, Ganapán.

—¿Y qué números vendemos? ¿Dónde están las libretas? Sin papelito con sello, nadie compra.

Busca echa una bocanada de humo, mira el humo ascender y perderse.

—Y bueno. Se consigue.

De pronto, siente un pinchazo agudo en la muela. Se le había incrustado un pedacito de maní y el nervio está protestando. Busca retiene un buche de humo.

—Además —concluye Ganapán—, las inundaciones fueron hace quince años.

Un sacerdote se acerca caminando, con la cabeza inclinada sobre un

libraco que lleva abierto en las manos. El cura clava la vista por encima de los lentes: el vientecito juega con la breve pollera de una muchacha y toda la luz del mediodía se concentra en sus hermosas piernas doradas. El sacerdote tropieza con la valija de Buscavida y trastabilla y casi cae; se pone colorado, tose, pide disculpas, sacude la sotana y levanta el libro del suelo. Las piernas doradas desaparecen en una esquina.

El dolor de Buscavida se extiende: abarca el pómulo, la sien, el ojo. Busca rompe el cartel de la rifa y arroja al viento los trocitos de cartulina.

—Así no se puede seguir —dice Ganapán—. Nos falta...

—... organización —masculla Buscavida, agarrándose la mejilla. ¿Cuánto pagaría por liberarse de su jodido dolor? ¿Cuánto cuesta un dentista? Descubre al perro, que se entretiene oliendo los tobillos de la gente que pasa. El perro: las patas torcidas, costras en la pelambre, ningún músculo en el cuerpo y ninguna luz en la mirada lastimada lastimosa.

Buscavida extrae lentamente una cuerda del bolsillo y lentamente se para y desenrosca la cuerda, la cuerda serpiente, adelanta las manos, las manos masajean la cintura de una invisible compañera de baile. Al perro se le estremece la espina dorsal. Se arquea; pega un salto atrás. Para las orejas; tuerce el pescuezo en círculos, como una lechuga, y gime, desvalido, mientras Buscavida merodea a su alrededor en puntas de pie y con la cuerda en la mano. Súbitamente el perro se lanza a correr a todo lo que da, abriéndose paso en medio de un alboroto de hojas secas y aleteos de palomas.

—Desgraciado. —Buscavida enrolla la cuerda, se la guarda, vuelve a sentarse, hunde las manos en los bolsillos: “Que se joda, por mal amigo. Va a terminar de embutido. Convertido en chorizo. Así va a terminar su puta vida”.

—Y vos, ¿qué querías con él?

—Los doctores del Instituto te pagan por cada perro que les llevás. ¿No sabías?

—¿A cuánto la pulga?

—La ciencia no precisa perros finos. Cualquiera sirve para los experimentos de las grandes invenciones de la humanidad.

—Hizo bien en disparar, pobre animal.

—Mirá que sos cabezón, Ganapán —dice Buscavida, apretándole un brazo—. ¿Dónde tenés la maquinita de hacer pesos, vos? ¿Enterrada en el fondo de tu casa? ¿Te vas a hacer rico sin judiar a nadie?

De golpe, recuerda el aguijón de la muela y se rasca la mejilla con la

uña larga del meñique y se queja: “Ay, ay”.

—Si estuviera el Susurro, te curaba.

—Ya va a pasar.

Las ojeras de Buscavida, destacadas por la piel de cera, le abruman la mirada pestañuda y triste.

—El abuelo del Susurro, que vivía en la última miseria, curó la enfermedad del hijo del Zar de Rusia, que ya estaba para espichar el pobre —cuenta Ganapán—. El Susurro recibía al espíritu del abuelo, que le transmitía los poderes y la sabiduría para el asunto de las dolencias fatales.

El badajo golpea doce veces la campana, en la torre de la catedral. Se escuchan ruiditos en la barriga de Ganapán.

—Vamos a ver a una amiga mía —dice Buscavida, con un dedo picoteándole el labio de abajo—. Ella nos va a dar de comer. Y yo ando necesitando unos bucheros de caña.

Entran al baño de un café; saludan a un par de conocidos con gestos mudos y a la distancia. Caminan hacia la zona del puerto. Encienden cigarrillos; el viento de la costa les empuja el humo a los ojos.

La ciudad huele a mar y a comida haciéndose. Ganapán camina pateando una cosa cualquiera. Alguna vez tendrá plata y lo celebrará con los amigos y los vecinos y las mujeres que le gustan: será de noche, una buena noche brillante de estrellas, sentados todos en el pasto y alrededor de una gigantesca olla de barro humeante y olorosa. Sus hijos se chuparán los dedos y sobrarán manjares para todos los gurises del barrio. Doña Anunciación bailará de la alegría, moviendo las caderas como en los buenos tiempos. Los aromas que escapan por las ventanas de las casas le dilatan las anchas aletas de la nariz y le llenan la cabeza; la imaginación de Ganapán chorrea jugos y echa vapores; crepita el fuego bajo la olla de barro y las burbujas se hinchan y revientan y vuelven a nacer en la superficie oleosa mientras en el fondo, revueltos, se mezclan el vino tinto y la sangre del novillo, la cebolla frita y el ajo, el ají verde y el ají rojo, el tomate y el orégano, la sal y la pimienta. Ganapán se acaricia la panza, bajo la camisa de sarga áspera. Se lame el dorso de la mano. El hambre es peor en el verano, piensa. En el verano, la ciudad se achicharra bajo un sol verdugo, las escupidas se secan antes de llegar al suelo y lo que uno come y bebe se va por los poros en un santiamén. ¿Y en invierno? Con la barriga vacía, el frío te parte y te mata.

Pasan frente a un terraplén donde dormitan, al sol, los bichicomes. Algunos espinazos de pescado y unas botellas volteadas rodean las cenizas

del fogón improvisado contra un muro. Ellos se han rendido, piensa Ganapán. Han bajado los brazos. Están descalzos y gruñen en vez de hablar. Están viejos. Yo no estoy viejo, piensa. Yo no me he rendido. Soy fuerte, piensa. Todavía. ¿Y cuando sea viejito?, piensa. Uno va envejeciendo de a pedazos. ¿Qué será lo primero que se me va a quedar viejo? ¿La espalda? Se palpa los nudos de las venas del brazo; de la mano cuelga, liviana como algodón, la valija de Buscavida. Ganapán siente un calambre que le recorre el brazo. Y cuando esté todo viejo y todo derrotado, piensa, ¿quién se ocupará de mis hijos? Y de mí, ¿quién se ocupará? ¿Suplicar, asustarme? No acostumbro.

Ganapán alza la mirada a las cúpulas de los edificios, las viejas buhardas, los miradores enrejados, los pretiles frondosos de molduras más allá de los cuales se adivinan azoteas con claraboyas y palomas. Desde allá arriba, siente, un vigía misterioso lo contempla y le sigue los pasos. Se mira los zapatos, sin medias, triturados por las peregrinaciones inútiles.

A su lado, Buscavida también camina sin hablar. Está preso del dolor de muelas: desnudo frente a la caries que, minúscula y despiadada, lo sigue hostigando.

—Si consiguiéramos plata... —dice Ganapán.

—... podríamos probar suerte a la quiniela —dice Buscavida.

Por la calle pasa, brincando sobre los adoquines, una camioneta policial llena de presos. En el muelle salta un pez, atrapado: lo agarran por las agallas, le arrancan el anzuelo y la carnada a medio comer. El pescado se retuerce y resbala y boquea.

—En la quiniela se precisa haber soñado para ganar —dice Buscavida, y golpea los dientes contra los dientes. Un sueño: una verga o puñal entrando en la carne tostada. Le jugó al dieciocho, sangre, y perdió. Salió a la cabeza el noventa y tres: enamorada. Es cosa de soñar y saber interpretar.

—Yo tuve uno —dice Ganapán—. Un sueño bueno, porque para jugar y ganar tiene que ser un sueño bueno. No como aquella vez que yo soñé que me moría y me iba a hacer la cola equivocada al Cielo.

—Contá, contá —pide Buscavida, haciendo chasquear los dedos.

—Éste fue un sueño largo como una película. Yo estaba muy bien dormido, dormido como expediente, y el asunto era en un circo. Yo iba a pedir trabajo. Entraba en la carpa. No sé si sirve.

—Circo, para quiniela, no da. No hay ninguna cábala para el circo. ¿Había perros, en el circo ese?

—Había caballos de madera.

—No. Caballos no. Ése es otro renglón; es un ramo distinto.

—Y había un mar, que era de cartón —continúa Ganapán, la mano derecha llevando la valija y la izquierda hundida en el bolsillo—. Pero lo que más me impresionó fue la gallina. Había payasos y músicos y bataclanas, pero lo más impresionante era la gallina. El dueño la llevaba con una cuerquita atada al codo. ¡Me miró con un odio, la gallina! El tipo estaba buscando trabajo para ella. Todos estábamos buscando trabajo. La gallina sabía putear. Alzaba la cresta y te mandaba a la puta madre que te parió. Ésa era la habilidad que ella tenía.

—¿Y leones, no había?

—No vi. Había un chino con un hipopótamo y un chileno con una pulga amaestrada. Ah, y un tipo con el brazo enyesado. “Y vos, ¿qué sabés hacer?”, le preguntó el capo de la empresa, hombre de galera y lentes y todo. “¿Yo?”, dijo el tipo. “Yo vuelo.” “¿Y eso?”, le preguntó el capo, señalándole el brazo enyesado, y el tipo, medio con vergüenza, le explicó: “Es que a veces no me sale”.

Buscavida se ríe. Palmea la espalda de Ganapán:

—Son cuentos, Ganapán. ¡Qué sueños ni...!

Y se ríe con ganas, con su silbadora risa como de asmático.

—Palabra, hermano —continúa Ganapán—. Palabra. Escuchá. Después me tocó el turno a mí y el capo va y me pregunta. Y yo voy y le digo que soy casi mecánico tornero pero hace cuatro años que recojo basura y entonces todos se reían a las carcajadas y yo también me reía. Y me desperté.

—Y bueno —dice Buscavida, que siente que el dolor de muelas se le alivia un poco—. Se podría probar. Un circo viene a ser como una fiesta. Fiesta es el veinte.

Ganapán enciende un fósforo; una bocanada de viento se lo apaga antes de alcanzar la punta del cigarrillo: “El veinte”. Protege la nueva llamita con las manos, fuma: “Y la plata para jugar, ¿de dónde la sacamos?”. Tropezó con una baldosa rota y en el acto olvida su falta de fondos: “El veinte. Hoy es la última oportunidad que le doy a Dios para creer en Él. Si no sale el veinte está frito, Dios”. Ganapán piensa en su suerte: la séptima cara del dado que rueda sobre la mesa.

—Ganapán —dice Buscavida, deteniéndose.

—¿Qué? —Ganapán se vuelve.

—Ya llegamos. Es aquí.

Buscavida se alisa el saco, estrecho en la cintura. Se quita las pelusitas de la solapa y se investiga las uñas.

En un hueco de la pared, vende llaves usadas el hombre de la sonrisa eterna. Le falta un pedazo de labio y el agujero deja ver la encía roja y los dientes. Sobre una arpillera, a sus pies, yacen en hilera llaves de todos los tamaños y de todas las épocas, llavecitas de candado y viejas llaves de bronce, grandes como armas, de los pórticos de iglesias derruidas.

—¿Aquí? —pregunta Ganapán.

Un paso más allá del hombre de la inmutable sonrisa está la entrada del bar. Una enredadera de hojas de parra, labrada en madera, se enrosca entre serpientes doradas y trepa hasta el alto cartel luminoso que por las noches reina en la cuadra: “La Perversa de París”. Ganapán deja la valija en el suelo. Vacila, el cigarrillo colgando desde el muslo, la otra mano sobrando, como un turista pobre a las puertas del Waldorf Astoria.

Buscavida cree ver en el vano, oculta tras la cortina de colgajos de colores, abanicándose y con una mano en la cadera, a la Perversa en persona. Pero ella está adentro, muy ocupada, discutiendo de negocios al amparo de la enorme diosa de yeso que vela por la buena marcha del establecimiento.

9. La ciudad

¿A quién o a qué cantarán los trovadores? Alguien quedará, para recordarlo así:

Había quienes morían de frío, en los portales de las iglesias o en las canteras del parque, frente a la playa; había quienes aparecían abandonados entre las rocas, con los huesos rotos y la carne reventada por el plomo. Un hombre atado escuchaba los aullidos de su hija, mientras la partían por la mitad en el cuarto de al lado. Los presos reconocían a los verdugos por las voces y los olores y las maneras de pegar.

Descubríamos que sentíamos miedo, y eso nos llenaba de asombro y de vergüenza. La ciudad vivía con el aliento cortado. El aire estaba envenenado por la desconfianza: se hablaba en voz baja, las voces no tenían eco, las voces no coincidían con las caras. Estar libre resultaba sospechoso, pero nos encontrábamos sueltos y vivos y nos daban ganas de felicitarnos. Los niños dibujaban túneles y animalitos que escapaban por los túneles. Se hacía el amor como si no fuera a repetirse nunca: “Si caigo y no me matan, voy a mandarte cartas debajo de la lengua de alguien”. Decir: “Hasta la semana que viene”, era una estupidez. Pensaste, dijiste, dudaste: alguien murmuraba tu nombre antes de desmayarse: reconocías el reloj de tu mejor amigo en la muñeca del soldado que entraba a detenerte.

Los días no se tomaban unos a otros de la mano, no se abrían paso en fila india, amablemente, lento flujo del aceite del tiempo, ida y vuelta, va y viene, no: los días se atropellaban y se montaban unos sobre otros y caían al vacío con las piernas enredadas: zumbaban, atacarán, acosan: naciste mañana, morirás ayer: dijiste dirás adiós: amor o miedo ardiendo en esos ojos que me miraron la próxima última vez.

10. Andares de Ganapán

A ella le faltan nada más que aliento y voz para existir y caminar y aplastar a todos. King Kong se arrodilla a sus pies; con la frente pegada contra sus rodillas de yeso, musita una oración y un deseo y se persigna.

La diosa es una puta ampliada, una gigantesca muñeca de carnaval que se alza hasta lo alto de la bóveda y mete miedo y endereza destinos. Viste medias de seda calada y una falda breve abierta de un tajo; los pechos, pintados de rosado rabioso, sostienen valiosos collares de varias vueltas y la blusa ostenta prendedores de plata y oro y piedras preciosas que nadie osaría tocar. Aros brillantes le cuelgan de las orejas. La sonrisa es fosforescente, como los ojos.

King Kong se endereza de un salto. Recoge de la mesa los platos del postre, maniobrando con sus brazos cortos y dando codazos contra el aire; alza la bandeja en una mano y recorre, a paso de locomotora de juguete, el largo camino que conduce a la cocina. Cuando vuelve, Buscavida le susurra:

—Un pollo al vino blanco. Con arvejas. Y puré. Y morrones y hongos. Y un tomate. Y vino. Que sea tinto.

King Kong asiente, y con la mirada interroga a Ganapán. Ganapán elige:

—Corvina a las brasas.

Entonces King Kong trepa de un brinco a la cumbre del taburete, arroja hacia atrás la servilleta que le cuelga de un brazo y lanza una carcajada. Después, se sumerge en los estantes; reaparece con una botella y sirve tragos en copas barrigonas, para todos menos para la Perversa de París, que bebe una tacita de té, y para Buscavida y Ganapán, que se quedan sin nada. King Kong los contempla con un desdén histórico, mientras se acomoda en una silla con su propia copa en la mano. Sus pantalones a rayas se balancean a buena distancia del suelo.

La voz raspada de la Perversa de París quiebra el silencio como de

misa.

—Así que se quejan por la cantidad de trabajo —dice—. Pero yo te pregunto, Caralisa. Al fin y al cabo, ¿quién las ha criado? ¿Quién se ha tomado el trabajo de alimentarlas y darles una cultura?

La Perversa, decapitada por las sombras, está sentada en la silla más alta. Sus grandes pechos brillan, todavía retozones, contra el escote ceñido: Ganapán se mira el hueco de la mano.

Con la uña del dedo meñique, Ganapán junta unas miguitas en el extremo de la mesa de madera labrada. Se las lleva a la boca en el preciso instante en que King Kong descarga sobre la mesa la montaña de papeles que le ocultaba la cara: King Kong lo mira, acusador.

Caralisa investiga los papeles, fumando en boquilla y acomodándose los lentes que le resbalan por el bultito que tiene de nariz. Los rasgos de Caralisa se diluyen en hinchazones de carne boba. Usa una lapicera de tinta roja para tildar los números y firmar con un arabesco al pie de cada suma. Cuando duda, se rasca la nuca con el capuchón de la lapicera.

La Perversa bebe un sorbito de té. Su voz se hamaca entre la sorpresa y la indignación:

—¿Quién se entiende con el gobierno cuando las meten presas? ¿Quién las cuida cuando están enfermas? ¿Quién les da de comer en la boca? ¿Quién tiene la paciencia de escuchar sus estúpidas historias? ¿Eh? Je demande.

Caralisa dice: “Hum, hum”, y continúa con los lentes hundidos en las facturas y los estados de cuenta. Buscavida se revuelve, nervioso, en su silla. Detrás del mostrador, muy arriba, forma filas un ejército de botellas. Desde un costado de la bóveda del cielorraso, un vitral despide haces de colores. En su caída, las luces oblicuas atraviesan la atmósfera sombría y espesa de polvo, salpican las pilas de papeles acumulados sobre la mesa y trazan rombos púrpuras y violáceos, un disfraz de arlequín, sobre la espuma de encajes del vestido de la Perversa de París. El ambiente huele fuerte a comida y hay un sopor de buena digestión pesando en el aire.

El rostro de la Perversa, enmascarado de maquillaje, no sale de las sombras, que lo defienden; pero en lo oscuro titilan sus ojos de pupilas alertas. Golpea el suelo con el bastón:

—Las noches sin dormir, aquí sentada, controlando, ¿quién se las pasa? Y de día, ¿quién trabaja mientras ellas duermen? Que las cuentas, que las deudas, que los impuestos, que las coimas...

Cuando se refiere al establecimiento, la Perversa habla en plural, como la prensa:

—Hemos soportado la calumnia y la traición. Pero seguimos en la lucha. Toujours.

Caralisa se saca los anteojos, sopla los cristales, los baña de vapor; los frota con un pañuelo de seda. Aletean sus párpados sin pestañas y con el dedo señala el encabezamiento de uno de los formularios: “¿Lulú?”, pregunta, frunciendo la piel entre sus cejas invisibles. Caralisa, ave nocturna, es de color ceniciento. Pero se nota que los rayos del sol no son sus únicos enemigos.

Ganapán, que esconde bajo la mesa sus zapatos sin medias, se pregunta qué mierda espera para irse. “¿A qué vinimos?”, piensa. La estatua sagrada lo contempla desde lo alto, sombra descomunal de la sombra que envuelve a la Perversa, y él siente hambre y piensa que siente hambre. Buscavida dice para sí: “Hemos llegado en un mal momento. Es eso. El momento equivocado. Siempre llegamos tarde, nosotros”. Nadie les presta la menor atención.

La Perversa habla con el mentón hacia adelante, para estirar la papada: “La casa detesta la promiscuidad”, dice, y crij-craj-cruje la tafeta del vestido, adelanta una mano forrada en un guante de organza, despliega los dedos, los hace girar: “A todas las inicia el mismo ministro”, explica, y los dedos retroceden, se enredan en un mechón de la peluca, un mechón que rueda sobre el hombro: “Se quedan porque quieren. No es obligación. Pero, ¿dónde van a encontrar un amor y un respeto? ¿Adónde les van a pagar doble las horas extras? ¡Ni en Europa! Mirá que yo conozco, soy viajada”, mientras los dedos resbalan hacia el collar de perlas: “Al final una se cansa de ser pañuelo de lágrimas ajenas. ¿Nunca piensan que una puede tener también su propio drama? Y las descaradas se quejan, todavía”, como gimiendo pero burlándose, como ofendida pero coqueteando, no ante Caralisa que de vez en cuando alza la mirada y asiente moviendo la cabeza, sino ante la especie masculina en general y quizás muy especialmente ante uno de los dos recién llegados a quienes simula ignorar: “Las cosas que hay que oír, de esas ingratas”, dice, vigilando con las lejanas chispas de la mirada y hablando con las voces y los dedos. La Perversa tiene muchos dedos: es una araña de seda, pletórica de bultos luminosos que asoman y huyen a refugiarse en el trono de sombras. Ganapán no puede sacarle los ojos de encima. No lo intimida la otra dama milagrera que gobierna la casa, cubierta por los exvotos de las muchachas que han pagado promesas, y hasta podría alzar la mano y pellizcarle un pecho; pero lo deslumbra la Perversa en persona, de carne y hueso. Ganapán se pregunta: “¿Cuántos hombres habrá comido y

vomitado?”, y se pregunta: “¿Cuántas mujeres?”.

A la derecha de la Perversa, el Príncipe Gitano, campeón en desgracia, persigue moscas con un ojo. La cabeza, hundida entre los hombros rocosos, muestra las señales de la paliza de anoche: un labio inflamado y colgante, un ojo en compota, una venda en cruz sobre el tajo de la ceja. Le había ido mal de entrada. En los camarines se enloqueció buscando la estampita, y no la encontró: entró muy demorado a la luz blanca del ring y se enredó en las cuerdas y el público se puso de pie para silbarlo. La Perversa, que sabe hacer girar la manija de la máquina del tiempo hacia adelante y hacia atrás, se lo había anticipado: “El Diablo viene al galope montado en un toro y te aplastará y no podrás levantarte, querrás levantarte y no podrás”. Ahora cualquiera advierte que es hombre terminado con sólo verlo echar la ceniza del cigarrillo en el rallador de zanahorias que las chicas habían dejado esta mañana, por descuido, sobre la mesa.

—Ahí no, bruto —dice o susurra la Perversa, y dulcemente le deriva la mano hacia el cenicero. La voz se dirige siempre a Caralisa:

—Hemos contratado al Príncipe Gitano para que nos proteja. La casa estaba necesitando una cosa así desde hacía tiempo. Hay gente que no entiende los buenos modales. Y ahora él es nuestro. Como perdió, nadie lo quiere. ¿No es verdad, amor?

Desliza sus dedos enguantados entre los negros rizos del campeón. Él esboza una sospecha de sonrisa y no dice nada. Ha comido bien, tiene la barriga llena, y eso es todo. Se levanta, con la intención de ir al baño, pero choca contra un muslo de la diosa de yeso; balbucea una disculpa; luego arremete derecho contra un guardarropas escondido tras las cortinas y se mete adentro. La Perversa alza una mano: el bastón de bambú suena seco contra el piso. King Kong se abalanza a rescatar al extraviado. Recupera al Príncipe Gitano, lo conduce y aguarda con el oído pegado a la puerta del baño. Todos escuchan un breve grito ronco: no es grave: el campeón se ha pellizcado el pito con el cierre relámpago de la bragueta del pantalón. King Kong se arma de paciencia. Por fin lo trae de vuelta, tironeándolo de las rodillas, y lo sienta en su lugar.

Ganapán, conmovido por los machucos del Príncipe, se le acerca y le habla bajito, le comenta: “Va a llover, ¿no le parece?”. Pero el boxeador lo mira sin ver, los ojos cubiertos por una película opaca, y Ganapán siente la sangre agolpándose y haciéndole cosquillas en la cara: lo acosa la vaga sensación de que la Perversa de París lo tiene en observación y lo va a clavar con una aguja contra la pared. Buscavida ensaya, en vano, su cara

más patética: el dolor de muelas ha vuelto al ataque y le impide estudiar, con la necesaria serenidad y claridad mental, un plan para sobornar a la Perversa. Él sabe que ella oculta un fajo de billetes calientes en el corpiño. El hambre de Ganapán bate alas contra el fondo vacío de su estómago. Ganapán cierra los ojos y una vaca asada flota envuelta en una nube. Ganapán se siente solo, sobrando, náufrago de ninguna nave: la vaca sale volando y él la baja a tiros. Ganapán abre los ojos. Piensa en sus hijos y en los víveres que tendría que llevarles. Doña Anunciación, ¿cómo se las estará arreglando? Doña Anunciación tiene una vaca lechera durmiendo al lado de la cama y un marido que peleó en las guerras civiles. El veterano pasa los días en una mecedora, delirando con batallas que se definen en una carga de lanceros entre dos luces. Ganapán no quiere pensar, piensa que no debe pensar, la Perversa le está leyendo los pensamientos: ella lo aturde cuando habla, y mucho más lo aturde cuando se queda callada, con su estrepitoso silencio de cariátide.

Buscavida enciende un cigarrillo, traga el humo, lo echa al aire en aritos sucesivos; dedica a Caralisa su mejor sonrisa y lo llama “Inspector”. Caralisa lo mira sin parpadear, sus ojos fríos como diciendo: “Yo nunca te llevé preso. Nunca tuve ese placer”, y continúa ocupado con sus cuentas. Buscavida se decide: requerirá los favores de la Perversa del modo más directo.

—Mi reina —solicita, el cuerpo echado hacia adelante, los codos sobre la mesa—. Yo... tengo un negocio, mi reina.

La Perversa continúa inaccesible en las alturas. Con los años, le creció la soberbia y se le borroneó la belleza morena que le había dado fama más allá de las fronteras del bajo. Ahora despide un perfume violento y vulgar. Un movimiento de hombros, un batir de pestañas: la Perversa se vuelve hacia King Kong, que bosteza con la enorme cabeza caída sobre los brazos en cruz:

—King Kong, amorcito —llama, y él se posa a sus pies de un salto—. ¿Qué me vas a regalar hoy? ¿Una bolsita con agua de Escocia? ¿Un frasco lleno de aire de Francia? Ay, King Kong. Me tenés abandonada.

—Un Rolls Royce Silver Shadow. Un Lincoln Continental amarillo limón —promete King Kong, abrazado a los tobillos de la Perversa. En uno de los tobillos, ella usa una cadenita de plata.

—¿Es verdad que fuiste preso por robar un solo zapato? —pregunta la Perversa, empujándolo con el pie.

King Kong cae de espaldas y se reincorpora al instante.

—¿Es verdad, mísero King Kong, que tenés sarna y otras

enfermedades de perros?

Le patea la trompa con el taco del zapato, King Kong emite un gemido, rueda por el piso, se acuesta de espaldas, como muerto, y de pronto da una vuelta de carnero hacia atrás, cae parado, hace una reverencia a su dueña y señora y le besa el peroné.

—¿Es verdad que has matado por amor?

—En duelo criollo, Princesa.

—King Kong, desgraciado. Te arranqué de las cloacas. ¿De dónde vas a sacar plata para comprarme un beso? ¿Robarás? ¿Matarás?

—Heredaré, Princesa.

—¿Quién te lo dijo, King Kong?

—Me lo dijo Dios.

—¿Dios? ¿Dios en persona?

La risa estremece el cuerpo vaporoso de encajes.

—Se me apareció hace tres días y me dijo: “Vas a ser feliz”.

Estallan las carcajadas. “Ay, ay”, dice la Perversa. “De tanto reírme, todavía me van a salir patas de gallo. Ay, es heroico. Es heroico...”

Queriendo no hacer ruido ni que lo note nadie, Ganapán se levanta para irse. Busca los ojos de la diosa de yeso, como pidiéndole permiso y perdón. Sigilosa pero firmemente, Buscavida se le prende del hombro: “No te pongás nervioso”, le susurra al oído. “Está mimosa. La conozco bien. Hay que ablandarla de a poco. Dejame a mí, dejame.” En eso están, Ganapán queriendo discutirle, cuando oyen todos un vozarrón resonando desde la entrada.

—¡Quietos! ¡No se mueva nadie! ¡Esto es un asalto!

La sombra de un cuerpo se recorta a contraluz en el vano de la puerta, tras la cortina.

Los lentes de Caralisa caen al suelo con un golpe seco, mientras una pistola calibre 45 le brota de la mano. La punta del bastón de la Perversa se desliza a lo largo del brazo de la estatua y descuelga una bolsita de terciopelo. La Perversa agita la bolsa, haciendo resonar los huesitos de sus difuntos maridos. Glup: King Kong traga saliva. El Príncipe Gitano se eleva para entrar en acción. Ganapán se acaricia la cicatriz que le cruza la cara, no por miedo, por curiosidad. Una sonrisita vengadora tuerce el labio de Buscavida.

Cuando la cortina se abre y Hachabrava irrumpe en escena con un paso de danza, hay varios pulmones que se desinflan. La Perversa hace sentar al guardaespaldas con una leve presión sobre el hombro. Caralisa baja el caño de la pistola. La Perversa cloquea:

—Hacha, estás cada día más loca. Sos una vergüenza nacional, Hachita.

Se celebra el alivio con tragos para todos. Esta vez también hay combustible para Buscavida y Ganapán. Se escucha el golpeteo de las piedras de hielo contra los cristales, Busca hace bucheros con el whisky escocés. Ganapán emprende una expedición al baño; husmea en la trastienda pero no encuentra nada que comer. La alacena está cerrada con llave y la heladera con candado. En el baño, echa una ojeada al bidet, que le parece vulgar y silvestre. Según Buscavida, ha sido bendito por el arzobispo.

Hachabrava gira las caderas, alzándose los pantalones de pana negra con dos dedos. Canta: “¡Que se quema! ¡Ay, que se quema la cola de paja...!” , zapateando como un cantaor de flamenco. A Caralisa le saca la lengua. Se inclina ante la inmensa muñeca, patrona de la casa, y luego emite un largo suspiro de adoración al besar la mano enguantada de la Perversa de París.

Buscavida mira al techo con los carrillos inflados de alcohol y cara de mártir. Hachabrava se le aproxima. Imita para él el canto de los pájaros, la algarabía de los pájaros en pleno vuelo, los pío-píos de la hembra llamando al macho, las voces de los pájaros que pregonan sus nombres: chajá-chajá, desde arriba de las nubes, o a ras de tierra: teru-teru-teru, o iniciando el vuelo: ben-te-veo, ben-te-veo, pero es inútil; Buscavida sólo tiene oídos para su inmenso, estrepitoso dolor de muelas. Hachabrava, conmovido, se hace un lugar en la misma silla.

—A ver ese hociquito —dice, y le hurga la muela con un algodón.

Una guitarra se mueve por detrás del mostrador; se ve nada más que el mástil, inclinado, desplazándose hacia un extremo. Cuando la guitarra sale del mostrador y tuerce el rumbo avanzando hacia la mesa, aparecen los dedos de King Kong abrazando la caja, y los zapatos asoman por abajo. King Kong pulsa las cuerdas y carraspea para aclararse la garganta.

Hace frío en la barriga de Ganapán, y el frío se le difunde por los brazos y las piernas.

Hachabrava cierra con dos dedos, muy suavemente, los labios de Buscavida. Separa la cabeza: admira el dibujo perfecto de esa boca de tenorio.

—¿Te alivia? —pregunta, arrojando el algodón a cualquier parte.

Buscavida comprueba que el dolor huye. Siente el muslo de Hachabrava pegado al suyo: intenta separarse y cae al suelo. Hachabrava se acaricia una bufanda gorda, color piel, que lleva enroscada al pescuezo.

Jiji, ríe. “No es bufanda”, dice, y la risa resbala, y los dedos sucios de nicotina se deslizan a lo largo de esa especie de víbora:

—Favor por favor, hay algo que usted no me puede negar, desalmado.

—Y bueno. Diga.

—Ahora te explico. ¿Quién te corre?

Buscavida encuentra otra silla. Suena un estampido, la mesa tiembla, saltan los vasos: el Príncipe Gitano se mira la palma de la mano derecha: ahí no hay ninguna mosca muerta, y en la mesa tampoco. Masculla una puteada y vuelve a hundirse en su silencio particular. Caralisa ha concluido la revisión de las sumas y ahora tendría que calcular los porcentajes, pero no recuerda la regla de tres y no tiene a quién preguntar. King Kong gira alrededor de la mesa con la guitarra como escudo. Se trepa a las rodillas del boxeador y desde allí, arrimándose al oído de la Perversa, hace vibrar las cuerdas y amorosamente gruñe:

Muchas veces me moría
pensando que no iba a verte.
Pero moría la muerte
cada vez que te veía.

La Perversa bate sus alas emplumadas, aplaude locamente. Después, se lleva la mano a la boca para atajar un provechito. Con un golpe de bastón, devuelve a King Kong al suelo y le da la espalda.

La cabeza de Ganapán, que recibe la luz de atrás, está envuelta en una aureola rojiza. Los ojos de la Perversa le lanzan destellos. Esta es la mirada que hace bailar a las víboras. Ella dice:

—Usted anda con el paso cambiado, y se le nota. ¿De qué signo es? ¿Qué le han dicho los astros?

Ganapán tartamudea: “Nada, nada”. King Kong arde de celos. La Perversa piensa: “Tiene algo. Es feo como pegarle a Dios, pero tiene misterio. Qué raro. Es pobre de nacimiento y de destino, pero tiene misterio. Será lo único que tiene. Misterio y pena y rien de rien”.

Hachabrava cuenta a Buscavida: “Yo soy del barrio de los curtidores de cuero, ¿sabías?”. Buscavida mira para otro lado; silba. El hombre extrae un sobre del bolsillo de adentro del saco. Extiende la carta a Buscavida y le ordena:

—Es una misiva de amor. Abrila y me la leés. Te regalo el placer de romper el sobre.

Apoya el respaldo contra la pared y se recuesta sobre la silla

inclinada, con los dedos entrelazados en la nuca y el éxtasis brillando en la sonrisa. Buscavida vacila. Hachabrava dice, cerrando los ojos:

—No te concedería el privilegio si no hubiera perdido los lentes. ¡Cabecita de novia!

Hachabrava escucha el rasgido del papel. Explica:

—Él me la envió por una paloma mensajera, el primer día que se hizo a la mar.

Buscavida lee: *Muñeca mía...* Siempre le gustó violar correspondencia íntima. Y esta violación es a pedido. Caralisa para la oreja. King Kong, todavía mudo de pánico, asoma la cabeza: trama una venganza. El boxeador pide una manzana; nadie se molesta. La Perversa se alza por encima de todos; se dirige a Ganapán, le habla de la vida y el tiempo y el destino como si ella misma fuera invulnerable al rastrillo de la vejez y a la guadaña de la muerte: de la nada brota un mazo de naipes y la Perversa los mezcla en el aire; los acuesta amorosamente encima de la mesa y luego los cubre con una mano mientras la otra va extrayendo las barajas, una tras otra, con chasquidos de hojas de acero. La Perversa enciende un fósforo, lo apaga de un soplo: un hilo de humo danza fugazmente entre los encajes. Omnipotente, dicta sentencia a Ganapán:

—La sombra de la culpa lo acompaña a todas partes, le viene de sus antepasados, los esclavos. Ella le pisa los talones, se acuesta en su cama.

Ganapán mira hacia atrás, para ver si hay otro. No entiende de qué se trata. Siente que le flaquean las rodillas. Las figuras avanzan sobre la mesa.

Mientras tanto, Buscavida lee, con voz apenas audible, la carta del marinero para Hachabrava: *Por pensar en vos ante la pálida luna por poco no me caigo a los abismos amargos del mar la otra noche me salvó el capitán en persona Dios se lo pague sin quitarle el mérito por más que te diré que es flor de sanguijuela y sucio además no se baña nunca por mucho uniforme blanco y almidón que se ponga y los aires que se da de gran señor se le nota lo ordinario qué querés que te diga. De no haberlo querido así el destino vos no estarías disfrutando al día de hoy la lectura de estas líneas y envuelta en lágrimas llorarías la agonía de aquellas horas que tanto te hacen gozar mimosa mía cochina tu amor es todo para mí.*

Hachabrava escucha con la cabeza inclinada y sin impaciencia, balanceando una pierna. El hombre usa medias de seda roja.

—Yo sabía que algo terrible iba a ocurrir —dice— y también sabía que se iba a salvar.

Se acaricia los cachetes, la piel tersa y lustrosa. Señala a la diosa de

yeso: “Ella hizo el milagro”, dice. “Ella lo salvó. Cualquier cosa que precisas, pedile. Como no la conoce nadie, te hace caso. Tiene poca clientela y atiende bien.”

Buscavida sostiene la carta con ambas manos y una voz desde adentro le dice: “Sos un gil”, y la otra voz desde adentro le dice: “Dale que va. Seguí que te conviene. Hay algo importante que te espera”. Cada vez que Caralisa se asoma, Buscavida pliega el papel y se calla. Luego continúa leyendo con murmullos: *Por eso te pido que hagas este sacrificio para ver si por fin podemos tener nuestro nido propio y nunca más andar cual mariposa sin rumbo como si lo nuestro fuera vicio o vergüenza social perdonando la expresión. Te digo que no me hagas la crueldad de condenarme al desengaño y sin egoísmo te acuerdes de mí como yo me acuerdo te llevo en el corazón el tiempo todo dulce herida de amor que me hace sangrar y antes que andar con otra soy capaz de cortarme el instrumento vida mía.*

—Ahí justo tiene un tatuaje —susurra Hachabrava al oído de Buscavida, que asiente, comprensivo, y continúa: *Bien sabés que ya no puedo soportar esta existencia que llevo a bordo trabajo como bestia ni ebrio ni dormido prefiero morir si preso de esta esclavitud he de seguir viviendo por eso lo que te pido no es ruego es exigencia vos hacé lo que te digo y si te falta coraje piensa en mí que la vida entera te he dado como yo pienso en ti lamiéndome como bien sabes picarona y tus mordisquitos también si pudiérate expresar todo lo que siento a pesar del mar que nos separa.*

—Lo adoro, lo adoro —dice Hachabrava. La punta de la lengua, muy roja, asoma entre los labios y baila.

Atónito, Buscavida lee y relee, para sí, los párrafos siguientes. La intuición no le había fallado. Ahí están, con todo detalle, las instrucciones para un asalto fácil y jugoso. Es plata dulce. Una fortuna al alcance de la mano, pidiendo ser robada. Boquiabierto, Buscavida se restriega los párpados.

—¿Y? —inquire Hachabrava—. ¿Qué más? —Zalamero, le pasa por el cuello la palma siempre húmeda de su mano—: No te pongás así. Celoso. ¿Qué querés? Tengo clavada en el pecho esa flecha, mi querido.

Buscavida, inmóvil, ajeno a todo, recorre la carta hasta el final, varias veces, se la aprende de memoria en un santiamén. Este asalto es para él. Este dinero es para él. Caralisa arrima su silla y asoma la trompa. Buscavida se guarda la carta en el bolsillo.

—No te pongás malito —insiste Hachabrava—. Tenés un olor tan rico, si supieras. Tenés olor a jardín mojado. Andá, decime.

Buscavida recita: *Te digo que no te hagás la sorda que si esto es escandaloso es más vergonzoso no saber amar.*

—¿Qué más? ¿Qué más?

—Después viene la firma.

Mientras tanto, Ganapán, que quiere comer un buen plato de tallarines con tuco, recibe consejos y magia.

—Escuche —le dice la Perversa—. A los naipes los baraja el Diablo.

Un pastel de carne. Eso querría Ganapán.

—Escuche. Lo de tocar fondo es mentira. Parece que se ha tocado fondo, pero siempre se puede llegar más abajo. Escuche.

Un churrasco de lomo con papas fritas. Que sea jugoso. Eso querría.

La Perversa se enternece:

—Le pauvre Ganapán. Te caíste del Cielo y nunca se te fue el dolor del porrazo. Siempre vas a fracasar, por bueno. Vas viviendo y te vas yendo y así.

Ganapán mira hacia abajo, las barras negras tendidas en el suelo: no reconoce su propia sombra. So pretexto de levantar un pucho del suelo, King Kong le pega un pisotón y lo insulta entre dientes: “Muestra gratis de hombre”, le dice, y le dice: “Desclasado”, mientras se oculta velozmente bajo la mesa y elude una patada.

—King Kong, ¡al mostrador!

La Perversa extiende un brazo, el guante que le llega al codo:

—Una medida de menta hindú —ordena—. Dos medidas de leche. No. Poné tres, mejor, que es nutritiva. Gotas de Cointreau. C’est assez, King Kong. Ahora, el hielo. Bien frappé y que sea con espuma. Así. Así. Y un pétalo de clavel del aire.

Caralisa ha concluido los cálculos. Junta los papeles, se quita los lentes. Se pone de pie.

—¿Todo en orden? —le pregunta la Perversa.

—Falta Lulú. No encuentro ni un puto peso de Lulú.

La Perversa carraspea. Se hace la distraída.

—Dije que falta Lulú —insiste Caralisa, parsimonioso, con las manos en los bolsillos.

El cóctel está listo y la Perversa se lo ofrece a Ganapán: “Esto es para usted. Le ruego que lo acepte”. King Kong abandona el vaso sobre un platito delante de Ganapán, y gruñe desde prudente distancia: “Apátrida”, y gruñe: “Pelandrún. Negro lumpen, desgraciado”.

Mientras tanto, Hachabrava no se conforma y Buscavida no tiene más remedio que mostrarle la carta. Se la exhibe al abrigo de la solapa:

—¿Ves? No dice más nada. Está la firma. ¿Ves aquí? Dice que la quemes. Aquí dice que después de leerla tenés que quemarla.

Caralisa apoya ambas manos en la mesa y se inclina sobre la Perversa.

—Usted me está debiendo algo —le dice—. Me parece.

Suena el trueno del bastón contra el piso:

—¿Y la Pitanga, entonces? ¡Qué Lulú ni qué ocho cuartos! ¡Je m'en fous! ¿Me oíste? ¡Salaud! ¿Te reclamé algo, yo, por la Pitanga?

Ese nombre entra como un tiro en el pecho de Ganapán. El vaso recién servido se rompe en pedazos contra el piso. Ganapán se levanta, abombado, con la boca abierta. Se restriega los ojos. Pitanga. La Pitanga. Buscavida apaga de un soplo el fósforo que había encendido para quemar la carta de Hachabrava.

La Perversa, sorda, está diciendo:

—Yo perdono. Yo sé olvidar. Pero hay otros que...

Caralisa, de espaldas a Ganapán, golpetea la boquilla de marfil al borde del cenicero.

—¿Cuántas minas he traído a este boliche, yo? ¿Cuántos años hace que nos conocemos? Por la Pitanga esa...

Entonces el toro, herido a traición, brama y embiste: Ganapán alza a Caralisa en vilo por las solapas, lo da vuelta de un golpe. La Browning 45 se dispara al aire y Ganapán se afirma con todo y Caralisa se desprende de la tierra y pasa volando sobre el mostrador y tiembla el planeta, el suelo se hunde, vuelan las botellas; King Kong pega un salto de pulga, se prende al cuello de Ganapán, le muerde ferozmente la nariz; Ganapán se lo saca de encima y voltea la mesa y de un cabezazo estrella al Príncipe Gitano contra la pared, la pared cruje, la Perversa reparte bastonazos sin mirar a quién; Ganapán se agacha justito y el puñetazo del Príncipe convierte en carne picada el rostro de Hachabrava, que cae desmayado entre las piernas de la diosa de yeso; la muñeca se tambalea y se derrumba con un estrépito de guerra mundial; una lluvia de revoque y de cristales se desprende del techo y la Perversa grita y revolea el bastón y revienta un espejo; Ganapán recoge la guitarra y la parte en dos contra el boxeador, que se queda parpadeando y dando vueltas sobre su eje mientras Buscavida se le cuelga de un brazo y salta gritando vamos, Ganapán, vamos, loco, dale, que se viene la cana, y por fin manotea la valija y huye con Ganapán atrás.

Los dos amigos corren hasta perder el aliento. Trepan a un ómnibus en marcha. Saltan antes de llegar a la parada, cuando descubren que no les queda dinero ni para boletos.

—Estamos salvados —dice Buscavida, y cuenta a Ganapán el asunto de la carta.

Se han sentado en el umbral de un conventillo y Ganapán mastica tristeza a falta de otra cosa. ¿Dónde podrá encontrar algo que le quite la pena y le dé consuelo, llevándolo un poquito lejos de la tierra pero no del todo lejos, porque del todo lejos de la tierra es la muerte la que está? Se pregunta eso. Dos por tres se pregunta eso.

—Alegrate, Ganapán. En este asalto somos ficha puesta. A nosotros no nos para nadie, Ganapán.

La armónica, podría ser. Si no estuviera rota. Tocar la armónica y que la pena suba y se vaya por el aire, el humito de la pena: con la armónica, ¿quién hace lo que yo hago? Le pregunto y me contesta; no le miento ni me miente.

—Pero che, loco, ¿qué te pasa? —pregunta Buscavida.

Yo no hablo, yo no lloro, piensa Ganapán; pero yo me canso. Ya no me quedan más ganas de moverme y seguir. Todas las calles son en subida.

—Sí. Ya sé lo que te pasa —dice, con la cabeza gacha, Buscavida—. Yo también escuché lo que dijo el Caralisa ese. Pero escuchame, hermano. ¿Vos sabés cuántas mujeres hay en el mundo? Lo averigüé el otro día. Dos mil millones. Caete de espaldas.

Ganapán le clava una mirada que entra por los ojos de Buscavida y sale por la nuca. Buscavida, glup, se calla.

Al rato insiste:

—Pero, Ganapán —argumenta—. Si en este país se le puede afanar la herradura a un caballo corriendo.

Ganapán no se deja convencer:

—Yo, en este asunto, no me meto.

—Tiene que ser entre dos, hermano.

—Tendrá, pero no.

—Vivir de acuerdo con las reglas, ¿dónde te ha llevado? ¿No ves que lo único que sabés es comer cuando hay? ¿Qué? ¿Te da miedo?

Ganapán silba. Un gorrión avanza dando saltitos y se posa sobre su aporreado zapato.

—Algo de plata, para el trabajito, yo consigo —dice Buscavida—. Yo me encargo de eso. Tengo todavía algunas cosas que puedo hacerlas cobre. Vale la pena cuando la esperanza es grande. ¿Ves? Como Cristóbal Colón, aquí estoy yo dispuesto a quemar las naves.

Ganapán se acaricia la nariz lastimada. Buscavida le pasa el brazo por los hombros. Expone a Ganapán su plan de operaciones. Riesgo, no

hay. El tesoro cuelga de una nube.

—¿No sabés que el capitán se muere con el barco, está obligado? ¿Sos mi amigo o anda por el suelo, la bandera?

11. El regreso

Hablarte, contarte. No es por desenterrar a la gente ni al tiempo que pasó. Transmitirte las palabras que me persiguen: decirte: me acuerdo de aquel tiempo porque no estaba solo. Decirte: me acuerdo de todo.

Yo estaba trabajando en el diario. Era de noche, tarde, y era invierno y hacía frío. La luna se había hecho con lluvia. En el diario teníamos un atraso de dos horas; lo que se dice un entierro con panteón y todo. Quedábamos pocos. Estábamos aporreando las máquinas de escribir y tomando café, litros de café negro, mientras hacíamos la primera página y cerrábamos la última. Habían pasado muchas cosas. Si las publicábamos, nos clausuraban. Nos clausuraron al día siguiente.

Había habido una manifestación. ¿Te acordás, Clara? Vos estabas. Yo te vi desde el balcón. No me gustaba ver una cosa así desde el balcón, pero allí estaba yo, en el diario, y te vi. ¿Te acordás? La gente se trepaba a los tanques y arremetía. Eran oleadas de gente gritando y arremetiendo. Hubo tiros, chorros de agua, gases, y ustedes avanzaban todos tomados del brazo. Eran muchos y tenían mucha rabia. Aquella tarde había muerto un chico de dieciséis años. Le habían metido un balazo en la nuca. Calibre 38. Él estaba escribiendo con una crayola en la pared. Escribió la palabra “popular” y eso fue lo último. Después ellos fregaron y rasparon la pared y lo borraron. Y había reventado la manifestación. Ellos los arrearon a ustedes hasta la plaza y a punta de bayoneta los obligaron a arrodillarse con las manos en la nuca y la cabeza contra el suelo. Yo no los veía, Clara, pero supe.

Habían pasado muchas cosas. La huelga general había fracasado sin vuelta y habían empezado los despidos y las *razzias*. En el palacio de gobierno había habido un apagón por culpa de un murciélago. Nosotros habíamos conseguido las pruebas de varios negocitos de los immaculados padres de la patria y habíamos decidido jugarnos y publicarlas. Se descubría al culpable por las huellas digitales, como en las novelas

policiales de antes. ¿Culpable? Bueno; eran las leyes del sistema, y lo sabíamos: negocios libres, gente presa.

Y otras cosas habían ocurrido, que recuerdo como si fueran ahora. El suicidio de un hombre que se dejó caer del pretil cuando desde abajo empezaron a gritarle cobarde. Y un duelo criollo, a cuchillo. Dos muchachos, por cuestión de amores. Se habían atado con un tiento los tobillos, se habían dado un metro. El que ganó, ganó por una hora. A la hora se murió. La policía distribuyó las fotos. Tenían caras de muy chiquilines.

Aquella fue mi última noche en el diario. Fue la última vez que el diario apareció. Te lo podría recitar de memoria. Me acuerdo hasta del horóscopo. Yo al diario lo quería. Vos sabés que lo hacíamos a pulmón, sin cobrar nada o cobrando de a puchos y muy salteado, y que le metíamos con todo, a muerte, por el puro gusto que te da poder decir lo que creés y decirlo junto con otros que creen lo mismo. Nosotros éramos muy jóvenes. El país era distinto. ¿Tres años pasaron, Clara? ¿Tanto tiempo en menos de tres años? El país no estaba todavía del todo envejecido a palos.

Terminaba cada noche de trabajo y corríamos los escritorios y jugábamos al fútbol con una pelota de papel. Después nos íbamos a tomar copas y a ver amanecer a la rambla y se podía ser feliz a cambio de nada.

Como te cuento, aquella noche estábamos muy demorados y del taller nos llovían amenazas y puteadas. En eso estábamos. Estábamos en eso cuando me dijeron:

—Mariano, te buscan:

Era de parte de Fierro.

Habían aplastado la huelga y Fierro andaba escondido. Él quería verme. Al día siguiente, de mañana. Mandaba decir que yo sabía cómo. Yo tenía la clave, que funcionaba todavía. Él me andaba necesitando para algo y yo no le iba a fallar. Él era... ¿sabés? si alguien le hubiera dicho que llevaba una vida de sacrificio y riesgo, le hubiera dado un ataque de risa. Era hombre de poco hablar, y ni medio sobre sí mismo. Yo sabía que había tenido una infancia muy jodida, porque alguien me lo había dicho, y nada más. Cuando lo conocí, él estudiaba Derecho y además trabajaba como una bestia. Había descubierto la fórmula de no dormir, se veía. Leía cuanta cosa le caía en las manos y le gustaba tomar vino y escuchar historias y opiniones. Era una esponja de absorber palabras, siempre callado, siempre curioso.

Un buen día él mismo descubrió quién era. Supo de golpe, como en una revelación, para qué había aprendido todo lo que sabía y a quiénes iba

a entregar todo lo que fuera capaz de dar en el tiempo de vida que pudiera vivir. De golpe se llenó de asco y de apuro. Fue el día en que lo echaron del empleo, porque le apagó un pucho en la cabeza al gerente, y la noche en que decidió dejar de estudiar porque descubrió que el Derecho no existía. El caballo hace al jinete y el bocado al diente: el Derecho era el derecho de muchos hombres a hacerse puré bajo la suela de pocos. Mandó todo a la mierda y se dedicó a organizar la rabia, como él decía, durmiendo donde fuera y comiendo si había. Lo que pasara con él, se le importaba un carajo. Había aceptado su destino cuando supo cuál era, o lo había elegido, no sé, pero sin hacer ningún drama con eso, como si la pobreza y el peligro de morir fueran una fiesta. Se había dado. Darse. Él sabía que no hay alegría más alta.

Y bueno. Recibí el mensaje y fui. A la mañana siguiente, llovía. Yo tenía que esperar en una parada de ómnibus. La lluvia estaba reventando contra el techo de lata del refugio y yo me había puesto nervioso. El auto no llegaba. Había un tipo a mi lado que tampoco tomaba ninguno de los ómnibus que pasaban. Vino un patrullero, despacito, y me rozó, y yo me sentía espiado por todas partes. La lluvia meta caer, a baldes, y yo empapado y el auto demorando. Pensé irme, pero me quedé: por la lluvia; y ya que estaba. Al final, el tipo raro se fue. Eso me tranquilizó bastante. Cuando el auto llegó, un Fiat azul, yo estaba solo y ya no me importaba seguir esperando. Vi que bajaba el vidrio de la ventanilla y asomaba una cara:

—Estoy buscando la calle que lleva al mar —dijo.

Era la frase convenida. Le contesté:

—Yo también voy para allá.

Sonaba cómico, con aquella lluvia. A esa altura yo al mar ya lo llevaba puesto.

Me senté adelante, sin mirar al costado. Seguimos derechito, algunas cuadras. Se veía, borroneada, la calle sin nadie. El compañero me dio un par de lentes negros. Me los puse y ya no vi más nada. Los lentes tenían parches de algodón. Dimos unas cuantas vueltas. Fue un viaje largo.

Por dónde anduvimos, no tengo ni idea. Me acostumbré a los lentes. Me entretenía escuchando los ruidos de la ventolera lluviosa. Ya no sentía nervios. El viento obligaba a avanzar de a poquito y a doblar con cuidado. Cuando bajé del auto, tuve la sensación de que me hundía en el barro hasta las pantorrillas. El compañero me llevaba del brazo, yo ciego, y me decía que caminara con naturalidad. Anduvimos más o menos una cuadra, por la vereda, y entonces me hizo entrar. Subimos por el ascensor. Ocho o

nueve pisos, me pareció.

Reconocí la voz de Fierro. El lazarillo le preguntó si quería que se quedara, y él le dijo que se fuera nomás. Me sacó los lentes y lo vi sonriendo, así, de oreja a oreja.

—Mariano —me dijo.

Vos no lo conociste. Aquella sonrisa franca, los dientes chuecos... Tenía una cara como hecha con barro, brutal, mal terminada, de matrero cejijunto y pera partida, y ojos grandes, una mirada de agua limpita: era feo con ganas, pero mirándolo mirar se veía que ése era un tipo al que le habían pasado muchas cosas y no se había dejado emputecer por ninguna. Porque uno va perdiendo eso, ¿no, Clara? Quiero decir: esa capacidad de asombro y de exigir todo o nada como la primera vez. Se pierde eso como se pierde el pelo. Uno se va amansando. Pero el tipo aquel te miraba y te arrancaba la duda y el miedo crecidos a la mala y lo hacía como quien no quiere la cosa.

Me hizo bien tomar un vaso de vino, que Fierro se había arreglado para conseguir. Yo no sabía para qué me había llamado. Todavía no lo sé.

Todas las persianas estaban bajas, pero en la penumbra brillaba la blancura de las sábanas. Había sábanas tendidas por todas partes. Era un apartamento muy chiquito y todo atravesado de cuerdas con sábanas colgando.

—¿Lavás para afuera, miserable? —le pregunté.

12. La máquina

El delator estaba aturdido por los golpes y las voces. ¿Adónde te vas a meter? Siempre podemos encontrarte. Siempre. Sabemos todo. ¿Creías que te ibas a esconder? No hay ningún lugar. Nunca vas a poder escapar de nosotros. No hay ninguna cueva adonde nosotros no podamos llegar. Ninguna cueva en ninguna parte del mundo. Así que no querías colaborar. Y nosotros creíamos que eras una pobre mosquita. Ya no es más nuestro amigo. Ya no nos quiere. ¿Amigo de esta mierda, yo? Vamos a romperle el culito. Tocá, tocá. A ver si echa sangre. ¿Es tu primera noche, desgraciado? Mirá, tantealo. Está bueno. Llora, está llorando. ¿Estás llorando, angelito? No se merece lo que hacemos por él. Una basura. Vos, basura, te estoy hablando. Mirame cuando te hablo. Decime señor, ¿oíste? ¡Señor! ¿A ver cómo dice señor? Ah, sí. Así, así. Está llorando. El desgraciado este está llorando. El cagón este. Escuchen cómo llora. Así que ibas a hacer una revolución, vos. Ahora no te animás a decir nada, ¿eh? Pero si será mierda. No le pegues más, no te gastés las manos. Él nos va a llevar adonde está su amiguito. No seas gil. Tomá, tomá un café. ¿No es verdad que nos vas a llevar? Vos sos de los nuestros. Sí, sí, nos vas a llevar. Tomá, no llores. No, mañana no. Ahora. Pero descansá un poco. Tranquilizate. Pero si ya pasó todo. ¿Por qué llorás? Somos amigos, como antes, y vos vas a ser buenito y nos vas a ayudar, hijo de puta.

El delator delató. Y después pensaba: ¿Quién me puede obligar a que me arruine la vida? Y bueno. No sirvo para mártir de las catacumbas. Y con eso, ¿qué? No me gusta estar preso. No me gusta estar muerto. Quiero comer todos los días. ¿Hay algo de malo en eso? Yo tengo hijos. Si yo no los alimento, ¿quién? El pan no crece en las veredas. La leche no sale por las canillas. Yo estuve preso. Me sacudieron y me rompieron todo y no dije casi nada. ¿Y alguien movió un dedo por mí? ¿Alguien hizo algo por mí? Yo no era importante, ¿eh? ¿Revolucionarios, esos? ¿Porque los dejó la mujer o el padre les pegaba o querían tener coche y no podían? Resentidos, esos.

Cobardes. Imitando héroes como monos. Repitiendo frases como loros. Saben mucho, ¿no? Saben todo, ¿no? Mucho librito. Tienen la receta de la felicidad pública. Se creen los mejores. Y si son los mejores, ¿por qué no ganan? ¿Por qué pierden siempre? Van a salvar a la humanidad y no se creen ni entre ellos. ¿Desconfiaban de mí? ¿No me daban pelota? ¿Sanciones, a mí? Que se jodan. El pueblo se caga de risa. Además, le hago un favor. Al coso éste le estoy haciendo un favor. Libre, es cadáver de un momento al otro. Lo entrego y le salvo la vida. No lo van a matar. Van a agarrarlo vivo. El oficial me dio su palabra. Porque yo le dije que si no, no digo nada. Y él me juró.

El delatar: carnada, batidor, dedo duro, buey cometa. El delator: que quiere gritar y vomita, quiere llorar y se mea, quiere dormir y se muere. Que quiere querer y no tiene con qué.

13. El Santo Oficio de la Inquisición

El virrey Toledo quejábbase de la poca paz y mucha inquietud que en casi todas partes y lugares había encontrado cuando llegó al país: desasosegada la ciudad de La Paz con las alteraciones que causaran Gómez de Tordoya, Jiménez y Osorio; en la provincia de Vilcabamba alzado el inca Cusi Titu Yupanqui; el camino del Cuzco completamente inseguro con los robos y salteos que en él ejecutaban los indios; intranquilas las provincias de Tucumán y Santa Cruz; en Los Charcas, los chiriguanes salían a dar sus asaltos casi cada luna; y el reino de Chile, por fin, tan apretado, que la Audiencia enviaba en busca de socorros porque los indios iban a cercar a los españoles en sus propias ciudades.

La justicia real pocos la respetaban o temían: el rico creía que a él no lo alcanzaba, ni se quería dar al pobre; ni los jueces sentían entereza suficiente para ejecutarla, temerosos de levantar unos pueblos acostumbrados a la mala libertad y al desenfreno. La justicia real se echaba con hisopo, como agua bendita.

Y era cabalmente en este orden, por lo que los sucesos de aquellas partes venían mostrando, donde a todas luces se necesitaba de más rigor para reprimir males y castigar inquietos, amotinadores, hombres facinerosos y de malas lenguas, y mayormente a los que intentaban la perdición común, en grande servicio de Dios y su fe y de la lealtad a Vuestra Majestad debida. Dígolo, concluía Toledo, porque cada día se trata de alzamientos en este reino y en cada lugar y plazas se osa hablar de ello y algunos motines se prueban y comprueban y no he visto ninguno castigado por esto, donde los pensamientos debían de ser gravemente punidos.

Para atajo de tales males, Don Frai Pedro de la Peña, Obispo de Quito, decía que cierto convenía al servicio de Dios Nuestro Señor que en cada ciudad donde hay Real Audiencia en estos reinos haya Inquisición más que ordinaria, que pondrá en asiento las cosas de la fe, causará miedo y será freno a los ruines y a los que causan inquietud grande con la libertad de su

lengua y vivir.

14. El regreso

Charlábamos medio a oscuras y Fierro se cansó de parecer fantasma. Levantamos las persianas. Afuera seguía lloviendo y el viento golpeando fuerte. Entonces bajé la cabeza y los vi. El corazón se me trepó a la boca. Venían muy excitados, chocándose, saltando de los camiones con cascos y caretas de gases y metralletas y todo el arsenal. Vistos desde allá arriba, parecían marcianos invadiendo la tierra. Sentí que me encogía; que me sobraban las mangas; que me volvía chiquito. ¿Y si habían estado pisándome los talones? ¿Y si me habían usado de carnada? ¿Y si me habían seguido sin que yo me diera cuenta? Tuve, en aquellos segundos, ese pánico que me hizo brotar la transpiración a chorros. Había sido sin querer, pero, ¿de qué me servía ese consuelo? Y a Fierro, ¿de qué le servía?

Él me gritó que me salvara. Yo quería quedarme. Me echó, me empujó, me puteó, y yo quería quedarme, Clara, yo quería. ¿Me creés que quería quedarme? Me dijo que lo iban a cazar vivo y que se iba a entregar, que resistir era inútil, que me fuera, y durante mucho tiempo yo me hice preguntas y me acusé y reconstruí este asunto con todo detalle, porque bien sé que la memoria le hace gauchadas a la conciencia para aliviarla, y ahora estoy seguro, Clara, de que quise quedarme hasta el final. Fierro me puso en los brazos un cofrecito de pirata que había por ahí, un cofrecito de madera, y me dijo que había que poner eso a salvo de cualquier manera. Llevate eso, me gritó. Esos documentos no pueden caer, llevatelós, andate de una vez, carajo, me gritaba, y yo parado, como bobo. Forcejamos enredados los dos entre aquellas sábanas descomunales, y me encajó una trompada y me tiró contra la puerta abierta.

Ahora pienso que habíamos estado riéndonos de pavadas y diciendo alguna que otra frase jodona, sobrades, burlones, sin que ninguno mencionara la alegría de volvernos a ver ni nada. Porque es el estilo, ¿verdad? El estilo nacional. Eso que llamamos sobriedad. Yo sé que alcanza con saber que hay alguien que cree en vos para salvarte, y que las

cosas importantes se mueren cuando se las nombra, y que hay que desconfiar de las palabras, emputecidas por el uso. Todo eso yo lo sé. Que sería mariconería emocionarte y que se note. Yo sé. Son cosas que yo mismo digo siempre. Pero por culpa del estilo nacional, lo último que recuerdo de mi mejor amigo es una puteada.

Bajé un piso volando por la escalera y me lancé con alma y vida por la primera puerta que encontré. Estaba sin llave. Cerré la puerta y me quedé de espaldas, caído de espaldas contra la puerta, y me temblaba hasta la médula. Estaba cagado de miedo y de vergüenza.

Los escuché subir por las escaleras en ese momento. Escuché el barullo de las botas y las puteadas que echaban para darse manija. Esperé balazos, pero sentí nada más que ruidos mezclados y el olor acre de los gases que se metían por las ranuras y la voz de Fierro que gritaba: me entrego, no tiren, y golpes y ruido de cuerpos chocando y cayendo y el griterío. Toda la sangre se me había subido a la cabeza. Me desollé los nudillos a mordiscones. Y me decía: ahora está todo perdido por tu culpa, maula de mierda. Pero sabía que salir era inútil. Esperé. Siglos. Mi miedo tenía un olor, y lo sentía.

Tiempo después supe que Fierro había aparecido en la boca de la escalera, por entre la neblina asquerosa de los gases, con los brazos en alto. Cuando estuvo rodeado de soldados, arrancó la espoleta de la granada que tenía en el puño y la tiró a sus pies y te podés imaginar que cerró los ojos y apretó los dientes esperando la explosión. Pero la granada rebotó en el suelo como una pelota y él la vio picar, ding, dong, y supongo que tuvo tiempo en menos de un segundo, atorado y todo, para pensar que le faltaba grasa al resorte y el percutor no había golpeado el fulminante y tiempo para putear a la fábrica de la granada y a la mala suerte, antes de que le dieran el primer culatazo en la nuca.

Entonces vi al chiquilín. En el apartamento donde me había metido había un gurí y yo no lo había visto. No había visto nada, yo. El chiquilín estaba solo, parado en un rincón. Me miraba, durito de asombro y desde lejos. No gritó. No dijo ni mu. Pero la dueña de casa no iba a tardar en volver. Yo tenía que rajar. Me costó levantarme. Me había quedado ahí, derrumbado, mareado, transpirando y sintiéndome una basura y con el cofre de madera en las rodillas.

Abrió el cofre. Adentro no había nada.

15. El Santo Oficio de la Inquisición

A los Inquisidores, celadores de la honra de Dios, debemos la excelencia mayor que se halla en toda la monarquía y reinos de la cristiandad, pues ninguno se conoce más limpio que éste de herejías, judaísmos, sectas y otras cizañas que siembran la ignorancia y arranca o quema este Tribunal, siendo su jurisdicción desde Pasto, ciudad junto a la equinoccial, dos grados hacia el trópico de cancro, hasta Buenos Aires y Paraguay, hasta cuarenta grados y más hacia el sur, con que corre su jurisdicción más de mil leguas norte-sur de distancia, y más de ciento este-oeste, en lo más estrecho, y trescientas en lo más extendido. Todo esto ara y cultiva la vigilancia de este Santo Tribunal y el incansable cuidado de sus inquisidores, ángeles veloces que se envían para el remedio de las gentes que pretenden dilacerar y separar los sectarios y los seductores.

16. La máquina

Fierro quiso moverse, retorció el cuerpo. ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? Las esposas le lastimaban las muñecas y las ligaduras de alambre le hacían sangrar los tobillos, pero no veía nada. Le dolían los culatazos y las patadas. Sentía la nuca como rota por un golpe de hacha. Arqueó la espalda y crujieron las vértebras; flexionó las piernas y los músculos se desgarraron y ardieron. En la cabeza, también dolían las preguntas. ¿Por qué no me han llevado a una cárcel o a un cuartel? Estaba lúcido, con una lucidez desesperada, y las preguntas se abrían paso, cuchillos calientes al rojo vivo: ¿Qué hago aquí? ¿Qué van a hacer conmigo? La cabeza hervía y el cuerpo temblaba de frío. ¿Estoy en una habitación? ¿En una casa? ¿Un enterradero? ¿Qué es esto? ¿Por qué no me llevaron con los demás? No se podía tocar, no se podía mover. No podía verse. Se arrastró por el piso; chocó contra una pared. ¿Qué es esto? Había paredes, techo, suelo. El filo quemador de las preguntas, ¿Van a dejarme morir de hambre y sed? La transpiración de hielo. ¿Qué hora es? ¿Cuándo vendrán? Quiso que vinieran de una vez. La incertidumbre era peor que cualquier cosa. ¿Y si me dejan abandonado para que me muera? Una lija en la garganta. ¿Cuánto tiempo se aguanta sin agua? Debo recordar cuánto tiempo. Yo sabía. Prepararme. No. No van a dejarme morir. Una dolorosa náusea acre le subió desde el hígado hasta los dientes: me van a matar. Van a meterme un tiro en la nuca. ¿Van a dejarme morir o me van a matar? ¿Qué prefiero? Elija. ¿Estoy asustado? ¿Asustado, yo? Me cago de risa. Susto no; asombro. ¿Asombro de qué? En la superficie lisa de la memoria asomaba la punta de algo que pujaba por salir. Tengo veintisiete años recién cumplidos. ¿Se me acabó la cuerda? ¿No fue poca la vida para tanta muerte que me espera?

Miedo no; rabia. Y asombro. Tengo veintisiete años. Tengo cinco años. ¿O seis? Estoy al borde del camino con mi amiga. Estamos los dos escondidos en la fronda, entre las flores amarillas de los hinojos y las flores

lilas de los cardos pinchudos. Vemos pasar la yunta de caballos percherones. Sin adioses los vemos pasar y atrás, a los tumbos, el cajón de madera de pino. Allí viaja la abuela, en el cajón, y atrás viene el cortejo de veintisiete caminantes, la pequeña negra procesión de los parientes y los amigos y los vecinos.

—Están todos.

—Callate.

—¿No sabés?

—¿Qué?

—Si contás veintisiete y lo decís, después te morís a los veintisiete años.

Nos corre el susto. Nos volvemos caminando de espaldas, ella y yo. Nos pinchamos con las espinas, tropezamos en los pozos de las vizcacheras, caminando para atrás, y corriendo. Pero no damos vuelta la cara. Nos miramos los pies y tenemos los dedos de las manos trenzados en nudos infinitos.

Fierro no oía motores. Voces lejanas de grillos y ranitas. ¿Es el campo? ¿Hay otros cuartos? ¿Hay alguien más aquí? Fierro gritó. Gritó una larga puteada a pleno pulmón. Descubrió la potencia del grito. Esperó, sorprendido por el trueno de su propia voz. Nuevamente gritó. Putear a los gritos le hacía bien. Pasaron los minutos. ¿O las horas? La potencia del silencio. ¿Qué es esto? Las manos pegaron un sacudón, en el impulso ciego de arrancarse la capucha de la cara, pero el corte del filo de las esposas le hizo crujir de dolor los dientes y lo devolvió a la realidad. Estaba extenuado. Moverse, no servía. Tenía que pensar. No. Me han encapuchado para que no los reconozca: no me van a matar. No. Matarme no. Me hubieran pegado el tiro cuando me trajeron. No me trajeron para eso. No. ¿O sí? No depende de mí; ellos deciden. Estoy solo. Estoy en un pozo profundo y descubro el pánico de morir y la potencia del grito. Yo solo. Yo en el fondo del pozo profundo. Yo y el miedo. El miedo de quedar abandonado. Grité; grito. Con otra voz. ¿Qué edad tenía? Adentro del pozo hace mucho calor. No se ve nada. Esto debe quedar cerca del infierno. Me caminan bichos por el cuerpo. Al principio no puedo gritar, por el nudo en la garganta. Siento que me roza el cuero resbaloso y frío de una víbora. O el rabo del Diablo, que es igual. Quiero gritar y no puedo. Quiero trepar y me caigo. Hay escalas en las paredes del pozo. Las descubro a tientas. Pero la tierra transpira y resbalo y me voy al fondo. Los pies descalzos se me hunden en el fondo barroso. No puedo usar una de las piernas; se me ha de haber roto el hueso al caer. Tengo miedo de usar las manos. Yo solísimo

en el fondo del pozo sin aire ni luz. Por fin puedo gritar, y grito, pero la abuela no viene, ni nadie. ¿Qué edad tenía? Fue al alba. Antes del alba. El cielo también estaba oscuro. Y ahora, ¿qué hora es? Ha de estar cayendo la tarde. Me van a dar la gran biaba. Eso. Eso van a hacer. Me van a reventar a golpes. Para eso estoy aquí. En el brete, esperando. Van a venir a reventarme. Los oigo: afinan sus instrumentos. No. No oigo nada. ¿Un grillo o una cigarra? Lejos. No oigo nada, no veo. No hay nada. Estoy rodeado de nada y de frío. ¿A qué hora vendrán? Siete jinetes. Vienen desde el horizonte, brillosos, despiadados. No ha de faltar mucho para la salida del sol. Me despierta el bochinche de los cascos de los caballos. Veo avanzar las antorchas. Veo crecer los caballos y las llamas en la negrura, entre ráfagas de niebla y polvo. Vienen cruzando por el campo vecino, los caballos, a galope tendido, y rodean la casa. El caballo del jefe se para en dos patas. Un golpe de culata contra la cabeza de mi padre. Mi hermano mayor rueda de un empujón. Yo me escapo. Me persiguen; me meto en el monte. El pasto está empapado. Me caigo. Me pierdo. Desde el monte, escondido en la copa de un árbol, veo las llamas alzarse contra el cielo espeso de cerrazón y veo mi casa caer.

Fierro sentía que la vejiga le iba a reventar. Mearse encima. ¿Te mearás encima? El orgullo se raja, se lastima para siempre: es parte del tratamiento. Convertirme en una cosa. Una pobre cosa meada y tembleque, nunca más arisca. Voy a aguantar. Me olvido. No voy a hacerme encima. No voy a. Se fueron las ganas. Decido que no tengo ganas. Quieren romperme la conciencia. Para eso me trajeron aquí. Aquí me tienen, atado como un fiambre, para eso. Romperme. Matarme no. Muerto no les sirvo para nada. Podían haberme matado al atraparme, cuando falló esa granada de mierda. O después. No. No me van a matar. Cobarde. Después de todo, ¿qué importa? Maula. ¿No estabas decidido desde el pique a morir? ¿No era que se te importaba un carajo? Morir. Una estupidez que le pasa a cualquiera. Ser digno de los demás, digno hasta el final, ¿no parecía fácil? Alguien que me dice: “Me alcanza con saber que estás vivo en algún lugar del planeta”. Alguien que me cuenta cosas. Le cuento yo también, cosas de antes. Nos contamos. Hablamos y vamos perdiendo ropa mientras hablamos. No nos sacamos la ropa. La ropa va desapareciendo, de a poco, de a poquito, mientras nos contamos cosas de cuando éramos chicos. La lindísima muchacha que se desnuda es mi verdadera única casa. Yo, oso torpe: ella mi guarida.

Fierro peleaba con su conciencia respondona; quería ayudarla y defenderla. Sabía que era lo mejor que tenía: eso que otros llaman alma.

Este rostro bajo el rostro: el verdadero, el lleno de tajos, el que no cierra los párpados. Sabía que el Poder se había especializado en esa cacería bajo la piel y entre los músculos y que era para eso, sólo para eso, que trituraba cuerpos en las cámaras de tormento. ¿Cuántas veces lo había escuchado? La tortura quiere eso, existe para eso. ¿Cuántas veces lo había dicho? Quieren convertirnos en insectos para poder aplastarnos. ¿Voy a perderme el respeto? Soy fuerte. Somos. ¿No se lo había aprendido, acaso, de memoria? La memoria. Defender la conciencia. Rodearla, protegerla. Estoy encerrado, pero me escapo. Entero, ileso, invicto. Las llaves de la memoria. Tranquilizarme: aflojar los músculos. Recordar: rodearme de la gente que quiero. Los llamo y llegan desde abajo y desde arriba y desde lejos. Les paso la mano por la cara. Tengo la mano libre. Acaricio la cara de la gente que quiero. No llamo a Dios. ¿Lo llamé alguna vez? Un Cristo roto. Rezo de rodillas ante el altar de lata en mi cueva secreta. Afuera vuelan caranchos, estallan fogonazos de luz mala. Aúlla una perra en celo; los perros ladran, pelean por ella. A este altar zaparrastroso y muy sagrado lo hice con mis propias manos todavía torpes, manos de gurí muy gurí, que todavía no saben escribir ni pegar. Enciendo fosforitos; son mis velas. Llamo a Dios con los ojos cerrados, como me enseñó la abuela. Tengo allí una figura de yeso, robada, chiquita, toda descascarada, que viene a ser Cristo. Tiene partido el brazo que perdona, pero yo siempre me he imaginado a Dios así: un pájaro de cola de colores y con un ala rota por el duelo contra el Diablo. Llamo a Dios porque lo ando necesitando. No por mí; por los míos. Le hago mis preguntas y me quedo esperando, arrodillado, con las manos muy juntas. Él no me dice nada. Pienso que puede estar dormido, el Tata Dios, y le hablo en voz alta. El silencio del espacio infinito es una estafa. La sagrada nada, una traición. Resulta que Dios tenía espalda, y es eso lo que me ofrece. No vomito. Salgo disparado, como perseguido, y no regreso.

Fierro se serenaba. La memoria era una fuente de bravura. Yo soy yo. Me pertenezco, no me voy a baraja. El Cielo era un agujero descomunal, pero la cabeza se le iba llenando de sucesos y navegaciones. No me romperán. Ellos vendrán, ahora o luego o nunca, pero no podrán conmigo. De este reino soy rey. En él, no necesito ser feliz. Me recuerdo; soy invulnerable. Explorador de un planeta que nadie conoce: un mundo de agujeros: gotas gordas de transpiración colgando de las cejas peludas de mi padre. El vaivén de la pala. Mi viejo haciendo pozos en medio de un paisaje de luna. El pie empuja el filo de la pala; una montaña de tierra cada vez más negra va creciendo al borde del pozo cada vez más hondo. Pozos. Pozos para enterrar la última cosecha de cebollas. Pozos para las

gallinas asoladas por la peste. Pozos para la fruta podrida por la mucha lluvia, y para la fruta reseca por la poca lluvia. Juego a la rayuela o al gallo cojo en los senderos finitos de tierra seca y polvorienta entre los cráteres. Ayudo a mi hermano a cargar tierra en la carretilla. A la vuelta traemos bultos, los volcamos en los pozos. La casa, al borde de la cañada. La casa acosada por los pozos y las tormentas y los malos años. ¿Cómo hace la casa para sostenerse en pie? El universo es un agujero rodeado de tierra. Muchos agujeros rodeados de tierra y nubes de polvo rojo. No vienen los pájaros a picotear lombrices. Nadie viene. Un laberinto: encuentre la línea que conduce a la casa. Papá con los codos apoyados en la mesa desnuda de madera. Un farol a querosén le excava los músculos de la cara. Las sombras violentas en la cara de mi viejo que dice: “Es muy poca vergüenza la que queda”. Comemos choclos. Callados. El techo de la casa maltratado por los vendavales. Veo brillar las estrellas por entre las vigas rotas y el agujero de las tejas voladas. También veo, humeante, la luna pasar. Me despierto y salgo corriendo, sin aliento, a revisar los pozos. He visto un avión blanco y silencioso, que ha llegado en medio de la noche y ha dejado caer un blanco paracaídas despacito, despacito. En el paracaídas venía un señor muy alto y de piernas larguísimas, y él era mago. El mago ha flotado, ha rozado la tierra. De los bolsillos del mago iban cayendo miles de juguetes envueltos en grandes cajas con cintas de colores y todos los pozos han quedado llenos de juguetes. Después, con un soplo de viento, él ha levantado vuelo y se ha ido. Salgo corriendo no bien me despierto. Llego al borde del primer pozo, que es hondo, y me asomo. Desde la negrura, allá abajo, me llama una fuerza que no conozco y que tiene muchos poderes. Una neblina o brazo misterioso me agarra por la nuca y me lleva para abajo. Caigo sentado en el fondo del pozo. Lastimado, todo roto, llorando. Estoy paralizado por el susto y la repugnancia y el dolor. Cuando por fin puedo gritar, llamo a la abuela.

Fierro se había apoyado de espaldas contra la pared, y se sentía mejor. El trapo negro le aplastaba los ojos y lo asfixiaba, pero no le impedía ver caras y comarcas que se ofrecían desde los años idos, ni respirar aires de otros tiempos. Recordar, fuga fugaz, no salvaba; pero ayudaba. Era como tocarse el cuerpo; una manera de comprobar: estoy vivo: llamo a la abuela, me envuelvo, un mundo como una campana: cae la tarde. La abuela está sentada a la entrada de la glorieta. El aire no huele a jazmines. La abuela se ha pasado el día, como todos los días, hilando lino con los dedos. Tiene un abanico de seda blanca, con aplicaciones de nácar y madreperlas, desplegado sobre los pechos enormes, pero no lo usa, nunca,

para darse aire. Lo aprieta contra sí y por encima del abanico quieto, que es su sello de señorío, contempla el vacío con sus ciegos ojos de vieja, de córneas sin brillo y pupilas borrosas. La pollera es una inmensa campana color barro. Me meto allí, entre los pliegues de la tela áspera, acurrucado contra los muslos, y allí me gusta estar, cebándole mate o esperando que de vez en cuando diga algo y me llame Bichofeo. La abuela no sonrío. Tiene los labios hundidos entre las encías sin dientes y las palabras le salen como ruidos de ventosas despegándose. Ella me ha enseñado a llegar al Polo Sur por la ruta de las estrellas. Pliega el abanico para señalarme, con la punta, las tres marías y las siete cabritas en el mapa del cielo. Ella no las ve; las conoce. También conoce la historia secreta de cada estrella, sus peregrinaciones en los mares de la noche, pero es de poco hablar. La abuela da calor, en invierno. Guarda los nietos bajo las alas. A mi padre no lo quiere, y él cree que se ha quedado muda por culpa de los años.

Fierro había conseguido que el pasado se moviera sobre una correa giratoria: cada imagen se desprendía de la anterior, desembocaba en la siguiente. Ni la sed ni el dolor ni la angustia interrumpían la libre travesía de la memoria. Cosas que él no solía recordar, o que se negaba a recordar, afloraban como ciudades sepultadas. La memoria no le entregaba recuerdos alegres, pero eso no importaba. Era el que era y el que había sido. Soy. Me recorro como a un país. Sobre estas tristezas me he conquistado a brazo partido. Estas tristezas. Las plantas tajeadas de los pies descalzos de la abuela asomando por la sábana. En cada punta de la tarima de madera arde una vela de cabo grueso. Me alzo en puntas de pie, los dedos prendidos al borde de la tarima, casi colgando mi cuerpo de la tarima, y le veo la cara. La abuela está como viva. Sus ojos opacos miran sin ver y tiene las mejillas chupadas, como siempre, y los pómulos muy anchos, pero la piel está amarilla y transparente. La sábana cubre como nieve su cuerpo de matrona gigante. Una mosca le sobrevuela la cara. La mosca se le posa en la punta de la nariz. Me aburro. Me siento culpable porque no estoy triste y de mis ojos no salta ninguna lágrima. No sé qué hacer. Quisiera ponerme a jugar con mi trompo silbador. Ando deambulando alrededor del tablado fúnebre, en el silencio de la sala, con la cabeza caída, pero por más vueltas que le doy no puedo encontrar a la muerte en el cadáver de la abuela. Años más tarde aprenderé que un cuerpo vacío de vida no es la muerte. Un cuerpo vacío de vida es nada más que un cuerpo vacío de vida. Sabré que la muerte está en la vida, como fin anunciado de la gente que uno quiere y las experiencias que lo hacen a uno feliz: que asoma, como la transpiración, por los poros. Que un cadáver

es el único cuerpo donde la muerte no está. Pero todavía soy muy chico cuando me obligan a pasarme la noche en el velorio de la abuela, y todavía no comprendo y estoy colorado de vergüenza y lleno de asco por el miedo de que me obliguen a besar esa cosa helada. Me balanceo sobre los tacos y las puntas de los zapatos, para atrás y para adelante, como un tentetieso. Los zapatos me trituran los dedos de los pies. Tendré que caminar para domarlos. Tendré que caminar. Caminaré. En la ciudad. En la ciudad, ¿qué haré? Me gustará ir a ver fútbol a la cancha de la dársena y los domingos me voy a colar trepando por las altas alambradas. En la cancha de la dársena se verán barcos anclados detrás del arco, y se verán barcos pasar, y parecerá magia. En la ciudad, ¿quién me espera? Los primos y los tíos aparecen primero, en la imaginación; después en una casa; después en un barrio. Caminaré. ¿Cuáles son las imágenes que me abren las pupilas? La memoria navega; la tormenta juega con ella, la despedaza. “Nunca se deje aturdir por la desgracia. Nunca permita...” Seré el intruso. Me pegarán. Por escribir con la mano izquierda. Por comer la carne sin tenedor. El extranjero. Porque nunca había visto el mar y me meto vestido. Porque me escapo por la ventana y me echo a dormir entre los árboles del fondo. El no invitado. Me pegarán. Con la palma de la mano abierta. Con alpargatas y correas. Con la hebilla del cinturón. Con serpientes de siete cabezas que por las noches me acosan el sueño. Por retobado. Por no decir que llego tarde a la escuela porque hago la cola en el expendio de la leche, y decir que llego tarde porque quiero nomás. Me mido, ante el espejo, la lengua que me van a arrancar. Sueño que me aplasta un auto y me rompe un brazo y por el hueso roto me sale puré de zapallo. El no esperado. Me pegarán. Uñas pintadas de rojo como lastimaduras prolijas. Por opinar que los indios hicieron muy bien en comerse a Juan Díaz de Solís y chupar los huesitos. Me pegarán por no llorar cuando me pegan. Porque mi perro tuerto me ha deshecho, jugando, el único pantalón, y yo digo que me lo enganché en una alambrada de púas. Mi perro tuerto Harapo. Que les muestra los dientes. Que les clava los dientes. Que se trepa a los árboles. El Harapo. Que tampoco quería venirse a la ciudad pero persiguió mi olor por las vías del ferrocarril y las calles embarulladas y vino y se me acostó a los pies de la cama. Me lo patean. Me lo echan. Me espera. Lo espero. El Harapo tirado en el fondo, al amanecer, con ojos de vidrio y espuma seca chorreada del hocico abierto. Y yo los pateo. Los muerdo. Los golpeo con los puños. Y yo los odio. “Siempre los voy a odiar, asesinos, asesinos.” Le levanto la oreja al Harapo y le digo un secreto. Me agarran del pescuezo. Me dan una paliza. Me dejan de plantón hasta que me arrepienta y diga.

Estoy con las piernas abiertas y las manos a la espalda, en el centro del patio del fondo, en la intemperie helada, me juro y rejuro que no abriré la boca, no la abriré, pasan las horas, la noche se desprende del cielo, la noche me cae encima, no diré una palabra, nunca, las estrellas giran, lentas, y hace frío y yo no despegaré la boca. Cuando abro los ojos estoy en una cama. Alguien lloriquea. Alguien quiere meterme en la boca leche tibia en cucharita y yo me siento por primera vez alzado por una certidumbre de venganza y victoria y dignidad salvada.

Fierro escuchaba las voces del pasado viniendo sin mentira y sin prisa. Sentía a su hijo diciendo: "Contame de cuando eras chiquito"; sentía los olores de la infancia volviendo, olor de hinojos, olor de tortas fritas, sentía el sabor a miel de madre selvas y a barquillos, el sabor de las frutas robadas, veía la cara de su hijo sobreimpresa en la pantalla de la memoria, la imagen asombrada, asombrosa, siempre recién nacida y nítida contra el fondo borroso del tiempo. Salgo de la prisión al mediodía, con una bolsa al hombro, y floto en el espacio y parpadeo: me cuesta creer en tanta luz que hay en el aire. El aire está preñado de lluvia y todo luminoso de luz blanca. Lejos, contra una pared, me espera una mujer. Mi hijo viene corriendo, llega, se me trepa de un salto, nos ahogamos en un abracísimo. Los puñetazos del corazón contra el pecho. Dos golpes: estoy libre, estoy vivo. Esta necesidad de caminar en cualquier dirección y sin plazo, caminar porque sí, porque quiero, porque se me da la gana. La libertad. Mirá. Tengo para vos estos bichitos de miga de pan. Fueron hechos por todos nosotros. La vida adentro. El vuelo fundamental de la gaviota que pasa por el único pedacito de cielo que te dejan ver media hora por día. El mediodía. Se viene la lluvia. Las nubes carbonosas colgando del cielo. El aire hinchado del mediodía. Cuando descubras que el mundo está organizado para que mates lo que más querés... Otros mediodías, otras lluvias. Los pájaros vuelan a refugiarse en el monte. El jilguero aletea y sale disparado en línea recta, pierde fuerza, se para en el aire; queda en suspenso, en el aire; agita las alas como loco; arranca volando a todo lo que da. Mirá. La tierra sorprendida por la lluvia. Las cosas que no te digo por nuestra manera callada de querernos. Cuando descubras... Cuando descubras. Mirá. Lluve como si fuera la primera vez. Mi hijo a caballo, atravesando al galope la tormenta. Mi hijo a caballo, galopando a mi lado. El pasto aplastado bajo los cascos de los caballos. La tierra sin alambradas. Las cosas que no te digo. La tierra purpúrea empapada por la lluvia. De esta costilla naciste, de esta tierra mojada brotaste: por ella pelearás, hasta que cada fogón sea la casa de todos. Las cosas que no te digo. A caballo, a los

piques, golpeando charcos, libres bajo el cielo rajado, y llueve, y llueve. ¿Qué será de nosotros todos? Libres. Abriendo la lluvia brava: libres. ¿Qué otro gallo cantará?

Fierro los esperó esa noche y no llegaron. No volvieron esa noche. Volvieron a la mañana siguiente, temprano. La máquina cumplía horario de oficina.

17. La ciudad

El chiquilín anda por la costa y levanta del suelo un tubo cualquiera, un pedazo de caño hueco tapado de herrumbre y tierra, y se lo pone en un ojo, como un largavistas. Apunta contra el sol. Guiña el otro ojo y en el extremo del tubo de hierro vuelan mariposas con las alas despintadas por la lluvia de ayer y vuela el mago cantor y también vuela, hacia las frondas del monte, un ejército de pájaros encabezados por las calandrias barullentas. Un chingolo sale aleteando por la ventana de casa y con el pico le ponío a mamá un billete que no se termina nunca jamás, así ella compra comida y no tiene que trabajar ni llorar ni andarse preocupando. El chiquilín se ve a sí mismo, también, en la otra punta del tubo de hierro, y él es grande y es domador de caballos.

El chiquilín camina y camina tanto que la rambla se acabó y entonces ve un escalón y se ordena: “Sentate”.

Y piensa:

¿Adónde se van los señores que viven en la luna cuando la luna se va encogiendo y se queda finita, finita?

¿Cuántos granos de arena hay en este mundo de aquí?

Y piensa:

¿Los Reyes Magos les llevan regalos a los muertos? ¿O los muertos son como los pobres?

¿Cuánta gente cabe en la boca de un tigre?

¿Por qué tuvimos que venirnos aquí?

Arranca un puñado de pasto y se lo mete en el bolsillo: es lechuga, para que el papá coma cuando vuelva. Al papá se lo llevaron y nadie puede verlo y él le guarda comida y le cuida las cosas.

El chiquilín no ama la ciudad, porque la ciudad es grande y uno se pierde y ahora él no sabe cómo hará para volver. Una gaviota le pasa cerca y él le tira un manotazo y no llega. Piensa: “En gaviota, nunca andé”. Piensa que sería lindo poder andar en gaviota o en cometa y llevar a papá a

conocer los otros mundos.

18. El Santo Oficio de la Inquisición

Dijo que no debía nada.

Amonestada, y fue mandada desnudar, dijo que no debía nada.

Fue vuelta a amonestar que diga la verdad, donde no se mandará poner en la cincha.

Dijo que no debía nada contra la fe, fue desnudada y puesta en la cincha, atados los dedos de los pies, y por los pies y espinillos un cordel, y por los brazos, y por los molledos para la mancuerna.

Estándola desnudando decía que no debía nada, y que si en el tormento por no poderlo llevar dijere algo, que no valga nada ni sea válido, porque lo dirá de miedo.

Estando ya atada en la forma dicha y puesta en la cincha, fue amonestada que diga la verdad; donde no, se le mandaría dar y apretar.

La primera de mancuerna.

19. La máquina

Soy un ojo que no ve... Soy un oído que no escucha... Soy esta mano que no toca...

Los párpados aletearon contra la negra tela áspera que los oprimía. Fierro quiso arrancarse la capucha atada al cuello: el tirón, violento, le cortó las muñecas esposadas a la espalda. ¿Dónde estoy? Las piernas se negaban a moverse; los ligamentos eran de trapo. ¿Por qué estoy? No le salía ninguna palabra de la boca; la lengua era una bola de carne ardida. ¿Con quién estoy? Los labios no se cerraban; el mentón, tembleque, tampoco obedecía. Lentamente iba reconociendo su cuerpo, el territorio bombardeado que todavía era suyo.

Soy un cuerpo desollado...

Un aullido remoto iba y venía. Fierro no escuchaba otra cosa, y era su propio alarido de hacía un rato que regresaba hecho ráfaga silbadora y porfiada. Un alarido: un gemido de nada. Había creído que aullaba. La garganta no servía. Había un incendio en la garganta. Él había pedido agua. ¿Lo recordaba? Sí, recordaba. Le habían abierto la boca, le habían escupido adentro.

Soy un montón de músculos retorcidos y quemados...

Tenía todos los nervios al aire. Le dolían los cabellos, uno por uno. Le dolían las uñas. Sentía una aguja clavada en cada poro. Sentía el dolor crujiendo en la caja de huesos del cráneo. ¿Hasta dónde? Van a volver. ¿Hasta dónde se puede aguantar? Van a volver ahora. Una brasa en la oscuridad; dos; muchas. Estás solo, cantaron todos, sabemos que vos sabés, sabemos todo, estás solo como un perro, hijo de puta, cantá. Las palabras volaban; pegaban contra el blanco: estallaban. No tenés salida, reconocé, cantá, quiénes son, cuántos, nombres, queremos nombres, escuchá, decí, no te hagás matar, rezá, hijo de puta, andá rezando. El cerebro había volado en pedazos. Una náusea como una ola con sabor a sangre y olor a podrido. Volverán. Ahora. Vendrán desde los cuatro puntos

cardinales, como las palabras y los golpes. El frío de la hoja del cuchillo en el escroto. El caño del revólver hundido en el agujero del culo. Te levantarán nuevamente la capucha: nuevamente verás el chisperío arrasándote el pellejo, mordiéndote la carne, arrancándote la carne de a pedazos. Te revolverás como un pez atrapado. La desesperación resbalosa del pez. Ahora. Volverán. ¿Hasta dónde se puede aguantar? La victoria nos necesita a todos. ¿Nos necesita? ¿Me necesita? Van a volver. Pronto. Ahora. Había querido gritar. La lengua inflada le llenaba toda la cabeza. Los testículos hinchados como globos. El pus chorreando: había sentido, sentía, los minúsculos y repugnantes ríos de pus y de sangre deslizándose desde las heridas. Morir. Sí: recordaba. Estás solo, nadie sabe que estás aquí, nadie te vio cuando te llevamos, nadie te conoce, nadie. Te vamos a matar.

Soy un puñado de fibras rotas...

Morir. No quiero morir. Es injusto. ¿Quiero morir? No quiero. Faltan tantas cosas para hacer y para ver. Tiempo mío, mundo mío. Tiempo sin fin. Y si no hay Dios, ¿a quién le protesta uno? Estoy hecho de dolor. Estoy deshecho de dolor. ¿Hasta dónde se puede aguantar? Morir. Te vamos a matar y nadie va a saber, pero no ahora, eh, no te vamos a hacer el regalito de matarte ahora, desgraciado, antes vas a sufrir. Mucho. Mirá. El suelo se había levantado, le había aplastado la cara. Las tenazas se abrían y se cerraban sobre cada pedazo que le quedaba vivo. Una brasa en la oscuridad; dos brasas; muchas brasas: ellos fumaban. Nos vas a repetir lo que nos dijiste. La memoria se balanceaba, borracha, sobre un solo pie. Lo que dijiste. Pero no dije nada. Estoy seguro. Sentía el piso de cemento helado bajo el cuerpo desnudo y todo el dolor del mundo en el simple acto de tragar o mover un dedo y se decía: Estoy seguro de que no dije nada. Estoy seguro de que fui más fuerte que ellos y no dije nada. ¿Estoy seguro? La tierra giraba, una pelota dormida en el espacio, y Fierro se sentía como una cucaracha pisoteada y descubría que dudaba y que tenía miedo. No dije. La tela babosa de la capucha lo estrangulaba. La revolución, la tierra prometida... ¿Treinta años? Puede ser. ¿Cuarenta años? Puede ser. ¿Una cruz de crayola roja sobre un número de almanaque? ¿Mañana? No. La victoria y la resurrección y el poder: mañana no. Me jodo la vida. No voy a tener otra. Esta es la única que tengo. Vida única vida. La pierdo. Se me va. La estoy perdiendo. Se escurre; gotea. Nadie me dará otra. Y a mí me gustaba. A mí me gusta. ¿Cuánta será la cantidad de dolor todavía reservada para mí? ¿Y todo por quién? ¿Por los otros? ¿Por los que me están reventando? ¿También por ellos? ¿Es la muchedumbre una familia?

¿Se puede tocar, la muchedumbre? ¿Puede uno sentirse abrazado por la multitud? Sí puede sí puede. Podés. Pudiste. Te ocurrió. Te está ocurriendo. Siempre. La muchedumbre: una muchacha embarazada de granadas. La gente bailando en la calle. Una alegría feroz. Un alboroto de tambores y guitarras y banderas y todos abrazándose y besándose sin conocerse. Sí: siempre. Sí: todo. Por eso: todo. La revolución: cuando el cielo baja y la tierra sube. Los armados, desarmados. Los atados, desatados. El precio. Pagar el precio, ¿no era lo que pedías? ¿No era lo que querías? ¿Quién eligió en tu lugar? La larga noche de los años. El trabajo de hormiga. La impotencia y la espera. Un ponchito nomás, y a la intemperie. Vos. Yo. Sí. Yo. Nosotros. Yo dispuesto a la reventazón de todas las prisiones y a la violación de todos los mandamientos. ¿No quisiste hablar con la voz de los que no tienen voz? ¿Pelear del lado de los que no tienen armas? ¿Caer con los condenados a la caída? Yo. Esta mano, ¿es mía? Está dormida. Eso: duerme. Pobre mano estrangulada. ¿Por qué duele si está dormida? ¿Por qué se me derrama la saliva si estoy muerto de sed? Tengo la boca abierta como los muertos. Tiemblo: estoy vivo. ¿Tiemblo de miedo? Me duele la sangre al correr por las venas: estoy vivo. Me duele el sudor helado. Me duelen los músculos y los huesos y la médula de los huesos. Si me duelen, estoy vivo. ¿Quién está ahí? Estoy solo. ¿Hay alguien? ¿Hay alguien ahí? ¿Estoy hablando, ahora? No. Pensando. Eso. No estoy hablando. No dije nada. No digo nada. No diré nada. Soy más fuerte que mi dolor. Soy más fuerte que mi miedo. Somos más fuertes. Nosotros. Nosotros somos. Yo. Dispuesto a pagar el precio. Aquí estoy y sabemos por qué morimos. Ellos no saben por qué matan. Pobrecitos hijos de puta. Estoy dispuesto a morir. Estoy dispuesto a sufrir. Voy a sufrir con salvaje alegría.

No soy mi dolor; soy otro...

Pensar. Ahí está. Tengo que pensar. Poner en orden mis ideas. Salvarme. Pienso. Me salvo del dolor. Separarme del dolor. Eso. El dolor me parte. ¿Quién soy? No estoy roto. ¿Quién era yo? No me romperán. ¿Quiénes son los míos? Los míos: los malcomidos, los maldormidos, los dueños de nada. Un odio que crece como pelo o uñas. Soy más fuerte que mi dolor. Pensar. Pienso. Yo. Fuerte. Yo sé por qué estoy aquí. Yo elegí estar aquí. Aquí, en este mismo lugar de mierda. Sabía que me iba a tocar. Quise. Supe. No estaba condenado. ¿Comer y eructar y dormir a la sombra de las bayonetas? Soy fuerte porque siento asco. Soy fuerte porque siento odio. El Poder. Sabemos: no echará sangre al morir. Sabemos: dejará nada más que un poco de polvo en las manos de los justicieros. No me importa

morir. No me importa sufrir. Estar vivo es un juego de dados. Muevo los dedos. Así. Las piernas. Los tendones. Despacito. Despacito. Así. Estoy vivo. Así. No estoy solo. Todavía estoy vivo. La revolución: cuando llueve de abajo arriba. Me veo lejos. Estoy lejos. Despacito.

Soy un país subterráneo...

20. El Santo Oficio de la Inquisición

En las paredes se veían colgadas disciplinas de diferentes materiales, algunas sogas anudadas y no pocas tias con la sangre; otras de cadenas de alambre con puntas y ruedecillas como las de las espuelas, éstas también manchadas de sangre; cilicios de tejidos de alambre con puntas salientes, como de un octavo de pulgada, cubiertos con cuero por el exterior y provistos de cordeles para amarrarlos. Los había de diversos tamaños, para la cintura, los muslos, las piernas y los brazos. Las murallas también se veían adornadas con camisas de crin, para usar después de la flagelación, huesos humanos con una cuerda a cada extremo para amordazar a los que hablaban más de lo necesario y mordazas destinadas al mismo objeto, hechas con dos pedazos de caña atados en los extremos, que abriéndolas en el medio, al ponerlas en la boca, y amarrándolas detrás de la cabeza, como las de hueso, apretaban la lengua con gran fuerza.

En un cajón había muchas argollas para los dedos, hechas de pequeños pedazos de hierro en forma de semicírculos o medias lunas, con un tomillo en uno de sus extremos, de manera que, colocándolas en el sitio adecuado, se podían apretar todo lo que se quisiera, aún hasta el punto de reventar las uñas y romper los huesos.

21. La máquina

Fierro quiso dormir, deslizarse por la larga tripa oscura del sueño hacia el fondo del mar o de la noche. Quiso pero no. No podía pegar los párpados. No podía irse. Despierto, las pesadillas se le metían a la fuerza por los ojos abiertos contra la negra tela de la capucha.

Pesadillas como ésta:

Las paredes estaban vivas y comían aire y se iban inflando, él las oía, latían, un pulso de reloj, avanzaban, se hinchaban, paredes-pulmones contrayéndose y dilatándose, creciendo en cada pulsación, paredes-ventres caminando, llenándose de aire por los poros abiertos, poros-bocas que jadeaban y echaban ráfagas de ronco viento caliente y devoraban el aire entero del mundo y él sentía el pulso de truenos, el clamoreo de la invasión de las paredes engullendo todo hasta que no quedaba más aire para respirar ni espacio para estar y él era cercado por la espalda y por el pecho y las paredes le trituraban las costillas y le aplastaban los pulmones y se lo tragaban y quedaban convertidas en un solo muro engordado y victorioso.

O ésta:

Oía la sombra rompiéndose y oía un quejido o mugido largo y rojizo y en la negrura asomaba una lengua de acero, erecta, se venía, la hoja de una navaja entrando y creciendo y luego era una serpiente de metal que ondulaba y luego una sierra eléctrica dando vueltas en busca de carne humana, persiguiéndolo a él que se agachaba y saltaba sin poderla ver mientras escuchaba el roce de espadas de inmensos dientes frotándose y también chillidos y aullidos y los golpes de un martillo pulverizando huesos y una pala mecánica se desprendía de la noche y lo perseguía para mezclarlo con restos de hombres castrados y masticados y vomitados y él no encontraba esperanza en ninguna parte de su cuerpo.

22. El Santo Oficio de la Inquisición

Fue mandado quitar la capa y tornado a amonestar que diga la verdad, dijo que no tiene más que decir.

Fuele quitado el escapulario y tornado a amonestar que diga la verdad, dijo que no tiene más que decir.

Fue mandado quitar el sayo y el almilla, y amonestado que diga la verdad, dijo que no tiene más que decir.

Fue mandado quitar el jubón, las calzas y los zapatos, y amonestado que diga la verdad, dijo que no tiene más que decir.

Fue mandado poner unos zaragüelles, y amonestado que diga la verdad, dijo que no tiene más que decir.

Fue mandado quitar la camisa y quedó desnudo y con los zaragüelles y sentado en el potro, y amonestado dijo que no tiene más que decir que lo que tiene dicho.

Fue mandado tender en el potro y estando tendido dijo: “Vea usted cuán flaco soy y cuán fácilmente se acabará mi vida”.

23. La máquina

Fierro quiso desmayarse y maldijo la fortaleza de su propio cuerpo. Pensó: les pegaré, para obligarlos a desmayarme. Les pegaré cuando vuelvan.

Descubrió que ya no estaba atado. Descubrió que le habían arrancado la capucha de la cabeza. Quiso pararse. El cerebro dictó la orden. La orden bajó de célula en célula y las blancas cuerdas de los nervios la transmitieron a viva voz, pero la médula no escuchaba. Los cables habían sido cortados, los puentes dinamitados; la médula no respondía. El cerebro llamaba al músculo, repetía la orden, insistía: era inútil: esta pierna extranjera, esta pierna de arena.

Se sintió alzado por el cuello y un chorro de luz le cayó en la cara y una tormenta de fognazos se le desencadenó en el centro del cráneo. Escuchó voces que lo sacudían: “¿Lo conocés? ¿Lo conocés?”. Vio una cara. Pobre viejito, desfigurado por el miedo. Pobre diablo. Daba lástima. Era la cara de alguien que se había perdido en la selva, con barba y mugre de años y los rasgos hinchados y borrosos. Y sin embargo, era un espejo. Descubrió que era un espejo. Era un espejo lo que tenía delante. ¿Un sueño? ¿Duelmo? Me está ocurriendo. Ellos se reían a las carcajadas y él quiso reventar el espejo, hacerse saltar en pedazos, convertirse en una telaraña de vidrio o en un montón de vidrios rotos de una trompada: quiso romperse, y se dijo: arriba brazo, arriba mano. Pero los brazos y las manos tampoco le pertenecían y descubrió: soy mis jirones, soy los restos de mí mismo. Y descubrió: no siento dolor porque ya no siento mi cuerpo. He entregado mi cuerpo. Me lo han arrancado. Lo he perdido.

Lo invadió el pánico de la traición. Este cuerpo que ya no es mío, ¿me traicionará? ¿Traicionará a mi gente? No sabía cuánto tiempo había pasado y quiso recordar los últimos interrogatorios, pero la memoria se le había inundado de duda y cerrazón. Sintió la obligación de matarse, porque el nacimiento y la muerte no tienen importancia y lo que importa es

lo que está en el medio y él no podía permitir que en el medio estuviera la traición. Matarse. Morirme, terminarme. Fin del infierno, fin del cielo, principio de nada. Matarme. Ofrecerme. El piso de cemento como un altar de piedra y la sangre yéndose a borbotones por la vena abierta y el placer de pensar: “Los jodí”. Yo tendré fin, pero el tiempo no. Yo tendré fin, pero el espacio no. La pelea no. La suerte está echada, pero echada por mí.

Pensó en el hijo, como despidiéndose.

Todavía no sabía que ellos no lo iban a dejar elegir. Todavía no le habían reventado el hígado, al cabo de varias semanas de no poder arrancarle ni una sola palabra de la boca. Todavía no lo habían arrojado muerto al monte, cerquita de un pueblo cualquiera.

Y no sabía, y nunca supo, que en alguna parte había una carta para él. La carta decía:

Hemos preguntado por todas partes y nadie sabe dar cuenta de tu paradero.

En los cuarteles se ríen de mí cuando pregunto. Ellos dicen que te habrás ido con otra, pero yo sé que te han metido preso de nuevo porque vino un amigo tuyo que sabe y me lo dijo. Me pregunto adónde andarás. Los sufrimientos que estarás pasando ya me los imagino. Puede ser que esta carta te llegue y puede ser que no, pero lo mismo la voy a llevar a ver qué pasa.

Dice el Yuyo que te manda un chicle globero, porque vos sabés hacer buenos globos, globos grandes, que vuelan, y así te metés adentro del globo y te escapás. Dice que cuando vuelvas le traigas un paraguas y un helado. Hoy se levantó muy temprano para pedirle que vuelvas al lucero del alba.

El Yuyo es una maquinita de hacer preguntas. Me tiene loca con las preguntas. ¿Cuándo empezará todo de nuevo? ¿Cuándo empezará todo otra vez, del año 1 en adelante? ¿Cuántos segundos demora en pasar un siglo?

A veces me dice que está deseando nacer y está deseando crecer, pero a veces me dice que quiere volver a meterse en mi barriga.

Camina mucho solo, anda por ahí, sin darse con nadie. A cuanto tipo de uniforme ve por la calle, aunque sea un portero de hotel, le pregunta: ¿Cuándo me vas a devolver a mi papá? Dice que los va a fulminar a todos con el rayo ultra-seven y les patear los tobillos y sale corriendo.

Yo también te extraño mucho. Olvidate de todas las cosas feas que te tengo dichas y las veces que yo no te entendía. Solamente quiero que vuelvas. Quiero que estemos juntos por un rato aunque sea y quiero decirte que sos lo mejor que me ha pasado en la vida.

Nunca te gustó que yo te hablara así y cambiabas de tema o te

agarrabas una rabieta y además siempre había otras cosas de qué hablar, como ser, las maldades del gobierno o lo caro que está todo y no hay plata que alcance.

Ahora yo no sé si vas a poder leer esta carta, pero igual siento como una necesidad de decirte que yo contigo he sido más feliz de lo que los libros dicen que se puede. Perdoname si tantas veces me anduve quejando por bobadas.

Un día me dijiste que yo tenía cara de mujer a la que siempre se vuelve y yo te espero ahora o cuando sea y donde sea y como sea. Quiero que sepas.

24. La máquina

Estaba buscando monte para echarse una siesta con mucho árbol encima, costumbre del hombre solo que antes había sido, hombre solo y monteador, y caminando lo vio.

A sus espaldas, en los cordones del pueblo, ardía, en parvas, la basura. En el cielo había un sol malo, violento. El viento andaba empujando humo blanco y polvo neblinoso y hollín y desparramaba un olor a desperdicios quemados y a sueñera de verano. Le vio el pie. Eso fue lo primero que le vio. El pie, asomando entre las ramas espinosas.

Un matorral de chilcas y coronillas cerraba el paso. Allí tampoco el viento podía entrar. El mosquerío zumbaba, alborotado. Le vio el pie y adivinó el resto.

Se escapó corriendo cuesta abajo, a todo lo que daba.

Se detuvo, sin aliento, y pensó: ¿Por qué me tenía que tocar a mí, justamente a mí? ¿Y si no digo nada? ¿Por qué voy a levantar la perdiz? No te metas, se dijo. Nadie te vio verlo. ¿Quién te ha dado vela en este entierro? No te metas. Cada cual en lo suyo, pensó. Yo no he visto nada y chau. El que venga atrás, que arree. Si digo, me van a echar la culpa. Ya me lo veo venir. Veinte años a la sombra. Cuarenta años a la sombra. Toda mi vida a la sombra. No.

Quiso comer y descubrió que se le había tapado la garganta.

Quiso dormir. Tenía al muerto atravesado entre los párpados.

Volvió, a media tarde. Solo. Se aproximó, persignándose. Vio el cuerpo desnudo y desbaratado, el lívido pellejo y los manchones morados de golpes y quemaduras. Vio el misterioso fueguito invulnerable todavía brotando de alguna parte y todavía imponiéndose.

El cuerpo no había empezado a descomponerse. A este pobre hombre lo han matado varias veces, pensó. Está pidiendo tierra, pensó. Y paz. Y otra cosa más está exigiendo o advirtiéndole, pensó, aunque no supo cuál era esa otra cosa que estaba retumbando más allá de la sorpresa y la

tristeza del asesinato.

Fue al pueblo a buscar una carretilla y una pala y un cuero de oveja. Lo alzó en brazos, sin asco ni miedo, y lo acostó en la carretilla y lo cubrió. Bajó la pendiente del pedregal. El muerto, despatarrado, se sacudía dando tumbos. Los brazos y los pies levantaban polvo y piedras del suelo. Cuando estaba llegando abajo, la rueda de hierro de la carretilla salió rodando sola y se acostó sobre unos pastos bobos.

El hombre se sentó en un peñasco y sacó la bolsita del tabaco de un bolsillo de la campera. Lentamente armó un cigarrillo de boquilla chata. Encendió y fumando se decidió a cavar la fosa. Había llegado al fin del viaje. Era muy propio del destino eso de romper la rueda para señalar un sitio.

Entonces lo vieron. Unos chiquilines. Lo sorprendieron cuando hundía el filo de la pala en la tierra seca. Lo saludaron a gritos y él los corrió a pedradas. Ya no había nada que hacer. ¿Por qué tenía que tocarme a mí?, se preguntó. ¿Quién me mandó meterme en este lío? Miró al sol, que colgaba bajo del cielo, y calculó la hora.

Era domingo y el pueblo estaba vacío.

Nadie quiso hacerse cargo del muerto sin nombre.

25. El Santo Oficio de la Inquisición

Porque durante la misa mayor, en un día de fiesta, con mucho enojo y cólera dijo: “Ya se pasó el tiempo en que Dios mandaba que si a uno diesen un bofetón en un carrillo, volviese el otro, que a quien a mí me enojare en el zapato, le sacaré el alma”.

Por haber andado apóstata.

Porque daba fortuna con amores y curaba con maleficios.

Porque trataba con el diablo, y cuando hablaba con él le decía “mi alma querida” y otros muchos requiebros; y cuando el diablo la quería hablar, la daba un aire fresco en el rostro; y cuando ella quería, se ponía a ver el sol a mediodía en punto, y puesta en cruz veía el cielo abierto y la gloria, y en el sol veía toda la gente como si fuera de vidrio, y les veía las entrañas.

Porque hallándose en el campo había oído de repente un sonido muy suave que bajó del cielo sobre él y le alegró muchísimo el corazón, atribuyéndolo a la gracia que se concedía de repente.

Porque había exclamado, leyendo una vez la Escritura: “¡Ea!, ¡que no hay más que vivir y morir!”.

Porque dijo que un rayo le había partido y que había sanado y que a las mujeres que se vestían faldellín colorado les veía todo cuanto tenían, como si estuviesen en pelota, con otras cosas desta suerte.

Porque no quitaba el sombrero a la cruz, ni hacía reverencia a las imágenes ni a los santos, ni al Santísimo Sacramento cuando le encontraba en la calle.

Porque llevaba recados de los presos.

Porque afirmaba que no hubo Adán ni diluvio, ni hay diablos ni brujos, y que la que llaman estrella de los magos fue un cometa de los ordinarios.

Porque creía que de haber infierno, había de ser para los reyes y poderosos, para clérigos y frailes, que sustentan del trabajo ajeno, y que era invención digna de reprobarse la sujeción al Rey y al Papa.

Porque tocando la guitarra hacía bailar un huevo y que se levantase del

suelo hasta la altura de su cabeza.

26. La ciudad

La marea alta lo ha arrojado, por fin, a los pies de la ciudad. Fue a la hora en que las sombras degüellan la última luz de un ajo y la noche se desploma, brutal y vengadora, sobre nosotros.

Él demoró varias noches en llegar, pero se orientó hacia aquí como queriendo. El mar, con sus movimientos de pistón, iba y venía, con él flotando, y el viento traía desde las islas los ecos de los lentos truenos de la guerra: los cuerpos golpeando contra las rocas y precipitándose al fondo de las aguas con una pesadez de montañas y también el olor de la sangre subiendo desde los abismos del mar.

Él viajó su último viaje con el vientre desgarrado por los colmillos enemigos. Una gaviota lo acompañó, con las alas desplegadas. Lo acompañó sin gritar. La gaviota navegaba sobre él, volaba suavemente, se detenía, flotaba en la oscuridad como una lámpara encendida: lo esperaba y lo conducía. Las algas, arrancadas por la creciente, latigaban el mar con sus fuegos fríos, mientras él viajaba su viaje de navío fantasma con la gaviota como bandera.

Después, la gaviota se ha quedado montando guardia sobre él, fija en el aire con las alas abiertas, para que los pájaros no le devoraran los ojos ni las tripas que asomaban por la herida.

Él no ha caído cara al suelo, como los demás: tiene el cuello erguido y enfrenta a la ciudad con las mandíbulas abiertas. Ya no le queda piel, sino apenas jirones pegoteados contra el caparazón de cuero duro.

La ciudad no dice que lo llamó. La ciudad: que de día come luz y de noche la escupe. Que de noche engendra vidas y de día las entierra. Lo llamó: con la voz de un hombre que siente una tristeza como la de un ejército en retirada y con la voz de un hombre que siente que todo el júbilo del universo cabe en la primera llamita de las altas hogueras que haremos arder.

27. El Santo Oficio de la Inquisición

Porque en un entierro muy suntuoso había dicho que tanta pompa era inútil, ya que el muerto no había menester nada.

Por haber usado de artes mágicas con que convertía a la vista en negros a los hombres blancos.

Porque dispuso tres muñecos que representaban otras tantas personas de autoridad y ejercicio, dos vestidos de golilla y el tercero, de escarlata, y así dispuestos, puso sobre carbones encendidos una olla con aguardiente, coca mascada y azúcar y levantando la olla en alto azotaba la llama con los muñecos, invocando al demonio.

Por decir que no tenía el Pontífice facultad para conceder indulgencias y que éstas eran una quimera y patarata, como que el Papa fuese cabeza universal de la Iglesia y que a éste se le debiese obediencia, pues no era posible que a un solo hombre se le sujetasen tantos, y más cuando éste concitaba tropas a favor de unos príncipes o monarcas contra otros.

Porque dijo que Dios había errado en la creación del hombre, pues, sabiendo que había de serle infiel y ofenderle, le había creado.

Porque dijo que tenía segura la gloria y estaba tan cerca de ella como de aquí a su cama, y que para obtenerla había muchos trabajos que sufrir y tormentos que pasar, como ser: oscuridad muy grande, fuego sin verlo y unos precipicios muy espantosos.

Porque, estando dormida, se le representó que había de quedar la ciudad reducida a cenizas por la ira del Cielo, y que el Señor arrojaba contra cada una de las cajas tres lanzas o flechas de fuego, con que se incendiaba toda la ciudad en castigo de las graves culpas que se cometían.

Porque un clérigo con quien ella había estado amancebada le solía decir: “Diosa mía”, y que la quería tanto que cuando estaba en la Iglesia y oía nombrar el nombre de Santa María, él decía: “Mi María”. Porque, llamada a declarar, ocultó la verdad.

Porque dijo que los sacerdotes comían el sudor de los pobres y que

vendían cada día a Jesucristo por un peso y que ningún hombre que vendiese negros y mulatos se podía ir al Cielo sino que iba condenado al Infierno, y que el Papa que lo consentía era un borracho.

Porque se ofreció al demonio y la primera noche que durmió con él fue la noche del día de las Once Mil Vírgenes, y después que volvió en sí, vio que estaba todo el aposento cubierto de negro y una tumba en medio y unas hachas encendidas.

Porque negaba redondamente lo del sexto mandamiento.

Porque dijo que había tenido revelación de que la silla romana se había de pasar a las Indias.

Porque dijo que, aunque lo mandasen el Rey y el Papa, él haría en su casa lo que quisiese.

Porque sostenía, con motivo de la aparición del cometa grande, que eso significaba el fin del mundo, porque ya no había caridad ni verdad.

Porque renegó de Dios mientras estaba colgado recibiendo azotes de su amo.

Porque se denunció de haber expresado, en galeras, que si él no cabalgaba en este mundo, el diablo le cabalgaría en el otro.

Porque declaró que era cabrón y saludador, y que en señal de ello tenía una cruz en el pecho y otra en el cielo de la boca.

Porque afirmó que los indios que habían muerto antes de la llegada de los españoles, se iban al Cielo.

Porque dijo que la Inquisición era como la torre de Babilonia, porque los que en ella entran nunca aciertan a salir.

Porque sostenía que a los inquisidores y familiares se les debía atar a la cola de un caballo.

Porque dijo que los inquisidores no hacían lo que debían de hacer, que no eran sino contra los pobres y no contra los grandes hinchados del mundo.

28. Andares de Ganapán

¿Se acuerda de la primera vez que nos hablamos? Yo era muy gurí, estaba recién empezando esta vida sin abrazos. ¿Se acuerda? Fue la primera vez y la última, porque pasaron los años y usted nunca más se ocupó de mí. Razones no le faltan, ya sé. Yo nunca le encendí una vela y nunca le puse una moneda en sus alcancías de las iglesias. De los rezos suyos que yo sabía, me olvidé hace tiempo por falta de uso. Es que yo a usted la quiero, María, pero a mi manera.

¿Se acuerda? Yo era chiquito. Me habían metido abajo de la ducha fría, por alguna diablura que yo estaba debiendo, y vino la monja Pastora y me aplicó el castigo. La Pastora me dio con una vara de mimbre en la espalda, me dio con todo y alma y vida y yo no lloraba por no darle el gusto y cuanto más aguantaba, más fuerte me pegaba la monja Pastora con la vara. Después me llevaron, desnudo, al medio del patio. Me obligaron a hincarme y ahí me tuvieron todo el día hincado y con las manos en la nuca, obligado a mirar el suelo. No podía moverme. Si me movía, me pegaban con la vara. Yo estaba contando hormigas y vi desfilar la hilera de zapatos de los demás gurises del albergue y ellos pasaban a mi lado sin hablar. Me quedé solo. Estaba temblando de frío, yo, con los brazos acalambrados y las rodillas reventadas por el pedregullo y la espalda en carne viva. Estaba todo lleno de dolor. Entonces fue cuando cerré los ojos y los apreté para metérmelos bien adentro y vi puntitos de colores y con toda la fuerza del alma le pedí ayuda a usted, Madre de Dios, Madre de Mártires, pochito de los pobres. Y usted me fue propicia. Yo le pedí un milagro y usted me lo hizo. Usted hizo que en ese momento se terminara la guerra mundial. ¿Se acuerda? 2 de mayo, ¿no?, del 45. Se acabó la guerra mundial y tocaron las sirenas y en el alboroto nosotros rompimos las puertas y nos escapamos todos. Yo me junté con el Susurro, que había vomitado la hostia en la misa y se había escapado de antes. Cuando se venía la noche, nos íbamos a dormir a los depósitos del diario. Durante el

día andábamos vagando, vagabundeando, por el mercado viejo.

Y yo caminé, desde aquel día. Caminé y caminé y caminando ando todavía, buscando en invierno la vereda del sol.

En usted yo creo, a mi manera. Siempre creí en usted, Virgen María Santísima, traspasada de puñales por los dolores del mundo. En los espíritus, no. En los espíritus no creo, yo. ¿Y cómo les voy a pedir yo a los espíritus que vengan a darme una mano, si no creo en la propia existencia de ellos?

El Susurro creía, pero los espíritus no lo salvaron de reventar como una chinche, pobre Susurro, en paz descanse. Él decía que había hablado con una cantidad tremenda de difuntos. A veces venían los espíritus y se le sentaban en la cama para charlar y jugar al truco y hasta había uno que le dejaba plata prestada adentro de los zapatos. Al Susurro lo visitaban espíritus colaboracionistas y espíritus vengadores. Una vez llegaron los vengadores y le dieron una brutal paliza mientras dormía. Amaneció todo hinchado y sucio de sangre. Él me contaba estas cosas y yo le discutía. Mirá, Susurro, le decía, no es porque yo sea un increíble, pero a mí no me vengas con esos disparates de los espíritus. Los que te visitan a vos, le decía, son los tipos esos de los platos voladores. No son los espíritus los que te visitan. Hace poco, sin ir más lejos, los tipos de los platos voladores bajaron acá en la playa. No se supo porque el gobierno no dejó publicar. A un cristiano compatriota mío le sacaron sangre del dedo, que para ellos se ve que era como un desayuno. Se comportaron con gran corrección, la verdad sea dicha, y le hablaron al hombre en el idioma nuestro de aquí del país. No le sacaron la sangre de pesados. Comieron y se fueron. Yo no sé si usted sabrá, María, pero los tipos de los platos voladores vienen del centro de la Tierra, donde está el fuego eterno, y salen por los cráteres de los volcanes. Al planeta Marte ya lo tienen conquistado.

Esta es una de las teorías mías, de cuando me pongo a pensar. Cada vez pienso más, porque ando sin laburo, ¿sabe? Pienso: y yo, ¿qué tengo? ¿Qué es lo mío? ¿Qué soy yo? ¿Carne bautizada, nomás? Me meto adentro mío y avanzo, avanzo, y van apareciendo personas que yo quería, y sigo avanzando y sigo y sigo pero me da miedo, porque yo sé que a la final de esos corredores de mi alma no hay nadie y que existimos por la pura casualidad de las cosas. ¿Qué habría pasado si mi papá y mi mamá no se juntaban una noche de carnaval? ¿Estaría yo, acá? Me habría muerto sin nacer, pongo por caso. ¿Y quién estaría en mi lugar? ¿Eh? Porque en el fondo, yo no sé quién soy ni de dónde soy. Hay alguien que lo sabe, pero no soy yo. Yo sé que esta vida que llevo no es la mía. Pero, ¿cuál es la mía?

Eso lo ignoro, yo. Esta vida que llevo no tiene música. De tanto sentir pena, ya me están doliendo las costillas.

Una de las maldiciones mías está en que no tengo nada. Todo lo que yo tuve se me fue. La mujer que yo más quise, la Pitanga, que con ella me sentía como un sabio atómico, se pudrió de comer huesos y se fue. A dos de mis hijos, ¿cuánto hace que no los veo? A la radio la empeñé, con Gardel adentro, y empeñé la boleta también. El ropero, me lo sacaron faltando un par de cuotas. El anillo de casado no lo perdí, porque nunca tuve. A la armónica, que para mí era como el cigarro o más, muy necesaria para empezar el día, la agarró la gurisita mía, la menor, la que es operada, y con un tenedor se puso a revolver adentro de los agujeritos y dejó todas las latas retorcidas. Vale como cinco mil pesos la armónica, caigasé de espaldas, María, por la cuestión ésta del dólar. Los zapatos que llevo puestos, usted los está viendo, Virgen Santa, lo cadáveres que están. La otra tarde entré en la iglesia con estos zapatos en una mano, y el cura: “No se puede entrar descalzo en la iglesia”, me dijo. “Si me los pongo es mentira”, le dije. “Yo vengo a pedirle ayuda a Dios”, le dije, “y como usted es el delegado de Él, en una de esas Él le da la orden de regalarme un par de zapatos nuevos”. “¿Cuánto hace que no se confiesa, buen hombre?”, va y me pregunta. “¿Cuánto hace que no comulga?” Y yo voy y le contesto: “Veinticinco años”. Me dio azúcar. Yo precisaba zapatos y me dio azúcar.

Yo le estaba pidiendo los zapatos a Dios, que viene siendo su hijo, ¿no, María?, porque yo a los hombres no les pido nada. Yo no mendigo. Yo no digo gracias. Ofrezco mis brazos, buenos para lo que sea, aguantadores, de fierro. Pero no hay novedades para mí. Hasta las estrellas, si les pregunto, me contestan que pase otra noche. Nadie tiene novedades para mí. ¿Cuántos años llevo haciendo cola y esperando que llegue mi turno? Si protesto, marchó preso. Si me callo, marchó preso. Echo una monedita al aire y si sale cruz es mala suerte y si sale cara, también es mala suerte. ¿De dónde viene mi desgracia? ¿Nací torcido o me hicieron el mal de ojo? La alegría se me ha salido, Virgen Santa, por los agujeros que tengo en el alma. Estoy hecho una tristeza andante. ¿Para qué vivo? ¿Por qué respiro? Me pongo a pensar y a preguntar y es como apretar el botón de arranque de un motor que después no hay manera de pararlo. A veces hago unos pesos, y los convierto en grapa, con mucha frecuentidad me pasa eso, la verdad sea dicha, a usted no la voy a engañar, usted que es Reina del Cielo y de la Tierra. Pero ésas son mis armas, María, usted comprenda, contra las preguntas que se me vienen de adentro y me atropellan. A la grapa yo le pido que me saque las preguntas que me lastiman la cabeza. Vacío la

primera botella y entonces espero perder las ganas de cobrarme las desgracias a cuchillo y de romperle los dientes a cualquiera. Yo tengo esa intención. Si no puedo, no es culpa mía.

Yo había estado trabajando en una fábrica. ¿De quién era la fábrica? Nunca supe. ¿Para quiénes eran las cosas que hacíamos? Nunca supe. Ando todavía pegajoso del aceite de máquina y de noche todavía me zumban los taladros en los oídos, aunque ya va para cuatro años largos de todo eso. Vino la huelga general y yo, ¿qué iba a hacer, Virgen Santa? ¿Qué hubiera hecho usted, pongo por caso, en mi pellejo? Para carnero no nací y es una fija que usted tampoco. Yo no me meto en política y de esas cosas no entiendo nada, pero si hay que pelear, acompaño y peleo y del caballo no me baja nadie. Perdimos. Los que mandaban siguieron mandando y al que no le guste, marche preso. Me dieron el raje y me dejaron en la calle para siempre. Yo me quedé plantado toda la tarde frente al portón de la fábrica, agarrado a los barrotes de fierro, y cerraba los ojos y pensaba que yo le ponía una bomba adentro y encendía la mecha con un fósforo y contaba diez, nueve, ocho, siete mientras corría y corría y la fábrica reventaba y volaban los pedazos por el aire y yo miraba las llamas de lejos. A la final me cansé de pensar en eso y le pegué una patada al portón y una piedrita se me metió por el agujero de la suela del zapato.

Y yo caminé y seguí caminando. Siempre apuradas mis piernas, como si tuvieran algún lugar adonde ir, buscando algún lugar que sea mi lugar y no encontrando. Caminé sin bajar los brazos, mundo arriba y mundo abajo, caminante, viviente, sobreviviente, con la desgracia haciéndome sombra y con el pánico este de que se me llenen un día de aire la panza o la cabeza.

No son lisonjas, Virgen Santa. Son veracidades. Para mí que la propia entrada mía en el mundo ya estuvo equivocada. Los antepasados míos eran príncipes guerreros del África, de ahí de la frontera del desierto y la selva, Utopía se llama el país de ellos, en la esquina del Nilo azul. Eran tipos muy poderosos, de éstos que hacen llover pinchando nubes con la espada. Se ve que ya el nacimiento mío fue un error y que yo no estaba para venir acá. No soy el que soy y no me encuentro: ésa es la contra mía. Yo sé que éste no es mi lugar. Aquí estoy pero no estoy, María, María Auxiliadora, Madre de Dios, y ya tengo unas cuantas mataduras en el lomo.

Mataduras, tengo. Otra cosa, no. A mi padre lo tuve pero por un rato nomás, y me lo dejaron morir. Con él yo conversaba. Antes me acordaba de las palabras de él, y las escuchaba cada vez que las andaba extrañando, la

voz cascada de él, ronca, bajita, pero hace años que la perdí y me falta. Yo de gurí me levantaba cuando era muy noche todavía y salía al campo a buscar la yegua tordilla. Aquéllos eran buenos tiempos. Yo cortaba madre selvas para endulzarme la boca con el jugo y a la noche no le tenía miedo, porque gracias a los grillos la noche no estaba callada y no era enemiga. Yo traía la yegua y la prendía al carro y nos íbamos al mercado, al trote por el camino de tierra, mi viejo y yo. Él llevaba las riendas con una mano y con el otro brazo me apretaba contra el pecho de él, para que yo no sienta el frío de la madrugada, y me hablaba al oído para que yo oiga, porque metían mucho ruido el trote y las ruedas. El viejo me hablaba de sus cosas tristes y de las pateaduras que le habían dado y vos vas a ser más fuerte que yo, me decía, vas a ser un Tarzán de fuerte, y cuando seas grande, me decía, los vas a hacer sudar sangre a esos hijos de puta.

Yo ahora la llamo a usted, María, para que me ayude y me acompañe para yo caminar bien por la calle, y que me salgan bien las cosas esta noche, y no tenga que volver nunca más al oprobio. Para esta noche tenemos un asalto. Yo bien sé que a usted eso no le gusta nada y ya me imagino la mueca que estará haciendo al escucharme. Pero no lo hago por la infamia; lo hago por la necesidad. Ando nervioso y solo y estando así, me pierdo. Camino por caminar, comiendo y descomiendo, pero cada vez con menos suerte y menos ganas. Usted, que es sagrada, ¿va a permitir que yo siga tragando piedras? No es mucha gloria la que pido. Intenté todo y siempre por las buenas y de eso ha de haber constancia en mi expediente de allá del Cielo. Ahora yo sé que mi destino es otro y le pido que me dé una mano. Mi amigo Buscavida fue el que consiguió los datos, que se los pasó un maricón en el bar de la Perversa de París, ahí en el bajo, no sé si conoce. No es un asalto difícil, pero yo me juego una parada brava porque no tengo costumbre y en el delito no me hallo. Por eso le pido, Virgen Santa, que me ayude. ¿Hasta cuándo voy a vivir de la pordiosidad y en cualquier recoveco? Ando con miedo de que alguna madrugada no me salgan más palabras de la boca o que mi cuerpo se niegue a moverse, o que me deje olvidada el alma en la estación del ferrocarril. ¿Encontraré mi lugarcito? ¿De qué pozo es este sapo, María? ¿De ninguno? Usted, María, que premia y castiga, que enciende y apaga el sol y derrama la lluvia cuando quiere, acuerdesé de mí. Usted debe tener muchos pedidos. Debe estar muy ocupada usted, Madre de Dios y de todos los que sufren, arrancando las espinas del mundo, que son tantas. Pero acuerdesé de mí, si cuadra. Mi nombre es Ganapán y soy muy tigre.

29. El regreso

Los días siguientes fueron de vértigo. Yo estaba desesperado. Dormía en los ómnibus, no tenía ropa para cambiarme; todos eran perseguidores. Creía que podía salvar a Fierro si conseguía desparramar la noticia de que lo tenían preso. No había tiempo que alcanzara y cada esquina era una trampa. Vi a los que pude y a los que no pude también. Sentía que había un ejército pisándome los talones; desconfiaba de mi sombra. Me había negado yo mismo el derecho de esconderme. Hablé con la mujer de Fierro y con varios amigos y abogados. La gente que podía haber hecho algo estaba toda escondida, presa, muerta o desterrada. Los demás averiguaban, insistían y finalmente se alzaban de hombros. No hay nada que hacer, me decían. Nadie sabía nada. Yo no me animaba a contar cómo habían sido las cosas, aunque es seguro que dije más de lo que debía. ¿O dije menos? No sé. Sensatez mía, o vergüenza. Fierro estaba oficialmente desaparecido y no era el único. Me citaba con los periodistas en los cafés. Ya entonces era la nuestra una república del silencio. Nadie pudo o nadie quiso publicar una línea.

Nos habían clausurado el diario. Nuestra gente estaba dispersa y la manzana rodeada de soldados armados a guerra. Una madrugada, cuando ya le debía varias noches al sueño, mis piernas rumbearon solitas hacia mi casa. No pasé de la esquina. Después, confirmé que me estaban esperando adentro.

Antes había estado en tu casa, Clara, y te había dicho adiós. Iba a decirte: no me abandones. Pero te dije adiós. No sabía qué hacer, ni a quién preguntar. Sólo sabía que no quería meter a nadie más en ese baile. Estaba solo, Clara, y no quería quemar a los demás en nada que no fuera la noticia de que Fierro había sido atrapado vivo. Nunca entendiste por qué, y no creas: yo tampoco. Pero así fue. ¿Para no hacerte daño? ¿Para no colgarme de tus pies y arrastrarte conmigo? ¿O por mi antigua y confesada incapacidad de compartir? Me sentía inútil y culpable. Sé lo que estás

pensando. Pero yo no quería invitarte a la desgracia. ¿Por soberbia? Puede ser. No me defiendo. El hecho es que al final ya no quedaba ninguna puerta para golpear y yo andaba regalado por las calles.

Así anduve, no sé, un par de semanas. Después de tantas vueltas, yo también caí preso. Se veía venir y creo que no hice mucho por evitarlo. No sé.

Me tuvieron de plantón un buen tiempo en la plaza de armas: cuánto tiempo, no me preguntes. Al final yo deliraba y tenía fiebre alta y los pies hinchados como patas de elefante. Las noches de agosto son muy frías. Pasé varias noches y varios días; se pierde la cuenta. Me tenían con las piernas abiertas y las manos atrás, atadas con un cable. Cuando me dormía y me caía, me levantaban a punta de bayoneta. Me habían puesto una venda en los ojos, pero torciendo el pescuezo podía vichar algo por abajo. Se escuchaba nada más que los relinchos de los caballos desde los corrales, y también gritos, a veces.

Hubo una voz que me ayudó mucho, al principio. Yo llevaba no sé cuántas horas de plantón y escuché una voz que me preguntaba, de muy cerca, ronca, en secreto: “¿Cuántos años tenés?”. Y me dijo: “Para vos, va a ser un paseo. Vas a aguantar. Seguro. ¿Cómo no vas a aguantar? Yo aguanté y soy un viejo. Tengo treinta años más que vos. ¡Seguro!”. Por la rendija de abajo de la venda alcancé a ver una rodilla deshecha, toda hinchada, en carne viva. Vino una bota y la pateó, a esa rodilla sangrante que me había dado aliento, y el cuerpo se derrumbó. Yo no me moví.

Después, empezaron los interrogatorios. Me preguntaban sobre Fierro. Me mandaron a la máquina. Uno se siente muy náufrago, Clara, muy completamente solo. Sobre todo cuando uno queda desnudo. Porque ellos están vestidos, ¿no? Mientras a uno le queda el calzoncillo puesto, uno es más dueño de uno mismo. Y además ellos pueden verlo a uno, pero uno está encapuchado, y los brazos y las piernas de ellos están libres y uno está atado y uno está enfermo por los días y las noches del plantón. Es desparejo, y ese desamparo te jode más que los golpes. Estás perdido de entrada. Y si uno clava los dientes y se aguanta sin hablar, eso es muchísimo peor para ellos que cualquier insulto, y se enloquecen de furia si por lo menos no llorás. Está todo organizado para que te desmorones antes de que empiece el dolor.

Me preguntaban sobre Fierro. Al principio sentía mucho miedo y tenía que hacer un esfuerzo feroz para que no me temblaran las manos y quería decir algo y la garganta no me daba ninguna palabra. Después, el miedo se fue y yo me asombraba de estar tan lúcido y sereno. No por coraje, Clara:

por una especie de distancia que se abre entre uno y la situación que uno está viviendo, como si uno fuera otro, y es esa distancia la que te tranquiliza y te hace resistir. Yo no podía verlos a ellos, pero me miraba a mí mismo desde afuera, era mi propio espectador, y razonaba y sacaba conclusiones entre paliza y paliza. Así, descubrí que ellos no sabían que yo había estado con Fierro en los últimos minutos. Alguien, no sé quién, había pasado el dato de que yo andaba diciendo que él estaba preso, y eso era todo. En realidad, se habían puesto a buscarme bastante después. Los primeros días de persecución habían sido nada más que un delirio. Me reí de mí mismo. Ellos también sabían, claro, que yo era amigo de Fierro, y descontaban que nos veíamos, pero no tenían información concreta. Descubrí eso, y fue muy importante para mí. Me ayudó a aguantarme. Eso significaba que alguien lo había delatado: Fierro no había caído por mi culpa, nadie había seguido al coche que me llevó al enterradero y nuestro encuentro había coincidido con el desastre por pura casualidad.

Y otra cosa. Supe que lo habían asesinado.

Cada vez que lo recuerdo, se muere otra vez. Ya son muchas las veces que se ha muerto y me ha dolido.

Aquella noche, me di cuenta de golpe. El garabato de ese relámpago se me dibujó en el cerebro: Fierro estaba muerto. Lo adiviné por las preguntas. Lo confirmé cuando cometí mi gran error. Mi gran error, digo, y lo digo ahora, pero no sé. Fue cuando les dije, sin gritar ni nada, que yo estaba seguro de que él había caído preso porque yo había estado allí cuando se lo llevaron. Entonces me saltaron encima y comprendí que yo era el único testigo y que nunca iba a salir de allí para poder contar la verdad entera, porque Fierro ya no estaba vivo. Lo comprendí en menos de un segundo y nunca sentí tanta cólera y tanta vergüenza de ser inocente y nunca me pegaron tanto y con tanta rabia. Me desmayé.

Me desperté mucho después, llorando de ganas de merecer lo que me estaba pasando, y pensaba: ¿Y lo van a enterrar acostado a un tipo así? ¿Y le van a cerrar los ojos a un tipo así? Pensaba en él, que había sabido elegir, incendiador más que los soles, y en sus restos, sus miguitas desparramadas por el mundo, el gran tipo que había sido, el tipo macanudo que había sido mi amigo, y lo veía más ancho que Dios y más macho también, y pensaba que un muerto de ese tamaño era demasiado para estos pocacosas y para los pocacosas como éstos que le habían arrancado la vida. Los asesinos no eran dignos de un cadáver tan enorme, y eso me daba asco.

Aquella noche, lo demás no me importaba nada. La tortura y el

cansancio no me importaban nada y tampoco la posibilidad de la muerte. Nunca me sentí tan fuerte como aquella noche.

Pero hubo muchas noches más, y muchos días.

En la pared, alguien escribe: “No vi, no oí, no sé”. Uno cuenta, temblando, los pasos en el corredor. Veinticinco, veintiséis, veintisiete. Se llevan a otro, y uno es el próximo. La máquina te atraviesa la carne y te parte los huesos y te desboca el corazón. A veces uno pasa cierta frontera del sufrimiento y entonces no lo sentís mientras ocurre, porque los dolores se enciman y se anulan unos a otros, pero después vuelven todos juntos al ataque, cuando quedás abandonado en el piso, y entonces los dolores gritan por todos los poros, el cuerpo es un alarido, y por dentro vas sintiendo crecer un incendio que te arrasa.

Aprendí muchas cosas. Dos veces me mandaron al hospital y volví. Aprendí muchas cosas que no sabía. Yo sabía que la máquina está hecha para romper a los hombres, pero no sabía que tenés que defenderte de las tentaciones que vos mismo te soplás al oído mientras la cosa dura. No sabía que te viene la tentación de salvarte vendiendo un dato, uno solito, y la tentación de romper una ventana y clavar las muñecas en las astillas de vidrio y la tentación de tirarte desde alguna ventana alta.

Uno puede dominarse, y uno está salvado mientras es capaz de dominarse. Pero te asalta, por ahí, el miedo de volverte loco. Estás en el suelo y sentís que se te abre el cráneo y de adentro te salen pájaros y porquerías y todavía pensás, pero con pánico, pensás: ¿Ya no soy mi dueño? ¿Estoy dejando de ser mi propio dueño? ¿Quién es el dueño de mí? ¿Es la máquina? ¿La máquina me ganó? Eso es peor que cualquier dolor y más triste que la muerte. La muerte es el último cartucho y el que muere pierde: yo lo sabía. Pero no sabía que ese pánico es peor que la muerte.

Pensaba en vos, Clara. O no pensaba. Venías sola, para ayudarme. Yo no te llamaba y venías. ¿Te acordás cuando nos conocimos y yo te pisé? ¿Y se te cayó el libro y nos agachamos los dos a la vez y nos dimos un cocazo? ¿Y el primer beso, aquel mediodía, cuando se chocaron los lentes? Venías por tu cuenta y me ayudabas.

30. La máquina

Estabas preso a medianoche y en la ciudad cantaba un gallo con insomnio.

Estabas preso y solo en tu jaula y querías dormir, como si fuera posible. Las piernas de trapo te pedían dormir y también la mano que había temblado, esta noche, al agarrar la cuchara de madera, y los ojos que ardían.

Dormir no; pero conseguiste no escuchar los gritos y los golpes. Por primera vez te fuiste lejos del alboroto desesperado de la prisión, que era tu destierro, y una muchacha llamada Clara fue tu reino perdido y recobrado: ella venía viniendo, descalza, desnuda: la ciudad estaba acostada boca arriba y ella le andaba por el pecho con pasos secretos.

La que te decía: a pesar de todo, y te llamaba Pirata.

La que sospechaba de lo imposible, pero lo prefería.

La que venía de una comarca donde las pequeñas cosas tenían toda la importancia del mundo: las cosas chiquitas: una gata lamiéndose la pata izquierda, un cuchillo cayendo al suelo, la crepitación del fuego, la forma y el calor de la ceniza, el dibujo de la gota que resbala sobre el vidrio de la ventana, la mucha sal en la comida o el hecho de haber nacido en febrero.

La que de chica preguntaba a las cáscaras de naranja cuántos hijos iba a tener y se quedaba haciéndole la guardia a la radio para sorprender a los enanitos que se metían adentro.

La que te aceptó sin preguntas.

La de los ojos-túneles, que se reía con dientes de conejo y tenía una trenza negra que le llegaba a la cintura.

La que hacía el amor entre velas encendidas. ¿Mi mano toca tu piel o tu piel toca mi mano? La que hacía el amor como un largo viaje en un trencito de juguete que se deslizaba por las montañas y los mares.

La que fue capaz de apostarse y perdió, pero con triunfo, mientras vos te defendías de querer porque eso golpea duro.

La que con los ojos te decía: pero quiero todo, y te decía: pero quiero siempre, y te enseñó a no medir el tiempo ni la libertad y otras cosas que también fueron traicionadas o acaso olvidadas.

31. La máquina

—Y de pronto, apareciste. Así: plic, plac. Yo le había encendido una fogata a San Juan.

—Tengo hambre. Voy a buscar manzanas. ¿Querés?

—Bueno.

—Esperame.

—No demores.

—Un minuto.

—Tortuga.

—Mariano.

—¿Qué?

—¿Con una te alcanza?

—Traela.

—Mirá. Mordé.

—Qué jugo. Una maravilla, el jugo que tiene.

—Con razón, ¿no?

—¿Qué?

—Lo de Adán, y eso.

—¿Eso? Es mentira, eso. Es historia oficial.

—Y vos, ¿qué sabés?

—Todas las historias oficiales son mentiras.

—No me digas.

—Te digo.

—¿Estabas ahí, para saber?

—Tengo buena memoria. Recuerdo mis vidas anteriores, una por una.

Todas las veces que nací.

—¿Y yo trabajaba, en tu primera vida?

—También.

—¿Trabajaba de qué?

—De uva. Porque en la verdadera historia del Paraíso, Clara, había

uvas. El Diablo se pasaba las tardes devorándote en los cerros.

—¿Y después?

—Después, eras una flor de papel en el sombrero de una vieja. Eso eras.

—¿Y después?

—Eras una paloma renga y friolenta. Yo te había recogido en la calle y te llevaba en el bolsillo del sobretodo, en las noches de invierno, vos tiritando, y asomabas la cabeza por el bolsillo.

—Uy, qué horrible.

—Ingrata.

—Te odio.

—Boba.

—Cretino.

—Gracias.

—¿Y vos?

—¿Qué?

—¿Qué eras? En la última vida que tuviste.

—León.

—Mirá.

—Y no parezco ¿eh?

—Para nada.

—Un león con cara de preocupado.

—Ja.

—Porque me había comido una mosca de puro distraído, y la mosca era mi única amiga, y yo me había quedado solo y andaba solo por las calles y todo pateado.

32. La máquina

—Tengo frío.

—Ponete así. Me gusta tenerte así.

—La pierna. Acá. Así.

—¿Estás bien?

—¿Y vos?

—Muy.

—Ah.

—¿De qué te reís?

—Para mí, fue una sorpresa. Quiero decir: después. Me parecía increíble que el mundo no hubiera cambiado. Me miré en el espejo y yo tampoco había cambiado y me mordí los labios. Quise estudiar y no pude. Quise estar con mis amigas y no pude. Quise escribir cartas, quise trabajar. Quise dormir y tampoco pude.

—¿De eso te reís?

—No me bañé. Tenía tu olor en todo el cuerpo.

—¿De eso?

—No, no. Después te digo.

—Ahora.

—No. Después.

—No me interesa.

—Entonces te lo digo. Lo bien que me caés. Eso.

—¿Eso? ¿Y entonces yo?

—¿Qué?

—Mucho más que eso. Contigo no siento miedo de nada.

—Mirá que no soy una santa. Me como las uñas. Te advierto.

—El miedo es una porquería.

—Y sí. Pero, ¿quién no siente miedo?

—¿Vos sentís?

—No tires ahí la... No seas chanco.

—¿Miedo de qué? ¿De que estemos así, como estamos?

—No sé. O sí sé. Siento, como cualquiera.

—Pero juntos, no. Juntos estamos a salvo. Al miedo lo ponemos bajo la suela del zapato y crash: lo aplastamos como a una porquería.

—Oigamé, Pirata. Prometamé, Pirata.

—La escucho. Prometo.

—¿En serio?

—Sí.

—Nunca vamos a dejar que esto se pudra. ¿Eh? No vamos a permitir nunca que esto se pudra.

—¿Nada más que eso? Es fácil.

—No.

—¿No qué?

—No es nada fácil.

—Si usted lo dice.

—Y nunca nos vamos a lastimar. ¿Nos prometemos eso? Es peligroso.

—¿Dejar el cuero en el alambrado?

—Algo así. Puede ser.

—Tanta alegría. Es un regalo. ¿Por qué nos vamos a joder? No me gusta que te pongas solemne.

—¿Qué hora es? Uy, hace dieciocho horas que estamos por levantarnos.

—Nos vamos a enfermar.

—Tendríamos que levantarnos.

—Nos vamos a evaporar.

—¿No íbamos a ir al cine?

—¿Cuándo fue eso? ¿Ayer? ¿Anteayer?

—¿No íbamos a bajar a comer?

—Sí. Tendríamos que levantarnos.

—Esto es mejor que Buster Keaton.

—Esto es mejor que todo.

—No hay nada que...

—Ponete así. Así. Me gusta dormir así.

—Vas a dormir.

—No. Zonzo. Quiero que te quedes. Quedate. Quiero.

—Yo también quiero. Cuando era chico, me alcanzaba con querer una cosa con muchas ganas, para que ocurriera. Cerraba los ojos, pensaba con todas mis fuerzas en eso que quería y zácate: ocurría.

—Cuando yo era chica, lo que quería era un telescopio.

—¿Uno de esos grandes, que usan los astrónomos?

—Uno enorme. Yo lo había visto en el museo. Como no tenía telescopio, siempre me parecía que se había escapado alguna estrella.

—¿Y eso te importaba?

—Vivía deseando que se viniera la guerra. Una guerra bien grande, para mezclarme con los japoneses y robarme el telescopio. Alguien iba a romper los vidrios a patadas y yo iba a aprovechar y me iba a escapar corriendo con el telescopio entre los brazos. Pero solita no me animaba.

—Hubieras probado.

—¿Y vos?

—¿Yo? Yo era católico, cuando chico.

—¿Cómo es creer en Dios, Mariano? Nunca creí.

—Como creer en la revolución, me imagino. Te da la misma alegría y la misma sensación de no estar solo. Cuando era chico, yo no sentía miedo nunca. Pero un buen día... No, nada.

—Me gusta escucharte.

—Nada.

—Andá, no seas malo.

—Dame un cigarrillo.

—Esperá, no apagues.

—Quiero decir que un buen día, lo buscás y no está. Quiero decir: perdés a Dios como se pierde una cosa. Algo que se cae del bolsillo. Como se pierde un encendedor, así.

—Para mí, Dios era un señor de barba que metía miedo a los demás.

—Para mí no.

—Ya veo.

—Era mucho más que eso, para mí. Todavía no sé con qué se rellena ese agujero.

—Ahora es usted el que se puso solemne, Pirata.

—Puede ser. Perdoná.

—Pero... Mariano. Estás triste. Te vino la tristeza.

—No.

—¿No qué?

—No estoy triste.

—Sí estás.

—Sí. Estoy.

—No hay que hablar tanto.

—No.

—Uno no debería.

—Se arruina todo por culpa de las palabras.

—Sí.

—Mirá.

—¿Qué?

—Los pájaros, en la ventana.

—Hace rato que vienen pasando.

—Se va a venir tormenta, me parece, y nos vamos a mojar.

—Sí. Al irnos, nos vamos a mojar.

33. Andares de Ganapán

Esperan que aparezca en la puerta del café. Lo esperan como a un cargamento de mineral que asomará de un momento al otro por la boca del socavón.

—Él no puede demorar —dice Buscavida—. Para aquí. Viene siempre, a las ocho de la noche. La carta decía. No puede demorar. Los domingos también viene, pero no nos sirve. Los miércoles de noche anda con toda la plata a cuestras. Hoy es miércoles y no nos puede faltar.

—¿No te habrás equivocado de café? —pregunta Ganapán.

—Ya viene, ya viene. A cualquiera le pasa.

—Son casi las nueve.

—Café “Medianoche” hay uno solo —concluye Buscavida, con la vista atada al rectángulo de vidrio negro de la puerta.

Al otro lado de las gruesas paredes blanqueadas a la cal, no hay un alma. Adentro, se desparraman barajas y garbanzos sobre las mesas de pino y hay quienes discuten de fútbol y caballos y de la gente que se ha ido. De política no, porque se sueltan las lenguas y puede ocurrir que alguien no vuelva a su casa a dormir.

También se bebe, de pie contra el mostrador. El propietario, juez y sacerdote, sirve y vigila. Uno que ha bebido de más se balancea en el extremo del mostrador mientras ordena a su cuerpo, en voz alta: “Quieto ahí, quieto ahí...”.

El esperado llega con una hora justa de atraso. Viene desde la noche y el frío y trae el dinero de la cobranza de toda la jornada. Él no ha dedicado el largo día a revolver la arena del lecho del río de oro ni a deambular bajo tierras ricas en diamantes, sino a oprimir timbres y golpear aldabas, de puerta en puerta, de calle en calle, a lo largo de muchas horas y calambres: sin burrito, de a pie; sin alforja, con cartera; sin lupa, con anteojos.

Aunque el local está chabonamente iluminado por las lámparas de

querosén, Buscavida lo reconoce en seguida. Las señas coinciden con lo que de él decía la carta que Hachabrava recibió desde el mar o desde algún puerto del África. Busca tiene la vaga sensación de que lo conoce de antes, pero cree que ha de ser por una de esas guiñadas que el destino hace a la memoria.

El cobrador se sienta a solas, con la cartera de cuero negro apretada contra las rodillas. Ganapán y Buscavida se sientan con él: no les contesta el saludo y no los mira. Visto de cerca, tiene piel rosada, de perla; brilla la calva y brillan las gotas de transpiración y brillan los aros dorados de los lentes. Le ofrecen cigarrillos, los dos a la vez. Buscavida tose. Ganapán le hace eco.

Ganapán contempla, maravillado, al tipo que está solo en la mesa del fondo. Las piernas muertas del hombrecito no llegan al suelo: atrapa el vaso por el borde, con los dientes, lo baraja sacudiendo la cabeza y lo devuelve a las manos que esperan a la altura del pecho. Las manos, pájaros presos, agitan las alitas, los deditos: el contrahecho lo está llamando. Ganapán se hace el que no oye, por el pánico de que pueda pedirle que lo ayude a orinar. “Vení, vení”, dice el paralítico, y Ganapán se lo señala a Buscavida con el pulgar: “¿Lo conocés? Te llama”. Buscavida, siempre cuidadoso de los escándalos, se aproxima: inclina la cabeza:

—No vaya a hablarle de la época gloriosa —aconseja el extraño, susurrándole al oído—. Cuando le hablan mucho de eso, se pone a llorar y después los amigos tenemos que cargarlo hasta la casa.

—¿A quién? —Buscavida no entiende nada.

—A Flecha —dice el paralítico, enojándose—. A quién va a ser.

Buscavida asiente, como enterado. Así que éste era el famoso Flecha. Flecha, que supo ser adorado por la multitud y cantado por los poetas y ahora es este infeliz comido por las polillas. Los focos de la memoria de Buscavida se encienden todos a la vez. Flecha. El héroe de la infancia y los años idos.

Vuelve a la mesa con una hoja en la mano:

—Usted disculpe —dice al cobrador—. Lo molestamos porque queremos una firmita.

Cree adivinar un fugaz resplandor de orgullo abriéndose paso en la grisura; insiste:

—Desde que éramos botijas —dice— que andamos queriendo una firma suya. Nosotros íbamos siempre a la talud para verlo hacer goles. Usted tenía los zapatos aburridos de hacer goles. Si me acordaré.

El cobrador afloja la presión de los dedos, prendidos como garras al

mango de la cartera. Levanta la cabeza; relampaguea el lente izquierdo, que es muy grueso:

—La verdad sea dicha, que yo antes no podía ni caminar por la calle. Todos querían tocarme. Todos querían llevarse algo de recuerdo. Donde yo paraba, la verdad, hacían cola las mujeres.

Habla carraspeando, como echando aliento en lugar de palabras. Pega un lengüetazo al grafo de lápiz y firma con alguna dificultad y mucha rúbrica. Buscavida pliega el papel amorosamente y se lo alcanza a Ganapán con una mueca imperativa. Ganapán lo introduce en el bolsillo deshilachado de la camisa de sarga.

Buscavida alza las cejas y dice a Flecha:

—Si hubiéramos sabido que usted iba a venir, nos hubiéramos traído un pergamino.

Flecha hurga en la cartera. A Ganapán y a Buscavida se les van los ojos. Ganapán acaricia, en el bolsillo de atrás del pantalón, la cabeza del martillo. Buscavida le había dicho que se trajera el martillo por si el hombre se ponía porfiado.

De la palma de la mano de Flecha brota una medalla con unas cintitas chamuscadas. “Yo pasé necesidad, pero no quise empeñarla nunca”, explica. Se saca los lentes. Arrima la medalla a los ojos.

Buscavida le toca el brazo.

—Tómese algo, hermano —dice, y agrega—: Algo que no sea agua, ¿no?

—Usted lo ha dicho.

—Porque el agua viene del río, ¿no?

—Así es, amigo.

—Y en el río están los pescados, ¿no?

—Exacto.

—Y los pescados se pasan la vida meando, ¿no?

Buscavida se ríe solo. El mozo les arrima unos dedales de caña.

Flecha despliega fotografías sobre la mesa. El pasado estalla, la gloria, las lámparas de magnesio: clic, Flecha salta en el área chica, clic, va a cabecear, va a fusilar, la pelota se clavará en el ángulo: la fama y el disparate de ser Dios por ese instante en que el cuero espera el frentazo y Ganapán y Buscavida sienten que están escuchando a la muchedumbre reventar, abrazarse, llorar en las tribunas, mientras Ganapán piensa: “Es otro”, y ante sus ojos desfilan las pruebas de que esta historia ocurrió y Flecha se contempla, admirado, y les espía las reacciones.

Flecha habla de viajes y de regresos en andas. Recibía amenazas,

cuenta, y se cagaba de risa. Recibía anónimos: “Te vamos a volar a balazos los dedos de los pies”. Quisieron sobornarlo, pero este corazón no tiene precio: Flecha sonríe contra un cielo blanquecino, en cuclillas, con la pelota entre las manos, y un rato después la para con el pecho y saca un zurdazo desde la línea del córner y se cae y la pelota se echa a volar con alegría y hace una comba perfecta en el aire y sacude la red. Flecha cuenta de cuando era muchacho y jugaba en la playa con la pelota atada a los pies, él solo contra todos, y la arena chillaba como si la estuviera lustrando, y cuenta otras cosas que se han quedado colgadas del tiempo y la memoria y un poco rotas también.

Los vasitos de caña vuelven a llenarse. El ambiente huele a tabaco. En la punta del mostrador, alguien recita a propósito de los besos. El poema termina proclamando que el beso más puro es el que se da en la frente del cadáver de la madre.

Flecha ha guardado las fotografías y habla mirando hacia abajo, con la vista fija en la cartera barrigona de dinero ajeno y fantasmas:

—Íbamos segundos y faltaban dos fechas. Y la maldición se me vino encima y me aplastó. Se me vino el doctor y me dijo: “Mirá, Flecha, vos y yo tenemos que tener una charlita a solas”. Me invitó a comer a un restorán que se te caían las medias. Había pianista y todo. El doctor hizo traer un botellón de vino que le tenían reservado. Y me dijo que era una ocasión muy especial. Hubo postres con fuego. Cómo me iba a negar. Me mostró la llave y me habló del asunto y yo no me podía negar. El presidente del club es un poco como dueño de uno. La llave era el premio que me prometía. Me la mostró y se la guardó en el bolsillo del chaleco. “Si salimos campeones, Flechita, te la voy a dar”, me dijo. “Por una noche la vas a tener.” Así me dijo.

El vocerío del mostrador suena lejano. Aunque ya no están las pardas fotos carriadas sobre la mesa de Flecha, Ganapán siente que las imágenes de antes predominan sobre el rostro de este tipo encogido por la humillación de los años, que continúa repitiendo sin emoción su historia tantas veces contada y no del todo gastada todavía:

—Era la llave de un apartamento. Si salíamos campeones, yo iba a entrar a las diez de la noche en punto y me iba a orientar a lo gato en la oscuridad hasta llegar al dormitorio. Allí, en la cama, esperándome, iba a estar el premio. Y se dio. Ganamos el campeonato y se dio. El presidente me entregó la llave y yo fui. Me temblaban las rodillas. ¡A mí, al hombre sin miedo! La muchacha estaba toda desnuda sobre las sábanas y en la negrura adiviné que era lindísima. Se me enroscó y fue una víbora en la

cama.

Flecha entorna los párpados. Se limpia una cenecita de la solapa.

—Pero había dos condiciones que yo tenía que cumplir. Yo no podía encender la luz ni podía preguntarle nada. Nunca iba a saber quién era ella. Y cumplí. No abrí la boca. Y anduve en la oscuridad del cuarto sin ver nada porque yo, los ojos, ¿para qué los quería?

Se ríe con una risita lastimosa: “Yo precisaba otras cosas. Y las tenía. Ah, seguro que las tenía. Me sobran”.

Cuenta que había un antifaz en la cara de ella, que lo supo acariciándola, y que hicieron el amor hasta las cuatro de la mañana en un solo largo abrazo. Cuando sonó la chicharra del despertador, él se fue, como le había prometido al presidente. Se alejó caminando muy mareado y hecho un trapo feliz y se quedó sentado en la playa, de cara al mar. Tocaba la arena y era un placer. Tenía las yemas de los dedos cargadas de electricidad.

—Hasta que salió el sol, y me dio un abrazo.

Buscavida le palmea la espalda:

—Lo felicito, compañero.

—No me felicite tanto. Porque ahí fue que yo me perdí. Y ahora, aquí me ve —dice, como disculpándose por la flacura y la tristeza y esta vida que lleva.

—Cuenta, cuenta.

—¿Qué quieres que te cuente? ¿Quieres que siga revolviendo el puñal en la herida? —se queja.

—Entonces, no. Faltaba más. No cuente, que no hace falta.

—¿Y por qué? —se enoja—. Si quiero, cuento.

—Ah, eso sí.

—Si se me da la gana, cuento.

—En eso tiene razón.

—El que quiera escuchar, que escuche. El que no, se va a dormir.

Apoya un codo en la mesa; enciende un cigarrillo con filtro. Agazapado tras los lentes relumbrosos, disfruta la expectativa de Buscavida y Ganapán. Echa humo y se demora antes de continuar.

Un gordo llamado Bebo, todo vestido de blanco y con el rostro tapado de polvo de arroz, está cantando *naciiii como el clavel del aire, besóóó mis sienes el pampero*, y cuando se apagan los aplausos el dueño del café opina que a su saber y entender la Gioconda del tango es *Amurao*, mientras otros beben, lustrando el mostrador con los codos, y meditan sobre la vida con el mayor respeto.

Pero Flecha vacía su vasito de caña y continúa:

—Porque después, en la fiesta, la vi. Se hizo una gran fiesta en el club para celebrar la victoria y la vi. La reconocí. Cosa rara. Sentí que aquel cuerpo me estaba mirando de lejos. Y me arrimé. Ella estaba conversando con un grupo de gente y me arrimé para escucharle la voz. No habíamos hablado nada, pero la voz era igual que los gemidos de alegría y los grititos. La enfrenté y se puso toda colorada.

Se calla y la modela en el aire, con las manos:

—Yo no sabía que en este mundo podía haber nacido alguien así. Era como yo creía, pero mucho mejor. Iba a hablarle y me atraganté. Entonces estuvimos un rato así, los dos, allí, mirándonos, duros de asombro, y por fin pude decirle: “Hola, misteriosa”, y no me aguanté y le pellizqué una pierna. Y ahí fue que vine a enterarme. Ella era la mujer del presidente. La señora del doctor.

Ganapán no parpadea ni se mueve; permanece ajeno al palabrerío del café. El paralítico del rincón está contando una epopeya: “Le puse el cuchillo en el pecho”, cuenta, “la punta nomás, y ya vi que no había hombre”. El gordo pálido canta lo del bulín que ha quedado mistongo y fulero. Una copa se estrella contra el suelo. Buscavida mira el reloj de pared entre el Corazón de Jesús y la cara de Gardel y comprueba que el reloj está parado y se pregunta cuántos años hará que se le detuvieron las agujas.

Flecha se echa aliento en las manos. Las manos se le enfrían cada vez que recuerda.

—La perseguí —dice—. De día y de noche. Llamaba por teléfono esperándole la voz, pero ella nunca atendía.

La nuez del cuello de Flecha baja y sube.

—Le hice la guardia desde la esquina de la casa. Ella salía del brazo del doctor y se reían los dos. Un día la encontré sola. Me le apareí y ella hizo como que no me conocía. Me miró de refilón, simulando odio, y me dijo que iba a llamar a un policía si no la dejaba caminar en paz. Pero yo no la dejé y ella no llamó al policía. Yo no le hablaba. La miraba caminar, nomás, bien de cerquita, tan linda que era. Caminando era una gata humana. Nunca se vio cosa igual.

La voz se hace más espesa:

—Le mandaba anónimos. Empecé a tomar. Yo, que siempre le disparaba al trago y ni cerveza probaba. Me emborrachaba todas las noches. Me despertaba al amanecer, en cualquier parte, enredado en alguna melena cualquiera. En la cancha, no embocaba una. Primero perdí

el entusiasmo de jugar. Después, perdí el coraje. Era llegar al área y se me venía una niebla a los ojos. Erraba goles hechos. En ese cuadro no podía seguir. Me entró el miedo. Yo que a ese señor Miedo no me lo habían presentado nunca. Me entró el miedo de volverme loco. El médico me tomaba la fiebre y me daba pastillas. El presidente estaba más cariñoso que nunca: “Pero, Flechita, ¿qué bicho te ha picado?”, me decía. “Te noto raro, Flechita.” Quise comprar mi pase y no se pudo. Estaba preso por contrato. ¡Andá a saber lo que decían los papeles esos! Fui perdiendo amigos. Me fui perdiendo. Perdí todo. Da bronca, ¿no? Perder todo sin haber apostado. Porque yo, ¿qué tenía que ver?

—Nada que ver, tenía —lo apoya Buscavida.

—¿Ah no? ¿Y en esa cama quién se acostó? ¿Eh? ¿Mongo Aurelio? Fui yo, yo, yo —Flecha se golpea el pecho con el dedo índice.

—Y bue. Uno no es de verdura —consuela Buscavida.

—¿De verdura, yo? ¿Yo, de verdura? Ja —se jacta Flecha.

—Quiero decir que a cualquiera le pasa —insiste Buscavida.

—¿A cualquiera? ¿A cualquiera, dijo? Si hasta Dios se puso verde de envidia aquella noche —se indigna Flecha.

Aprieta la cartera y se queda un rato en silencio. Una gota de transpiración resbala lentamente y rebota, plic, contra el borde del vasito.

Buscavida piensa que de aquí a poco el cobrador va a estar maduro para llevárselo afuera y robarle hasta la dentadura postiza. Proclama, señalando a Ganapán:

—El hombre, aquí, es un insobornable suyo. Y yo también. Los dos lo queremos mucho, a usted. Yo lo quiero mucho. Usted, solo, no está. Qué va a estar solo usted. Usted, para mí, es mi viejo y es mi vieja. Los dos, es usted, los dos a la vez. Con eso le digo todo.

—Hablar —corta Flecha—, hablar, hablar. ¿Para qué sirve hablar? Contarlo ahora, puedo, porque ya no importa. Pero en aquella época, ¿a quién iba a decírselo? Me hubiera sentido muy baba si se lo hubiera contado a alguien. Yo no podía. Contarlo ahora, ¿de qué me sirve? Aunque me crean.

Ganapán siente la boca seca, la lengua pegada al paladar. Se toma un trago largo y decide que no usará el martillo. Se toma otro trago y decide que no le pegará, que no podrá pegarle de ninguna manera. Un insecto se desprende del techo; Buscavida lo aplasta con la suela del zapato.

—¿Saben lo que me gritaban? Me gritaban: matate, vendido, mafioso. Eso me gritaban. Erraba un gol y me gritaban: “¡Con la herradura no!”.

Barre la mesa con la manga del saco:

—Su razón tenía, la hinchada, no vayan a creer. Yo llegaba a la cancha borrachito y mal dormido y siempre tarde. ¡Si habré sabido meter la pelota adentro con golero y todo! Pero tenía nada más que treinta años y ya estaba reventado. Una tarde le tiré una patada a la pelota y le pegué al banderín del córner. Una naranja podrida me dio justo en el mate. La cara me chorreaba.

Se calla; la mano le tiembla ligeramente. Ganapán siente que le zumban en la cabeza los bichitos de la culpa y el remordimiento.

Al cabo de un largo silencio lastimado por las voces y las risas de los demás, Flecha recupera a la mujer enmascarada:

—¡Ese cuerpo que me perseguía sin moverse!

Y recuerda:

—Yo quería borrarla y crecía.

Y murmura:

—Hubiera pagado cualquier plata para comprarme ese olvido.

Y cuenta:

—Pero no. No se podía. Me tuvieron colgado durante todo el año. Veía los partidos de afuera, las pocas veces que iba. Solamente me dejaban entrenarme de noche. Al año ya nadie se acordaba de mí. Iba a los diarios y me decían: “Flechita, ¿tenés un cigarrillo?”. Nadie mandaba buscar al fotógrafo. Prometían sacar algún reportaje o algo y no salía nada. Al final, yo me quedaba conversando con los porteros. Me costaba convencerme. Podía correr, saltar, patear, engañar: todo como antes, pero sin ganas. Una tarde me pusieron de titular en un partido de mierda. Duré diez minutos. A la salida me gritaron algo y me peleé contra toda la hinchada. Les di como quien lava y no plancha. Eran miles. Bueno, no sé; eran una montonera bárbara. Pero me ligué un golpe con mala suerte y me quedó este ojo izquierdo tapado por una nube llovedora para siempre. Parece que me rasparon la retina o algo así.

Se pasa la mano por la piel resbalosa. Buscavida piensa: “Hombre de diente corto, nacido para sufrir”. Ganapán juega con el martillo en las rodillas; entre buche y buche de caña, se pelea con su conciencia: “Pero estate quieta”, le dice. “Si no es asunto tuyo.” Pero es la Virgen María la que le está diciendo: “Yo de este negocio me retiro. Yo con esto no tengo nada que ver”.

Flecha esconde la cabeza entre las manos, con el rostro en sombras caído y mojado por el resfrío o la emoción de estarse asomado a los agujeritos de la rotosa cortina del tiempo.

En el café ya no se canta ni se cuenta. Se conversa o se discute:

—Aquí todas las noches hay alguien que se despide.

—¿Y qué? ¿Está mal que uno quiera comer todos los días? Yo tengo hijos. Siete. Hace tres meses que...

—Entiéndamé. Que yo soy un veterano con muchas carreras corridas. Que piqué alto.

—Lo que usted me ha dicho no me sirve. Lo que me está diciendo ahora, lo estoy escuchando atentamente.

—Yo a usted lo respeto.

—Y yo a usted también lo respeto.

—Así me gusta.

—Se agradece.

—Y yo digo. De los que estábamos el año pasado, sin ir más lejos, ¿cuántos quedamos?

—Vamos siendo pocos. La verdad.

—Si uno se pone a hacer la cuenta...

—¿Será que los que nos quedamos, nos quedamos para velar al muerto?

—Le prohíbo que hable así de la patria.

—Usted no es quién para prohibirme nada.

—¿Yo? Yo soy una cosa especial. Como un coronel, vengo a ser. Como un doctor.

—Y su palabra es abstracta.

—Completamente eso, ni se palpa ni se toca.

—Por eso le digo. Nos estamos quedando vacíos.

—Ésa no es manera de quererse.

—Ahí está. Si andan todos desparramados por el mundo, los compatriotas.

—Pero, ¿por qué no nos suelta la desgracia? ¿Por qué nos tiene tan agarrados del pescuezo, la desgracia?

La cabeza de Flecha se reincorpora, a la luz amarilla de los faroles. Cruje la silla de madera. “Tómese otra”, dice Buscavida, y el cobrador dice: “Esta vuelta es mía”, y Busca: “No, no; mía”, y explica que estamos festejando un bruto acontecimiento sumamente trascendental y usted no puede dejar de sumarse, mi amigo, y Flecha siempre apretujando la cartera y Buscavida se ofrece: “Demelá que yo se la tengo”, le dice, tirando suavemente, pero la cartera es una continuación de los dedos de Flecha, que todavía no ve doble y la abraza y habla acunándola:

—Como les iba contando —dice—. Conseguí un trabajito de albañil y la cal me cortaba las manos. En el andamio, me mareaba. Me tiraban

ladrillos y no atajaba ni uno, aunque yo había sido golero, cuando chico. ¡Y golero de los buenos! Me puse a vender verdura, con un caballo que yo tenía, que era un santo el pobre. Una madrugada, duro de frío, me resbalé del pedal del carro. Me caí de espaldas. Fui a parar al hospital. El caballo se quedó esperándome en la puerta. Me lo robaron. Después, estuve cargando bolsas en un molino. El primer día se me cayó encima una bolsa de harina y otra vez quedé a la miseria. Me cambiaron. No era mala gente. Me pusieron a coser arpillera y me pinchaba los dedos. No era mala gente, pero yo nací para meter goles y fuera de eso no sirvo para nada. Ésa es la verdad verdadera. En todo lo demás, es como estar viviendo una vida de otro. Ése es el problema mío. Que si uno vive una vida de otro, le va mal. Y eso que en aquella época había trabajo, no era como ahora. Yo andaba rodando como bola sin manija, de empleo en empleo, viviendo de favores, y al final ya nadie me creía cuando yo decía que soy Flecha y ya nadie esperaba nada de mí. Nadie esperaba un carajo de mí.

Alza el rostro desolado. Los días se repiten y estamos en otoño, pero eso, ¿qué importa? Quisiera pensar que envejecer ha sido un error, y convencerse. Quisiera inventar una culpa propia o ajena para poder arrepentirse o acusar y salvarse de la repugnancia: para no saber que no había habido nunca chance de volver atrás, porque no hay idea más sucia que la certidumbre de haber nacido para caer. ¡Y caer a los treinta años! Quisiera volver a hablar de fútbol, que es guerra sagrada, y ya no puede:

—Un buen día —dice— ella apareció. Ella no, el chofer. Ella se quedó en el auto. No sé cómo supo dónde vivía. Yo estaba en una pensión de mala muerte, debiendo tres meses, ahí tirado en un catre fumándome los últimos puchos, y ella se vino en el Packard azul a la hora de la siesta. Los vecinos la vieron; y todavía se han de acordar. Ella no bajó; me mandó al chofer. Se abrió la cortina que daba al patio y el tipo se sacó la gorra y preguntó por mí. Traía un sobre en una mano. Ni me levanté, ni lo miré. Estiré el brazo. Escuché arrancar el coche y después me aguanté todo el día sin abrir el sobre. Cuando llegó la noche, me fui a caminar, me metí en un café y lo abrí de a poquito. Yo pensaba que adentro había una carta. Pero no. Había billetes. Eso había: plata para mí. Palabras, ni una. Ni una línea.

Se le van subiendo los hombros; se le va hundiendo la cabeza.

—Y nunca más supe —dice—. No sé qué se habrá hecho de ella. Nunca más la busqué. No sé cómo estará, aunque han de haberla jodido los años, se me ocurre. A las mujeres, los años les pasan por encima como una aplanadora.

—Pobrecita —dice—, ella nunca entendió nada.

—Pobrecita —dice.

—Y yo —dice—, yo tuve este empleo.

—No me puedo quejar —dice.

—Aunque camino demasiado —dice—. Hace mucho tiempo que camino demasiado.

—Miren —dice, y muestra las várices.

Flecha se saca los anteojos. Los párpados caen.

—A veces —dice— uno quisiera...

Los dedos, cortos y parejos, se desenroscan y hurgan el paquete de cigarrillos. El paquete está vacío; la mano lo estruja. El puño de Flecha se retuerce en el centro de la mesa.

—Uno quisiera...

Ganapán le mira la cara. Le mira la piel rosada y escamosa, piel de panza de pez, y espera, al acecho, el brillo del llanto.

—Que sople un viento loco en la vida de uno. Eso quisiera. Que sople un viento loco.

Pero el llanto no ocurre. Las voces del café desfallecen alrededor y Ganapán sabe que ya no le sirve esta salvación y que ha perdido: que no se hará rico esta noche ni ninguna otra. Ya sabe que no lo hará. Y sabe más. Sabe que no permitirá. Y dice a Buscavida, hablándole bajito:

—Si lo tocás, te mato.

Buscavida insinúa una protesta. Un solo destello de amenaza en los ojos de Ganapán lo para en seco.

Luego Ganapán pone el martillo sobre la mesa, lo desliza hacia el mentón de Flecha y le dice:

—Esto es para usted. Se lo regalo.

34. El regreso

La celda era menos alta que yo, así que no podía pararme sin doblar la cabeza. Olía peor que los mataderos, la celda, y no tenía más aire que un cajón de muerto.

Yo seguía encapuchado. El griterío atravesaba los muros, pero durante los días largos sin luz yo trataba de distraerme escuchando zumbar un moscón que chocaba contra las paredes. En las noches, le adivinaba los pasos a un ratoncito guacho que salía del caño y me hacía compañía. Yo sabía cuándo era día y cuándo era noche. Por la rutina, supongo, el chasquido del pasador y la ventanita de hierro que se abría para meter el plato de comida, y por los viajes al baño, cuando me llevaban y me traían como a una cosa, una cosa cualquiera. No sé si distinguía por eso los días y las noches, o si era por alguna otra razón más misteriosa. Gritos sí, se escuchaban a cualquier hora.

Me habían suspendido las biabas. “Ya vamos a volver a charlar”, me habían dicho. De a poquito, iba recuperando mi cuerpo maltratado. Me lamía las heridas. Caminaba mucho. Quilómetros enteros, Clara, hechos de a tres pasos. Rengueaba. Rengueo todavía. Eso no se cura más.

Con las puntas de los dedos, leía los mensajes que otros habían dejado, con uñas o botones rotos, en las paredes. Todos sentimos, andá a saber por qué, esa necesidad de escribir: estuve aquí.

Dormía en el suelo, encima del saco. Me pasaba esperando alguna señal que viniera de afuera. Adivinaba o inventaba sonidos que no fueran los ruidos del dolor. Todo lo que oía, lo filtraba y lo acumulaba. Como al acecho, esperaba que alguien viniera a hablarme, a putearme aunque sea, pero nadie venía. Yo contaba los días transcurridos, sumaba, restaba, calculaba, y pensaba en los años que me iban a robar. Conversaba con la cuchara.

La capucha olía a baba y a fermentos de comida. A baba ajena; a fermentos de otros.

Un buen día me sacaron de la celda. Nos pusieron a todos a caminar en fila india, cada cual con la mano en el hombro del que iba delante. Hacía no sé cuánto tiempo que yo no tocaba un ser humano. Quiero decir: los guardias me agarraban del brazo para acarrearne, pero eso no tiene nada que ver, ¿no, Clara? Nos hicieron caminar en fila y después nos pusieron de espaldas contra la pared. Nos anunciaron dos horas de recreo. Hablar estaba prohibido. Pero podíamos arrancarnos las capuchas. Podíamos correr y saltar. Cuando me saqué la capucha, sentí que recuperaba la mitad de mi libertad. Me encandiló la luz. Vi una pared desnuda y un hombre con la pistola al cinto. Descubrí el cielo, el sol que nos quemaba los ojos; arriba había soldados con fusiles M-1. Vi otros soldados, vi perros. Entonces miré a los costados, vi las caras de los otros presos, todos nosotros pobres y nerviosos, las barbas, los pantalones atados con cordones, una muchacha que temblaba y otra que se tapaba los ojos con las manos, y más de uno que se veía aniquilado. Nos hizo bien reconocernos. Nos mirábamos pestañeando. Éramos casi todos jóvenes. Muy jóvenes, algunos. Alcanzaba un vistazo para saber cuáles se habían convertido en viejos a los veinte años: en qué casos la máquina había triunfado.

Había uno, lo supe después, que había sido roto para siempre. Lo habían llevado de nuevo a la máquina, cuando ya había cantado todo, y lo habían sentado bajo un chorro de luz, ahí entre los tachos, las tablas, las correas, los trapos y el cablerío. En la oscuridad, atrás de una rejilla, estaba su mujer, y él no lo sabía. Ella no lo había reconocido, al principio, cuando la obligaron a mirar. Él estaba muy flaco y barbudo, y tenía la espalda muy torcida. Ella no le había reconocido la voz quejosa, que lloriqueaba: “¿Por qué estoy aquí? ¿Qué van a hacer conmigo? Yo ya les dije todo”.

—Tenés que repetir —le dijeron—. Vas a tener que repetir todo lo que nos dijiste. Todo lo que nos dijiste de tu mujer.

—No, no.

—De ella. Lo que dijiste de ella. Decí.

—Ya la hice sufrir. No quiero hacerla sufrir más. No voy a...

—Tenés que repetir lo que dijiste.

Y él repitió. La acusó. Entonces le dijeron:

—Ella está ahí, escuchándote.

Y él se echó a llorar.

—Hablale —le dijeron—. Decile lo que tengas que decirle.

Le torcieron la cabeza y él le habló a la oscuridad:

—Hay tres testigos —dijo—. Ya se sabe todo. No te hagas matar. Eso no te sirve.

Y lloriqueaba. Entonces se la trajeron. Se la pusieron delante. Ella parada, desnuda, y él sentado, mirando el piso.

—Salvate.

Y lloriqueaba:

—No te hagas matar. Salvate. Yo te quiero.

Ella no decía nada. Él levantó la cabeza de a poco y le vio la cruz de las puntas de cigarrillos marcadas en el vientre y le vio el labio partido, y no le vio las otras marcas que la máquina le había dejado dentro y fuera de la piel.

Él quiso alzar un brazo y no pudo. Le pidió perdón. Perdoname, le dijo. Y ella lo miró. Y él insistía:

—Perdoname. Tenés que perdonarme.

Ella lo miraba. Lo miraba sin parpadear. Y no le decía nada.

Ahora él estaba ahí, en el patio, con todos nosotros, y yo no sabía quién era. Supe después que había querido reventarse de cabeza contra una pared y había embestido y había rebotado. La pared estaba forrada de espuma de nailon. Ahora yo lo veía, ahí, donde estábamos todos, sin capucha, mirando sin ver: perdido.

Por las ropas, se podía saber cuál había sido el momento justo en que habían cazado a cada uno. Había un tipo en pijama.

Al principio, nadie se animaba a dar el primer paso. Después uno se animó, y otro, y otro, y nos movimos casi todos menos algunos que se quedaron pegados a la pared y temblando. Los que podían correr empezaron a patear piedritas y se armó un partido, con arco y todo; y yo algo troté, también. A las capuchas las pusimos de arco, para poder pisotearlas.

Nos cansamos en seguida. Estábamos hechos mierda.

Entonces me senté en cuclillas, al sol, muy junto a los demás, todos pegados, y me dije:

—Voy a escaparme. Juro que voy a escaparme de aquí. O me escapo o me muero o me matan. Lo juro.

Me devolvieron a la celda sin capucha. Podía ver el mundo por un agujerito. El mundo era un corredor, pero eso ayudaba.

Al poco tiempo me cambiaron de cuartel. Y yo siempre con la idea de la fuga ocupándome toda la cabeza. Bien sabía que tenía que apurarme para salvar lo que quedaba de mí. Tarde o temprano, más bien temprano que tarde, iba a volver a la máquina. Ellos mismos me lo decían. No tenían

apuro; yo sí. Yo me estaba reconstruyendo y ellos me iban a reventar del todo.

El tiempo estaba cargado. Aquello era el infierno y cada hora que pasaba yo sentía que entraba una nueva bala, clac, en el tambor de un revólver invisible y muy gigante, amartillado para disparar. O tiraba yo, o tiraban ellos. Me pasaba los días y las noches haciendo planes, midiendo distancias, calculando, averiguando lo que podía y adivinando lo demás. Me tenían solo, pero me las arreglaba para juntar información a partir de cualquier ruidito o dato suelto. Yo era un máscara suelta, y eso corría a favor: si me iba, no jodía a nadie.

Inventé muchos planes inteligentísimos, todos inútiles. Hasta pensé en tajar el cuero de los zapatos para poder calzármelos al revés, como hacían los cangaceiros, con la punta del pie en el taco, y despistar con las huellas.

Dormía de cara al lugar donde me imaginaba que estaría la ciudad y en ella, ustedes.

Ya las piernas me respondían bastante bien. Rengo y todo, podía correr. Estaba muy débil, pura piel y huesos, pero podía correr. Corría en la celda, sin moverme de mi sitio. Iba a tener que correr mucho, si las cosas salían bien.

Pensé en un par de chances y elegí la más difícil. Porque se me dio por sospechar: ¿y si fuera una trampa preparada para matarme? La fuga sería una buena manera de matarme. Una manera cómoda. A esa altura ya muchos sabían que yo estaba allí, aunque me tenían aislado. Elegí la más brava y me largué. No aguantaba más, y lo que ocurriera se me importaba un carajo.

Doblé los barrotes de fierro de la ventana, haciendo palanca, con mucho trabajo, y después corté el tejido metálico de atrás. Había conseguido con qué doblar y cortar. Dejé un bulto bajo la frazada y me escurrí por el agujero. Estaba muy flaco. Me hice culebra y deslizándome trepé a uno de los cipreses alineados contra la pared del barracón. Entonces esperé y pensé. Los reflectores me rozaban los pies. Quiero decirte que quise esperar y quise pensar, pero no podía ni ver por el miedo que sentía. Al otro lado del muro, yo sabía, estaban los custodias, bien armados. En cualquier momento los carceleros se iban a dar cuenta de que yo faltaba. Esperaba, apretando los dientes, el alarido de la sirena.

Me descolgué de árbol en árbol y por fin pasé a la cornisa del paredón. Caminé agachado, por la cornisa, como pude. La cornisa estaba erizada de vidrios rotos, culos de botellas y astillas, que me lastimaban las manos y

las piernas. Abajo, los soldados de guardia iban y venían; se cruzaban cada veinte pasos. No podía demorarme. Pero estuve mucho tiempo, más de una hora, creo, ahí arriba, agazapado, juntando fuerza y coraje para saltar. No veía otra cosa que los chorros de luz de los reflectores pasándome cerquita. No escuchaba otro ruido que los golpes del corazón y el jadeo y creía que el mundo entero debía estar escuchando ese pulso feroz de mi miedo y yo me hablaba a mí mismo, bajito, me decía: la puta que te parió, hermano, sos un cagón.

Todo iba a depender de la suerte y de los nervios. La sorpresa era lo único que yo tenía a favor: con una pierna y media iba a caer entre los dos guardias, iba a atravesar el corredor, iba a saltar la pared de afuera: iba a esperar un milagro. Iba a intentar distraer a los guardias con una pedrada; iba a apostar a que los paralizara el asombro.

No me animaba. Pasaba el tiempo y no me animaba. Era una locura. Sí era. Pero no podía arrepentirme si todavía quería salir vivo. Le di la razón al miedo, para dominarlo, y pensaba: ¿Dónde me van a fusilar? ¿En el aire? ¿En el suelo? ¿Corriendo? ¿Cuál de estos dos me va a matar? ¿El petiso? Una vez, el tipo se paró y corrió el cerrojo. Se me heló el espinazo. Esperó y siguió caminando, y yo pensé: sí, me va a fusilar este petiso de mierda. Vino el cambio de guardia. Ahora me tocaban otros asesinos. Aunque también podían matarme desde las torretas, si conseguía llegar afuera, y entonces me iba a quedar con las ganas de verle la cara al tipo que me mandara al muere.

Decidí dejarme de joder y contar hasta cincuenta y chau. Conté hasta cien. Me alcé en el muro y tiré los cascotes que había traído, los tiré bien lejos, con todo, y hubo una explosión de vidrios rotos y me descolgué del muro y corrí con alma y vida.

Y me salvé. No sé cómo. Volé. No sé cómo. Escuché que me gritaban alto, y puteadas, y después tiros y después ladridos mezclándose con los tiros. Me habían largado los perros. Empezaba la cacería. La sirena de alarma me taladraba la nuca. Zumbaban las balas. Los reflectores barrían la tierra a mi alrededor.

Me metí en el cementerio. Tropecé con una cruz y me fui de trompa al piso. Seguí corriendo, enloquecido, manoteando la oscuridad, todo tajeado por los zarpazos de las ramas de los árboles. Sentía los perros mordiéndome los talones y los chasquidos de las balas rozándome y yo a los saltos, eludiendo tumbas, tropezando, levantándome antes de cada caída y corriendo a todo lo que daba. En plena carrera me arranqué la camisa y la tiré a una fosa. No había luna.

Yo corría y pensaba: me matan, me van a matar, me cago en ellos.

Salté el tejido de alambre del cementerio y cuando me quise acordar ya estaba chapoteando en el arroyo. Me descalcé y lancé los zapatos para el otro lado, bien lejos, cosa de confundirlos. Hundí la cabeza en el agua podrida. Anduve no sé cuántas cuerdas caminando o nadando contra la corriente. Cada vez que asomaba la cabeza, oía las ráfagas y los gritos de la jauría. No sé cuántas horas duró eso, pero yo seguía obligando a las piernas, empujándome, ahogado, con el último aliento, y sentía que no daba más y los músculos me decían: hasta aquí llegamos; pero yo seguía. Seguía y seguía cuerpeando la corriente.

Ya estaba aclarando el cielo cuando salí del arroyo.

Se iban apagando, lejos, los ruidos de los perseguidores.

Yo caminaba a los tumbos, sonámbulo de la alegría de ser libre. Atravesé un descampado. La pierna renga, muy lastimada, no me obedeció más. Me vine abajo al borde del basural y me quedé tirado boca arriba sobre los yuyos. Me ardía la cabeza y sentía un pinchazo feroz en las costillas; respirar era un triunfo. El corazón, pobre bicho, se me quería escapar. Me dolían las manos y las piernas y los pies. Ya no sentía pánico. Me di cuenta de que las manos chorreaban sangre. Me las había reventado. No me quedaba fuerza para arrancarme las lascas de vidrio de las palmas. Gracias a las manos, que se habían jodido al descolgarme, las piernas se me habían salvado de romperse en el salto.

Yo tenía el cuerpo todo roto y me pregunté cómo carajo habían hecho las piernas para llevarme hasta allí. Recién ahora me daba cuenta. No había tenido tiempo de sentir nada. Opiné que todo había salido bien, y me dije: lo felicito, compañero. Opiné que Dios es grande, aunque no exista. Pensé que me habrían buscado en las tumbas, donde pasan la noche algunos borrachos y ladrones. Y que estaba riquísima el agua del arroyo, con toda su mierda y su barro y su basura.

Estaba contentísimo, yo. Antes de cerrar los ojos vi las estrellas en el cielo de verano. Nunca hubo tantas estrellas en el cielo. No quedaba ningún pedazo por cubrir. El pasto estaba mojado y olía bien. Contra el horizonte, borrosa, empezaba a verse la ciudad. La vi, o la imaginé. No sé. En una de esas quise que estuviera, la ciudad, por toda esa alegría.

Sentí mucho frío. Había andado desparramando la ropa por ahí y estaba medio desnudo. Con la primera luz, iba subiendo un calorcito. No supe más.

Me despertó el hocico de un caballo. Ni el susto pudo moverme. Alcancé a alzar la cabeza y en seguida el suelo me golpeó la nuca con

violencia. Veía nublado. Atrás del caballo, en el carro, había alguien. Una mancha grande. Escuché una voz. Palabras rotas. Pasó un siglo. Sentí el sol calentándome el cuerpo. Escuché otros ruidos, confusos, que me venían persiguiendo desde hacía años. Después, la mancha se infló y se desprendió del carro y vino y tapó el cielo. Sentí que me alzaban en brazos. Un chasquido de pasos en el pasto. Mi cuerpo en el aire. Me hundí en una montaña de botellas y papeles. La montaña se movía, y yo con ella. Adelante, trotaba el caballo. No supe más.

Abrí los ojos, no sé cuándo. Estaba bajo techo, en el suelo, cubierto por una cobija. Quise apoyarme en los codos y un fogonazo me estalló en la cabeza.

Desde una silla, un negro grandote me estaba observando, como al descuido. Las manos le colgaban de las rodillas. Armaba un cigarro.

Le vi los brazos fuertes y una cara muy simpática, de chiquilín gigante. Quise decir algo y no pude. Estar despierto me mareaba. Comprendí que dependía de aquel hombre que me estaba relojeando y no tenía por qué regalarme nada. Vagamente comprendí eso.

—Andan muy alborotados —dijo el negro, o dijo algo así, y movió la cabeza.

Pegó un lengüetazo al papel del cigarrillo, encendió, y me preguntó:

—¿Cómo van esas manos?

Me las miré. Me las habían vendado con trapos.

Eso fue lo único que él me preguntó.

Estuve allí una semana. Él había sido obrero, obrero del metal, y había perdido el trabajo cuando la huelga grande. Ahora vivía de la basura que juntaba con el carro. Tenía hijos de varias mujeres, y un caballo percherón que se llamaba Pocaspulgas.

En el rancho de al lado había una vaca. Me daban leche recién ordeñada.

Cuando pude caminar, me fui. No dije adiós. Eso es algo que debo todavía.

35. Andares de Ganapán

Ella brota de una hoguera de fuego blanco en el centro del cielo. Ella es un humo blanco que anda, un humo encendido caminando por el aire: viene hacia Ganapán, se va acercando, de nube en nube bajando por las escaleras del cielo, y cuanto más próxima está, más chiquita es y más mujer.

Ganapán la levanta en la palma de la mano. Ahora la tiene a la altura de sus labios. Ella lo saluda alzando con dos deditos su mano de encajes. No es más alta que un fósforo y está toda cubierta de joyas de esas que fabrica Tata Dios en el cielo. Tiene una corona de estrellas y una cara de lo más simpática, cara de santa un poco bandida.

Pedime lo que quieras, le dice. Ganapán le pide pan y vino. Comen juntos. A ella le sobra con una miguita. Vino, no acepta. Pero después él la invita a bailar y ella es un minúsculo trompo de luces de colores haciéndole cosquillas en el brazo y se ríe con él y Ganapán se marea, jubiloso, de tanto dar vueltas entre las nubes. Por fin se cae sentado, muertos de risa los dos, y ella se tiende en el hombro de Ganapán como si fuera cama o prado y dormita con las manos bajo la nuca. Ganapán la contempla torciendo el cuello. Cuando ella despierta, él la acaricia con la uña del dedo meñique y le pide: desnudate, por favor. Desnudate, andá. Pero ella se pone colorada y se cubre la cara con el manto. Después se desliza hacia la oreja de Ganapán; él siente sus piecitos resbalándole sobre la piel. Ella se acomoda en la oreja de Ganapán y le habla en secreto. Le hace una promesa.

Entonces ella le dice adiós con la mano y sube y sube volando hasta que desaparece en las altas regiones prohibidas. Ganapán la persigue por el Universo, montado en un caballito de madera.

En la mitad del viaje, lo despiertan los sacudones de Buscavida. Ganapán parpadea, se frota los ojos, gruñe y se despereza. La playa resplandece, infinita, por entre las piernas abiertas de su amigo. La cabeza

de Buscavida está robándole un pedazo a la luna amarilla.

—No vamos a quedarnos aquí toda la noche, ¿eh? —dice Buscavida—. Ya es hora de que. Levantate, carajo.

—Está lindo, aquí —dice Ganapán, y su cuerpo de gigante rueda sobre la arena helada. Tiene el pecho hinchado de felicidad, disfrutando todavía el fugaz olvido del hambre y las pifias.

Desde las olas se alzan, en altas crestas, vapores de espuma. A la luz de la luna, más allá, un pato exhibe un pez de plata en el pico. No lejos de la costa, se deslizan los faroles de los pescadores. Los pescadores golpean el fondo de las chalanas, que es su manera de llamar a las corvinas. Detrás de las rocas, levanta la trompa el negro casco desmantelado de un barco que hace tiempo naufragó.

Ganapán dice:

—Ella se me apareció mientras dormía. La vi clarito y la sentí. No fue un sueño. No fue uno de esos sueños baratos que sirven para apostar a la quiniela. Fue mucho más que eso.

Ganapán se levanta y busca a la Virgen María en los alrededores de la luna: se la imagina por allí, deslumbrante, nacida para no morir, descansando cerquita de la otra mujer de piedra fría que a la larga se desmoronará como nosotros.

Buscavida se hinca a los pies de Ganapán y se persigna, pero él no le hace caso. Dice:

—Ella me va a encarar una misión, un día de estos. Y en los siglos futuros me va a volver a mandar al mundo, para salvar a los pobres que vayan quedando.

Buscavida se agacha y revuelve la arena. Quiere encontrar el tornillo que Ganapán perdió. Pero Ganapán habla con voz curtida y poderosa y los ojos muy abiertos:

—Entre los miles y miles de millones de vivientes —dice— me eligió a mí. A mí, pobre pájaro sin nido. A mí, que nunca tuve dónde caerme muerto. A mí solo vino a darme el privilegio. Me hizo principal en el gentío. Príncipe, me hizo.

Buscavida se aporrea la cabeza con el puño. “¿Hasta cuándo voy a aguantarte?”, clama. “¿Hasta cuándo?” Ganapán prosigue, impávido:

—Yo le pedí que no vuelva más. Pero va a volver lo mismo. De buena que es, porque yo le dije: no vengas más. Yo no tengo comodidad para ofrecerte, en este baldío.

Mientras Ganapán discurrea, Buscavida atrapa un cangrejo vivo. Se acerca por la espalda de Ganapán, en puntas de pie, y le echa el cangrejo

en el cuello de la camisa. Ganapán pega un salto descomunal.

Doblado de risa, Buscavida no ve venir el golpe. Caer de culo y en seguida Ganapán le aplasta las costillas con un pie. Buscavida, impotente, se retuerce en el suelo; abre los brazos, pide perdón. Ganapán lo alza por el pescuezo, en un puño, y lo rezonga como mordeándolo. Busca patear en el aire; grita: bajame, bajame. Ganapán lo suelta.

Lloroso, Buscavida se agarra la cabeza. Gime:

—¿Quién te creés que sos? ¿Mi papá?

Se sienta en una roca. Se pasa un pañuelo por la frente y el cuello. Se peina los jopos. Se peina el bigote escaso.

—Iba a decirte que sos un bolastristes, Ganapán.

El negro se aproxima. Peligro.

—Iba a decirte que sos más aburrido que chupar un clavo.

Ganapán echa humo. Está a un par de pasos. Llega.

—Pero no tengo derecho, Ganapán. Yo no puedo decirte nada. La culpa es mía. ¿No tenés un cigarrito? No tenés.

Buscavida cuenta las monedas que le quedan en el bolsillo. Las arroja al aire; las baraja en la palma de la mano.

—Cincuenta, diez, veinte. Ciento treinta pesos. Qué mierda gano con decirte nada si la culpa es mía. Podría putearte. Lo merecés. Pero, ¿qué se gana con eso? Ciento treinta pesos. No da ni para un pan flauta. Yo me la busqué. Yo me la encontré.

Ganapán se sienta a su lado. Coloca un caracol grandote contra su oído y habla por teléfono.

—Holá. Holá. ¿Con el doctor Buscavida?

Buscavida acaricia las monedas.

—No estoy para payasadas.

Las monedas se deslizan por entre los dedos y caen sobre las piedras:

—¿Se les puede sacar cría? —pregunta, se queja Buscavida—. Me he pasado mi triste existencia queriendo averiguar cómo se hace. ¿Cómo se hace, Ganapán, para sacarle cría a la guita?

Ganapán le apoya una mano en el hombro:

—No es para tanto —dice.

—Ah no. Qué esperanza. Desde el principio se veía. Desde el pique. Desde anoche que le ando sintiendo mala tos al gato.

—No perdimos nada —dice Ganapán—. No estás más rico que antes. Es verdad. Pero más pobre tampoco.

—Vos no perdiste nada —acusa Buscavida—. Vos no. Qué vivo. Sos un cara de cemento, Ganapán. ¿Quién puso la plata para pagarle los

tragos al Flecha ese? ¿Quién vendió la guitarra? Ese asalto era papita pal loro. Me lo merezco por gil.

—Y qué querés —dice Ganapán—. Yo en el delito no me hallo.

—En qué te hallás, está por verse. Pero, ¿y yo? ¿Qué derecho tengo de decirte que sos un inservible de mierda? Ningún derecho tengo, Ganapán. Para qué sirvo yo, no sé. Vos sos más inútil que teta de hombre pero yo no te llevo ventaja, no te vayas a creer.

—Y bueno. Vendiste la guitarra. Muy bien. Pero...

—Muy bien un carajo, muy bien. Muy bien las pelotas.

—Pero decime una cosa. Esa guitarra que vendiste, ¿era tuya?

—Qué va a ser. Nunca tuve.

—¿Y entonces?

—¿Entonces qué?

—No sé. Digo.

—¡Ah!

Buscavida se envuelve en sus propios brazos, Ganapán sigue intentando explicaciones y consuelos. Buscavida le da la espalda.

—No —dice Ganapán—. No es culpa tuya. Si te hubieras ido a la Ciudad Grande, como querías, ahora no serías un chorrillo fracasado.

Buscavida, tocado por el rayo de la ofensa, salta como una pulga. Manda a la mierda a Ganapán y corre. Se detiene para gritarle: sos un zapallo. Se descalza y le tira un zapato por la cabeza. Le tira piedras. Ganapán parpadea; no reacciona. Quisiera entender, como le pasa a veces, pero no.

En eso, oye el aullido. A media cuadra, Buscavida brinca en una pata, desesperado de dolor; tiene un anzuelo enganchado en la planta del pie. Ganapán se acerca, lo alza en brazos. Lo sienta en una roca y le hunde el pie en agua salada. El pie de Buscavida se contrae como un animalito asustado. Busca se agarra el tobillo con ambas manos, se queja, envuelve el pie en un pañuelo. Imagina terribles infecciones y un futuro con pata de palo.

Ganapán no le hace caso. Contempla el anzuelo, lo tantea. Está atado a una larga línea de buena tanza. Se podría probar, piensa. No se pierde nada. Aunque sea sin caña.

—Sería bueno llevarles pescado a los gurises —propone—. Con las manos vacías no me voy a aparecer. En una de esas, pica algún pejerrey. Quién te dice.

—¿Así, a mano? —se burla Buscavida—. ¿Te creés que son como vos, los pescados? Flor de vivos, son. Yo me pasé un año en esto. Algo entiendo.

De recoger basura no entenderé, pero de esto sí. Un año entero. Si hasta escamas me salieron en el cuerpo.

Ganapán no le contesta y se aleja caminando hacia la farola, que parpadea esperándolo. En una pierna, Buscavida lo sigue. De mala gana, escupiendo rencor; pero lo sigue.

Echan la línea desde las rocas de la punta, frente al barco hundido. El casco del barco forrado de mejillones y brillante de musgo y de salitre parece estar al alcance de la mano. Es fácil adivinar que se reventó la roda.

Ganapán conversa. Espera que algún pez distraído muerda la carne del cangrejo y le tire la mano y mientras tanto conversa, habla de mujeres, tan lindas que son, y del tiempo que hace que no puede dormir sereno y enamorado, feliz de tener una mujer puesta y yerba no usada esperándolo para el desayuno. Pitanga: pucha que fue corta la vida.

—Mujeres —dice—. Mujeres.

Recordar, no. Cerrar los ojos. Deslizarse. Despertar en una buena cama cómoda y grande y tibia y desde la almohada ver bailar los dedos de los pies allá en el sur.

Pero Buscavida no quiere saber de nada. Tiene la cabeza llena de billetes que humean.

—Qué mujeres ni qué ocho cuartos —dice—. A ellas las marea el perfume de la nafta. Te sienten olor a pobre y salen rajando. ¡Tanta plata que íbamos a tener, Ganapán! Bulines, autos, ropa nueva, pollo al horno...

—Me cago en eso —afirma Ganapán—. Uno liga mucha plata y entonces se hamburguesa y se olvida de los amigos.

—Yo no tengo amigos —se queja Buscavida.

—¿Ah, no? —Ganapán se masajea los puños; tirona la línea; la carnada navega sin novedades—. ¿Y quién fue el que hizo de cura cuando la Azucena te exigió casorio? ¿Eh? —increpa—. ¿Quién? ¿Te denuncié, yo, cuando a la pobre le dabas mejorales raspados en vez de las pastillas esas para no tener hijos? Pensá en ella, Buscavida. Ella también te quiere. Si vos te ponés así, a mí, ¿qué me queda? Yo duermo solo. Solito, duermo yo. Rodeado de gurises. Pero solo. En el piso y solo, desde que la Pitanga me amuró.

Para Ganapán, pensar en aquella muchacha llamada Pitanga sería peligroso. Para Buscavida, pensar en Azucena resulta siempre poco o demasiado. A Buscavida le gustaban las gordas, antes. Ya no. Azucena: tres veces operada del apéndice. Nunca se lo encontraron.

—Bah —se jacta Buscavida—. No pienso verla más, a ésa. Era rústica hasta para amar.

En alguna hora próxima, Buscavida se arrastrará hasta esa puerta y golpeará y gritará, lo sabe, mendigando a prepo una cucha para dormir. Necesitará la lástima: la exigirá como si fuera algo que valdría la pena merecer.

Ya no sopla la brisa. El aire está fresco pero quieto, y se siente menos frío. La noche se encorva, resplandeciente, sobre los médanos que habitualmente el viento revuelve y desplaza. Cae una estrella, se pierde en el mar. Un perro espera, plantado sobre sus patas delanteras. Otro perro se va acercando, rezongón y sin apuro, desde lejos. Se enfrentan, se muestran los dientes, los ojos rojos: aran la arena con los músculos crispados.

Buscavida los contempla sin interés. Se atrapa el pie, se lo acerca a la boca, se echa aliento en los dedos entumecidos. Después, estira las piernas y mete las manos en los bolsillos del pantalón.

—Yo ya tengo treinta años —dice, meneando la cabeza—. ¿A quién voy a joder, yo?

—Pero no diga eso, hermano —dice Ganapán—. Usted es joven todavía. Usted tiene una pinta bárbara. Todavía va a joder a mucha gente, usted.

No pica nada. Ni un zapato. El barco encallado se recorta, negro, contra la negrura del cielo. En la playa, un perro aúlla. El otro perro, malherido, se levanta y anda unos pasos y cae despatarrado. El mar asedia la tierra. La luna llena, que empuja al mar, guía a los ladrones por las azoteas de la ciudad. De las tumbas del cementerio, mal cerradas, se desprenden luces malas. Muy lejos de allí, un contrabandista se acerca a la ensenada, los remos envueltos en arpillera, pericia de yacaré. En un rancho de lata, tiembla el fueguito bajo la olla carbonosa. Los hijos de Ganapán tienen la costumbre de esperar. En la olla hay huesos y fideos y pocas papas flotando.

De golpe, Buscavida planta la mano abierta sobre la boca de Ganapán:

—No hables —dice—. Escuchá.

—¿Qué?

—Del barco.

—No oigo nada.

—Vienen voces.

Una gaviota chilla sobre ellos.

—¿Qué sería, el barco este? —pregunta Buscavida.

—Y yo qué sé. Pesquero —dice Ganapán—. Pesquero de alta mar.

Atrapada por las rocas, inválida y ferruginosa, la nave muestra los espinazos rotos que restan de su arboladura y de su dignidad. Adentro, ¿qué habrá? Cuesta creer que haya sido heroica alguna vez. Cuando el viento feroz la traicionó, ¿adónde iba? Buscavida no duda:

—Ése es un buque pirata —dice.

—Puede ser —dice Ganapán—. No conozco. La verdad: no conozco.

—Por eso nadie se arrima.

—¿Nadie?

—Es peligroso. Por los fantasmas.

Buque cazador, matador y ladrón, guerrero de alquiler. Matón de los siete mares, que navegaba torcido.

—¿Cuántos años hará que...?

—Nombre, no tiene. Se vería.

—Está ahí desde antes de la guerra.

—Desde antes de todo. No ves que es un barco muy antiguo. Anterior a la ciudad.

—Lo tenían vigilado.

—Ahí no hay nadie —dice Ganapán.

—Antes lo vigilaba la policía —contradice Buscavida—. Pero ahora lo vigilan los muertos.

—Es una fija que adentro tiene un tesoro —se entusiasma Ganapán.

—El último que se arrimó —informa Buscavida— apareció estrangulado, al amanecer. Apareció ahí, ¿ves? Lo trajeron las olas. Lo enterró la arena. El viento lo destapó.

Ganapán se ríe a las carcajadas.

—A que yo voy —se emperra.

Atraviesa la enorme luna amarilla y salta, de roca en roca, hasta la piedra alta de la punta. Buscavida, sin moverse, lo mira hacer. La cabeza de Ganapán tapa la estrella baja de la Cruz del Sur. A Ganapán se le ha encendido la cara, por la corazonada de que en el barco lo está esperando eso que él tantas veces llamó sin ser nunca escuchado. La noche sirve para borrar el día y la noche está viva.

Buscavida le grita que apareció un pescado enorme. Pero Ganapán, sordo, se arroja al mar con ropa y todo. Unas pocas brazadas y llega hasta el casco hundido. Trepa. Tiembla; se sacude. Se asoma. Ya no persigue a la diosa que, según dicen, bebe las lágrimas de los maltratados y desvía las penas y las balas. Ahora la suerte casi se toca con la mano. La suerte está seguramente presa entre las costillas del barco, que asoman como un esqueleto de ballena por entre los revestimientos de madera medio podrida.

Ahora es la buena suerte propiamente dicha la que está pidiendo: rescátame, Ganapán, que soy tuya.

Ganapán sube a lo que queda del puente y desde allí, con vozarrón de capitán, llama a su amigo. Camina con cuidado, sobre los tablones rotos. Intenta trepar al palo macho, roto por la mitad. Resbala y se pega un porrazo. Una viga le da en la cara. Continúa explorando el nuevo mundo sin hacer caso al dolor que le tortura la frente.

La nave ha sido implacablemente desmantelada. Como a un cadáver, le han arrancado todo, desde las muelas de oro hasta los huesos para hacer gelatina. Quedan una polea, sin cuerda ni manija, y unos cuantos tablones y fierros tapados de herrumbre y pudrición.

Ganapán escucha la voz de Buscavida. Parado en una roca, el amigo lo está llamando.

—¡Venite! —le grita Ganapán—. ¡Esto no es un barco! ¡Es una casa! ¡Estoy tomando ron! ¡Me quedo a dormir acá!

Buscavida chapotea en el mar. Ganapán le da una mano y lo sube a cubierta. Busca aparece bizzo de frío y de miedo; le tiemblan los huesos. La ropa, transparente de tan empapada, le aprisiona el cuerpo.

La cabeza anda de trompo, dando vueltas, pero el cuerpo congelado no se mueve.

—¿Dónde tenés la botella? —pregunta, levantando apenas la mano violeta.

La voz también le tiembla.

Ganapán señala la tapa de una escotilla pegada al suelo por duras costras de herrumbre.

—Aquí adentro hay cantidad. Ron, whisky, caña, vino. Ginebra también hay. El capitán era muy borracho.

Buscavida se acerca rengueando. De golpe, patina y la alfombra de musgo lo alza en el aire y lo lanza a la popa y lo revienta contra una descuajeringada escalera de hierro. Buscavida llama a la mamá; las lágrimas le mojan el chillido. Un cangrejo trepa por el pie vendado.

Se levanta de a poco, agarrándose a una pierna de Ganapán. Se suena la nariz; el pañuelo chorrea litros de agua de mar.

Ahora está más sereno. Ganapán lo lleva de un brazo. Desandan camino hacia la proa.

—¿No hay nadie, che? —va preguntando Buscavida—. ¿Seguro? ¿No escuchaste ruiditos de cadenas?

Ganapán señala la escotilla:

—Por aquí se va a la cabina del capitán —informa.

—Por aquí se va al cementerio —dice Buscavida.

Ganapán se agacha ante la tapa de la escotilla, pero Busca le toca el hombro con el dedo índice:

—No, no. Jame a mí, dejame —dice, canchero, recuperado. Se masajea los músculos, se arremanga la camisa empapada.

—Dejalo a tu amigo, que él sabe —dice.

Buscavida pone manos a la obra.

Tironea. Transpira. Fuerza.

—Está soldada —dice.

—Traeme una llave inglesa —ordena.

Ganapán echa una ojeada alrededor y se alza de hombros:

—No hay.

—Bueno. No importa. Traeme un martillo.

—Tampoco.

—Entonces —concluye Buscavida— no se puede.

Ganapán lo hace a un lado y pateo la tapa con tanta furia que sacude al barco entero. Después mete los dedos en la argolla y se afirma con todo. Se oye un crujido como de muela arrancada a un gigante. La escotilla queda abierta y Ganapán cae sentado y se ríe, escandaloso, victorioso, alzando la tapa en una mano.

Ganapán prefiere no mirar a Buscavida para no humillarlo, pero Busca se le adelanta y dice:

—Lo que pasa es que tu amigo no hizo ningún esfuerzo. Eso es lo que pasa.

Buscavida se introduce en el agujero:

—Yo primero —dice—. Voy yo primero porque yo no tengo miedo.

Pero abajo no se ve nada y Busca se prende como garrapata al brazo de Ganapán.

—Dame fósforos.

—Están empapados.

—¿Y linterna? —pregunta Buscavida—. ¿No trajiste la linterna?

Buscavida habla sobre la importancia de la linterna en estas circunstancias y sobre el asco que le inspiran los cobardes y el desprecio que siente por la gente grande que cree todavía en fantasmas y aparecidos: habla sin detenerse, atropellando sílabas, en un galope que amontona cuchicheos y chillidos, mientras Ganapán manotea en la oscuridad sin encontrar nada. Buscavida no le suelta el brazo, al que está agarrado con ambas manos, aunque necesitaría por lo menos una mano tembleque para poder persignarse.

—¿Querés callarte? —exige Ganapán—. No me dejás pensar.

Buscavida secretea un padrenuestro, los pedacitos que recuerda, mientras del bajo vientre le brota un cloqueo de gallinas. Los intestinos se le han hecho un nudo. Ganapán se mueve. Buscavida no tiene más remedio que prenderse a su camisa y seguirlo. ¿Los negros pueden ver en la oscuridad, como los gatos? No se anima a preguntárselo. En cambio, ruega:

—Esperame, Ganapán. Despacito. Tengo frío. Yo siempre fui tu amigo, Ganapán.

A tuestas, Ganapán persigue y no encuentra el ojo de buey. Tampoco encuentra el telescopio, la brújula, los catalejos, la pipa ni la lámpara de Aladino llena de aceite de ballena.

—Me duele la barriga, Ganapán.

No aparecen garfios ni aros ni dagas, ni cofres llenos de piastras y rubíes, ni patas de palo, ni parches.

—¿Adónde queda el baño, Ganapán?

Hay un techo desvencijado a punto de venirse abajo y un piso con agujeros que quizás conducen al fondo del mar en línea recta. A la buena suerte se la tragó la oscuridad.

De golpe, Buscavida lanza un grito agudo, un alarido que atraviesa la cabina y raja la noche y despierta a los peces y a los ciudadanos. Ganapán pega un respingo. Sacude a Buscavida por los hombros.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Las palabras, trancadas en el pescuezo, demoran en llegar a la boca. Buscavida, estremecido, empuja la mano de Ganapán. La mano toca cuero frío.

—Pero, ¿qué carajo te pasa? ¿Me querés decir?

—¡Un esqueleto!

—Sí —dice Ganapán, harto y tranquilo—. Pero no te asustés que es amigo.

En la oscuridad cerrada, Ganapán se hinca y tantea la superficie dura y áspera.

—¿No lo encontrás un poco gordo, para esqueleto? —pregunta. En la cabina hay un calor asfixiante. Se respira aire muerto.

—Ayúdame a empujar —ordena Ganapán— y dejate de macanas.

Es un baúl enorme. Le fuerzan la tapa. El baúl parece vacío.

Ganapán hunde el brazo. Queda colgado, con las piernas al aire, y se cae adentro. Desde el fondo del baúl, grita gol: allí duermen el sueño eterno algunas botellas apiladas en fila. Ganapán emerge y abraza a Buscavida.

Busca celebra el hallazgo con una risita nerviosa.

—Es vino —asegura Buscavida—. Francés. Añejado. Muy bueno.

—¿Ah, sí? Y vos, ¿cómo sabés?

—Tu amigo conoce, botija. Tu amigo pasa el dedito y sabe.

Con los brazos cargados de trofeos, atraviesan la negrura, trepan la escalera, ganan la cubierta.

Afuera, se está acabando la noche. Ganapán se llena los pulmones de aire fresco.

Ganapán acaricia una botella, la acuna en brazos, le dice: “Usted es mía, mi amor, chiquita linda”. Quiere hacerle una guiñada cómplice a Buscavida, pero no le sale. Lleva años practicando la guiñada, desde que era muy chico, y todavía se le cierran los dos ojos a la vez por más esfuerzos que haga frunciendo la nariz y torciendo la boca.

Buscavida clava el dedo índice en la etiqueta de la botella. Señala la calavera y el par de huesos cruzados sobre el fondo negro y explica:

—Muy típico, esto. Fijate vos. Vino especial para piratas. Ha de ser de la isla Tortuga.

Ganapán intenta deletrear las letras misteriosas, impresas en tinta escarlata con arabescos de tipografía antigua.

—Éste es el nombre de una bodega que en su tiempo supo ser muy famosa —explica Buscavida—. La tenían los franceses en los tiempos antiguos del Mar Caribe.

La palabra *Danger!* cruza la etiqueta. Al pie yace la palabra *Poison*. Buscavida no encuentra el año de la cosecha.

—A simple vista te puedo asegurar que es como de 1800, por ahí. De ahí no baja. Lo que se dice añejo.

Ganapán se relame los labios. Destapador, no hay.

No se puede esperar cuando la tentación es mucha. Ganapán separa el brazo para reventar el pico de una botella contra la caja del barco cuando advierte que la caja se mueve. Al mismo tiempo, ve que Buscavida se da vuelta y gira con los ojos fuera de las órbitas. Ganapán siente que el piso se hunde y se inclina suavemente bajo sus pies y piensa: esto sí que es raro, marearse uno antes de probar el vino.

Buscavida está verde de pavor y esta vez no le falta razón. Las olas se hinchan, se aproximan, se disponen a lanzarse al ataque final. La cubierta se está torciendo y va desapareciendo por pedazos y el casco entero está rompiéndose y desplomándose, buscando el fondo, glup, glup, glup, lentamente tragado por el mar. Como cobrándose el saldo de alguna vieja venganza, el mar ha atrapado este cadáver que había sido olvidado a medio

comer y ahora lo tritura y va engullendo las astillas sin apuro. Todo cruje. Ganapán vuelve súbitamente a la realidad. Vacila. Se pregunta qué carajo pudo haber ocurrido y por qué justito hoy, después de tantos años o siglos, pero el agua se precipita y le sube por las pantorrillas y él pierde el equilibrio y se agarra de cualquier cosa.

Buscavida se zambulle con una botella en cada mano.

—¡Sálvese quien pueda! —grita.

En seguida lo captura el remolino. Bracea, patalea: es inútil. Apenas ve la cabecita perdiéndose en la espuma, Ganapán se arroja al mar. Ganapán pelea contra la corriente; llama a gritos al ahogado; se hunde, se asfixia, sale a flote, resucita. Rescata a Buscavida de un zarpazo y lo arrastra por el pelo hacia la orilla.

Lo pone boca abajo sobre la arena. Se le sienta encima. Le mueve los brazos como hélices y le exprime los pulmones. Una laguna salta de la boca de la víctima. La vida vuelve a meterse, soplando de a poco, en el pobre cuerpo. De la boca brota entonces, por entre los últimos chorritos de agua, un hilo de voz: Buscavida pregunta por las botellas de vino.

Ganapán jadea, agotado. Se tiende en la arena. Mira hacia el navío fantasma, lo busca tras las rocas. Allí no hay nada. Ni un humito. Se restriega los ojos. Se pellizca un brazo. Nada. El mar va y viene, impasible, sordo.

—¿Dónde nos metimos, Buscavida? —pregunta Ganapán—. ¿Qué era eso?

Una voz de ultratumba musita:

—Ellos lo hundieron. Ellos lo hundieron.

—¿Ellos? ¿Quiénes?

Para Buscavida, la playa es un inmenso lecho de agonía. Susurra:

—Se enojaron.

—¿Quiénes se enojaron?

Murmura:

—Les fuimos a joder la paciencia y se enojaron. Ahora se han marchado a las profundidades insondables.

Ganapán siente que le arde la nariz, mordida por el maldito enano en la gresca de la Perversa de París. Había olvidado todo el asunto. Se toca el chichón de la frente: eso es lo único que le queda de la inútil aventura del barco.

—Todo nos sale mal —dice.

Sí. Siempre. Aporreado por nada. Cuerpo triste. Ganapán quisiera perdonarse y no pensar.

Hay azufre y fósforo en el horizonte. Pronto el sol se abrirá paso y crecerá y se apoderará del cielo.

—Vamos a poner a secar la ropa —sugiere Ganapán.

Se desviste entre las rocas. Buscavida no se mueve de su sitio.

—Está amaneciendo —comenta Ganapán, desde la distancia, mientras mea agachado—. Hay que volver.

Buscavida, que yacía con los brazos abiertos, se apoya en un codo y se hace oír:

—Volver, ¿adónde? ¿Adónde, se puede saber?

La voz se le ha afinado más. Le salen las palabras como chiflidos angustiosos.

—Yo, fracasado —dice—. Yo, reventado. Si tuvieras ropa buena, te dormiría de una pedrada y te afanaría todo. Si valiera la pena. ¡Pero por esos harapos!

Estornuda. Tose.

—Por tu culpa, Ganapán —acusa—. Por tu culpa me resfrié.

Se agarra el vientre:

—Quiero vomitar y la panza está vacía.

Se frota la mejilla hinchada, lloriquea:

—Por tu culpa, me volvió el dolor de muelas.

Inventa fuerzas para chillar:

—¿Querés saber para qué servís? ¡Para dar mala suerte! ¡Para eso servís! ¡Para eso, Ganapán!

Ganapán ha extendido el pantalón sobre una roca. La camisa flamea, sostenida por los zapatos. He ahí todos sus bienes, esperando que les llegue el calor del aire. Ganapán está desnudo, sentado en cuclillas entre las altas piedras. Imagina a Buscavida a pocos metros, a sus espaldas, hecho un pollito mojado, y medio muerto, su amigo de tantos sucesos y lastimaduras, y dice:

—Vamos a seguir cinchando juntos, Buscavida.

Al rato, insiste:

—Vamos a seguir. Aunque la patriada no valga la pena.

Y dice muchas cosas desde su guarida de rocas. Pero Buscavida no responde.

Cuando por fin Ganapán se levanta y mira, descubre que no hay nadie en la arena helada.

36. El regreso

Había pasado en la ciudad una noche y un día y había tenido suerte. Estaba todo arreglado. Una chalana de contrabandistas me iba a cruzar a la otra orilla.

Me largué a caminar, con una bolsa a la espalda.

Tenía que atravesar mucho campo para llegar al río. Cruzacampos, vagamundo, montaraz, caminador: me reía solo y me escuchaba la risa. Estaba débil y muy cansado, pero me sentía todo el tiempo loco de ganas de correr y revolcarme en el pasto como un potro. Nunca más iba a arrepentirme de estar vivo. Yo me había desmatado para siempre.

Trataba de reconocer los pájaros por el modo de volar o cantar. Así me entretenía y me sentía acompañado. Quise descubrir al chingolo, al benteveo manchado, a la viudita blanca. A la calandria le desconfiaba, porque sabía que imitaba a todos. El tordo andaba mudo de puro haragán. Lo más fácil era reconocer las voces atragantadas, como en buches, Glup-glup-glup, de las palomas de monte que se escondían en la caída de la tarde.

Me echaba a descansar en las picadas, cuando no daba más, y mordisqueando yuyos milagrosos me acordaba mucho de Fierro. A él le debía la curiosidad y el respeto por el zumbido decidor de los álamos plateados y las voces de las ranitas y los poderes del macachín o la carqueja. Cada bichito de luz firma su nombre en el aire, con tinta azul, y hay que saberlo leer. Yo pensaba en Fierro enseñándome esas cosas. Pensaba en él y pensaba que uno no puede recuperar lo que le han quitado, ni resucitar a nadie, pero al menos uno tiene que tratar de emparejar las cuentas, y pensaba con rabia en la máquina de picar carne humana y en los que quieren convertir la tierra nuestra en un pudridero.

Sentía la necesidad de nombrar cada cosa para no perder ninguna. Los bichos y las plantas me devolvían los nombres que había olvidado y que me iban a acompañar para siempre. Veía las barras del día en el cielo

y me llenaba los pulmones con el olor de las flores del monte y nunca estuve tan seguro de ser libre y orejano y de querer a esta tierra que me hizo y yo elegí para vivir y morir. Veía al picaflor trabajando en las corolas y al carpintero en los troncos y se me alborotaba el pecho, porque yo era un pedacito de otra cosa mucho más grande que yo, y mejor también. En voz alta decía: me voy para volver. Entonces, a la vuelta, iba a empezar el verdadero viaje definitivo para mí.

Pensaba en la gente que había quedado atrás. No sólo en Fierro. Pensaba en los compañeros de la prisión y sobre todo en uno que había sido triturado y cuando pudo ver a la mujer, después de un año, la convidó con tierra para comer. Pensaba en los compañeros del diario, en los pocos sobrevivientes que no estaban lejos o presos, y los imaginaba juntándose para emborracharse a mi memoria y felices de tener un pretexto. Pensaba en mis amigos de tantos años. Al Gorrión lo veía en la playa, junto al fogón apagado, de pie y con las manos en los bolsillos, mirando un barco pasar y perderse. Al Ronco lo imaginaba como lo había visto la última vez: frente a un espejo partido en pedazos, con un revólver apretado en el puño, vacilando, transpirando, desesperado y solísimo por culpa de la lastimadura que no se le cerrará nunca en el fondo del alma.

Y pensaba en vos, Clara. Te veía olvidándome. Quería borrarte y que pudieras borrarme. No quería que me esperaras. Además, la libertad alcanzaba para ser feliz. Más, ya era abuso. Te había perdido, pero no me dolía. Si alguna vez me metían un tiro en la nuca, nadie se iba a quedar con un agujero demasiado grande en el pecho, y eso me dejaba libre. Pero me acordaba de cuando me decías: “Ya habrá tiempo para estar tristes. Años para estar tristes. Y toda la muerte, que es tan larga. Ahora no. No tenemos derecho”. Y me acordaba de cuando rompíamos la máquina del tiempo y nos queríamos siempre.

Había pensado mucho en vos, estando preso. En lo alto que subimos juntos y en los porrazos que nos dimos y en tanta hermosura y en el precio de dolor que se paga. Muchas veces me había portado como un gurí caprichoso. Estando preso me acusaba por las estupideces que había hecho o dicho cuando los fantasmas me daban, por dentro, zarpazos de mala bestia.

Tuvo que pasar bastante tiempo para que supiera que podía llegar a echar de menos esa manera de querer a lo chiquilín, sin cancha ninguna. Nos habíamos querido como sólo se puede la primera vez o la última, el espejo del cielo era el infierno, y eso lo convertía a uno en un tipo bastante ridículo. Pero después, al tiempo, cuando ya estaba viviendo al otro lado

del río, supe que había perdido esa capacidad y que me hacía falta. ¿Te acordás, Clara? Las preguntas acosadoras, el insulto de la desconfianza, la locura de los celos por el pasado y el futuro. ¿Te acordás? Cualquiera pavada me revolvía las tripas. Y entonces, como te digo, llegué a extrañar esos puñales zonzos. Y quise que supieras que a mí me habían dolido más.

Y te escribí. No te puse nada de eso. Te escribí cualquier cosa, y no me contestaste. Traté de ir acostumbrándome al silencio. Sentía vergüenza y ningún orgullo por haber conquistado esta independencia inútil a fuerza de tanto negar lo que me dabas. Yo lo había hecho mierda. Yo había tenido éxito. Yo, especialista en demoliciones. Yo, mi enemigo.

Pero no pensaba así cuando me estaba yendo. Eso vino después. Me iba y te recordaba como diciéndote adiós o dándote las gracias. Andaba evitando las carreteras, y silbaba fuerte en medio del campo por la alegría de haber pasado por todo lo que yo había pasado y que me quedara un resto.

Caminaba despacito. Me dolía la pierna renga y era poca la energía que tenía en el cuerpo. Estaba hecho un alambre, de tan flaco.

A la mañana del tercer día, me encontré con un pueblito abandonado. Yo sabía que había que eludir casas y gente, pero allí lo único que quedaba era el olor de los corrales vacíos y una calle de tierra, el polvo flotando sobre los esqueletos de los ranchos y el sol ardiendo, y nadie.

Busqué algún techo, sombra para echarme. Me senté. Dejé la bolsa a un lado. Apoyé la espalda y cerré los ojos.

En eso, escuché una voz cascada que dijo:

—Anda cansado, el mozo.

Me di vuelta y lo vi. Era viejo y estaba mateando solo, parado en la puerta de algo que había sido el almacén del pueblo.

Pasó una bandada de tijeretas y el viejo dijo que venían de Venezuela. Dijo que él tenía un hijo en Venezuela, pero que el hijo no volvía en verano ni nunca. Tenía otro hijo en Australia.

El viejo estaba de sombrero puesto y con un traje más viejo que él, saco cruzado y solapas muy anchas, como de casorio antiguo. Un clavel del aire colgaba del ojal.

Era el cumpleaños. El viejo cumplía no sé cuántos años ese día y estaba solo. Estaba con el perro, pero el perro ya se había olvidado de ladrar porque no tenía a quién. El viejo lo había disfrazado, al perro. Le había puesto un bonete y una pollera que el pobre arrastraba y que no lo dejaba rascarse tranquilo las pulgas.

Los chanchos y las gallinas entraban y salían de la casa. Había una

vaca lechera en el fondo. Con el viejo comí cosas que él había hecho con las manos: pan caliente y morcillas, salchichón y queso. Brindamos con un vino casero tinto y fuerte. Me preguntó por qué estaba tan flaco. Le dije que venía de un sitio donde había que rallar el pan para poder comerlo y se recogían las miguitas del suelo, una por una, y el frío partía los huesos. Me dijo que así eran las cosas en el extranjero y que por eso a él nadie lo iba a mover de su tierra.

Me dio el catre para dormir. Cuando me desperté, estaba esperándome con unos papeles en la mano. Era una carta de un hijo, larga, de seis o siete carillas, escrita desde muy lejos. Hacía cinco años que el hijo había escrito esa carta, pero el viejo me pidió que la leyera.

—No, no. En voz alta —me dijo.

La carta contaba cosas de otros mundos. Hablaba de la pena que da sentirse ajeno y andar a la intemperie y solo y no tener a quién decírselo ni conocer las palabras.

Al rato me aburrí y me salteé algún párrafo. El viejo me cortó:

—Ahí falta algo —me dijo.

Se la sabía de memoria. La escuchó hasta el final, como en misa, con los ojos cerrados, moviendo la cabeza para darle la razón. Pero dijo:

—Yo se lo tenía advertido. Y él me decía: me sobran los consejos. Y ahí tiene usted.

Se apoyó el pulgar en la punta de la nariz, hizo aletear la mano:

—Los hijos se vuelan así, ¿ve? —dijo.

El perro y yo lo mirábamos. Dijo que ahora que los hijos andaban desparramados por ahí, lo que más lo jodía era pensar que iban a tener que mentir mucho para poder sobrevivir.

—Se miente con las piernas cruzadas, para que Dios perdone —me explicó.

Y seguía hablando y yo sentía la necesidad de rajar, peleando contra la gratitud y la lástima. Hice el ademán de levantarme y me sentó a prepo:

—No, no. Usted de aquí no se mueve. Si estamos celebrando.

¿Cuánto tiempo hacía que no hablaba con nadie? Él se había quedado en el pueblo, enterrado vivo, testigo del paso de las estaciones y sabiendo que ya no aparecerían por allí ferrocarriles ni jinetes.

—Se necesita mucho calor —dijo— para que el pájaro salga del huevo. Mucho nido, mucha pluma, se necesita.

Me hizo un mate de barba de chivo. Para curarme, dijo. Dijo que me había escuchado quejarme mientras dormía.

Yo lo escuchaba y lo miraba y hubiera sido fácil irme y chau. Pero me

quedé. Pensaba en la tierra nuestra que había perdido la inocencia y había sido castigada, golpeada con palos y cachiporras, vaciada, quizás asesinada. Pensaba en los encadenados y en los desterrados, en el preso que se ahorcó y en los incontables muchachos que se fueron. Tantas veces hemos creído que se murió la tierra nuestra. Hasta hemos dudado, Clara, tantas veces, de que haya realmente existido alguna vez. ¿No es verdad, Clara? Nos damos vuelta, ¿y qué hay atrás? ¿Un agujero? ¿Te acordás de aquello que decíamos siempre? No descendemos de los aztecas, ni de los incas, ni de los mayas: descendemos de los barcos. ¿Te acordás? ¿Era una broma eso? Y adelante, ¿qué hay? ¿Otro agujero más grande todavía? ¿Una vaquería, un baldío vacío de hombres y con costa para turistas? ¿Un mercado de esclavos en oferta? ¿Una fuente de carne humana para vender a países que hablan otras lenguas y sienten de otro modo? ¿Eso, y nada más que eso? ¿Una tumba para presos, una cárcel para muertos? ¿Eso? ¿Eso, y la memoria lastimada? Pero entonces, ¿qué quedará de uno? ¿No habrá ninguna tierra que nos guarde la huella?

A la mañana siguiente me despedí del viejo. Me regaló un par de zapatos. Lo vi desde lejos, moviendo un pañuelo enorme con la mano y el perrito al lado. Seguí mi caminata y todo el tiempo iba peleando con esas preguntas en la cabeza. Yo me hablaba y yo me contestaba: y bueno, ¿y qué? Aunque nos duela tanto. Aunque nos deje sin dormir. Aunque nos aplaste el pecho. Somos libres de inventarnos a nosotros mismos. Somos libres de ser lo que se nos ocurra ser. El destino es un espacio abierto y para llenarlo como se debe hay que pelear a brazo partido contra el quieto mundo de la muerte y la obediencia y las putas prohibiciones. Carajo, les vamos a pasar la cuenta. Carajo, pensaba.

Me iba abriendo camino por los pastizales y sentía que la pobre tierra nuestra me llamaba y me tomaba de la mano y me ayudaba a seguir andando, porque yo era su hijo, y me decía: no vas a perder la alegría, jurameló, jurame que nunca vas a perder la alegría, y yo sentía el dolor de los músculos de las piernas y los nervios de los pies rotos para siempre, y pensaba: con tierra como ésta han de haber hecho a Adán, este sol ha de haber sido el sol que fue capaz de madurar la fruta prohibida, y pensaba: carajo, pensaba: esto vale la pena.

Llegué al río un par de días después. Me cruzó un contrabandista. Lo llamaban Quincetiros. Viajamos de noche, y no fue fácil. Creció la marea y el río se alborotó. Al amanecer estábamos en la otra costa. Quincetiros no bajó de la chalana. Quise pagarle y él se rió y se fue.

37. Andares de Ganapán

El sol de la mañana limpia el aire, enciende las plantas de los jardines, baña de luz dorada las paredes de las casas. Por acá viven los que mandan y ellos están a salvo, envueltos, protegidos, tibios: duermen todavía. Si de golpe se abrieran las persianas, ellos se asomarían al mar sobre los tejados rojos, verían un barquito deslizándose y el día creciendo y confirmarían que todo sigue en orden, igual que ayer y mañana: no escucharían ninguna explosión: nada más que la voz de las olas, que es la misma de siempre, y, más cerca, el vuelo zumbador de un moscardón.

Por la vereda anda un ciego que se perdió. En una mano agita el bastón y en la otra un puñado de billetes de lotería. El ciego va pregonando su desafinada letanía por las calles sin nadie.

—¿Quién quiere la suerte? —pregunta el ciego.

—¿Quién quiere ser feliz? —ofrece.

—¿Quién quiere?

Alza los billetes de lotería, recita un número, una terminación, canta la grande para hoy con quince millones.

—¿Quién quiere comprar la luna?

—¿Quién quiere volar?

—¿Quién quiere la suerte? ¿Quién quiere?

Ganapán se cruza con el ciego y ni siquiera lo mira.

La suela de un zapato de Ganapán se ha desprendido y marcha raspando las baldosas. Ganapán no siente frío ni tampoco siente las cosquillas que el sol le hace en el cuerpo. Él va caminando y se pregunta en qué momento, a qué hora, a qué edad, se rompió la melodía.

Va pensando: “¿A quién le digo: devolveme lo que es mío? Yo, que nunca tuve nada, ¿a quién le digo? Antes de que la muerte venga y me agarre, ¿a quién le digo?”. En otro tiempo, cuando era muchacho, Ganapán creía que lo iban a matar dormido. Se le dio por pensar en eso y llegó a saber que alguna vez le iban a abrir el cuello de un tajo, pero entonces no

sospechaba que podía ocurrirle esto de sentirse acabado de a pedazos. Había habido días hermosos reservados para él, el horóscopo decía, pero se ve que se cansaron de esperarlo.

En los jardines frondosos de por aquí, los árboles se han puesto de color cobre. Una hoja se desprende y cae, muerta, de la rama al suelo. El zapato de Ganapán avanza con la boca abierta; la lengua de la suela lame la vereda y se retuerce a cada paso. La Virgen está sorda: ya no se acuerda de Ganapán ni le contesta. No le tiende los brazos. Tantos años sin comunicarse. Se ha de haber mudado, la Virgen. Ganapán cierra los ojos y ve una mujer, pero de esta tierra, alguien que él tuvo y perdió, y en seguida la suprime y retrocede en el tiempo y piensa cómo sería volver atrás, si se pudiera, pero muy atrás, del todo atrás, antes de la gestación y antes del nacimiento y antes todavía, si se pudiera regresar hacia esa especie de dulce muertecita en la que él había estado flotando hasta que le dieron cara y brazos y destino y nombre para ponerse. Eso ha de haber estado por allá por el África, piensa, y había soles rojos allá, y lechos verdosos para cada cuerpo o cosa.

La suela abierta obliga a Ganapán a caminar con los pies alzados y de a poco, como pisando huevos. Se sienta, al fin, en el cordón de la vereda, despatarrado, y se queda mirando el piso, con el pescuezo quebrado entre los grandes hombros redondos. Parece un payaso descomunal, que se jubiló porque ya no podía levantarse cuando se caía.

Pasan autos, le pisan la sombra. Ganapán siente que tiene tanto jugo como un limón seco. Siente que le han roto los huesos, uno por uno, y no sabe quiénes. Hay una estaca invisible que todavía lo sostiene por la espalda cuando anda por ahí. En el fondo. Ganapán teme el tinguñazo final que podría hacerlo rodar, hecho harina, por el suelo, aunque entonces se salvaría de seguir siendo fugitivo del hambre y de la policía y de sus propias sombras perseguidoras de adentro. Porque, pensándolo bien, se dice Ganapán, ¿qué viene a ser uno, carne cruda y huesos, en la inmensidad del espacio que no empieza en ningún lado ni se termina nunca? Y el mundo mismo, si te ponés a pensar y comparás con el tamaño de las estrellas y lo lejos que están, ¿qué viene a ser? Una cagada de mosca. Eso.

Suenan ladridos agudos a espaldas de Ganapán. Él no hace caso. Los ladridos, impertinentes, insisten. Más harto que curioso, Ganapán se da vuelta y mira. Tras los altos barrotes de un portón de hierro forjado, un perro asoma el hocico y le muestra los dientes. Está ladrando para echarlo de ahí, el perro o perra o tiple histérica ante el intruso en el escenario. A

Ganapán no le hacen ninguna gracia esos chillidos rabiosos. Gateando, atraviesa la vereda y enfrenta al perro. Ganapán frunce el ceño y mira fijo. Éste es un perro afeitado, de piel suave y brillante, sin heridas ni huesos a la vista: tiene antepasados y cuello de astracán, mitones en los tobillos y un vientre bien relleno. El perro se calla la boca, crispera el cerquillo de rulos negros, alza el pompón del rabo, araña el pedregullo con las patas de atrás.

En cuatro patas, Ganapán ruge:

—¡Maricón! ¡Perro maricón! ¡Hijo de puta!

Ahora es Ganapán quien ha metido la cabeza entre los fierros del portón, y el perro ha retrocedido y lo mira, hipnotizado de pavor, y da un paso atrás, y otro.

—¡Hijo de puta! —le grita Ganapán, sin levantarse—. ¡Vos comés churrascos de lomo, hijo de puta!

Le tira una trompada pero el perro está lejos. De todos modos el perro pega un alarido y huye hacia la casa; atraviesa el jardín metiendo un tremendo escándalo mientras Ganapán, vociferante, lo putea, lo amenaza y lo invita a pelear.

Una mujer baja las escaleras de la mansión y grita qué pasa, quién está ahí, qué te pasa, Mozart, querés callarte, callate de una vez, mi amor, qué te han hecho, por favor, callate. La mujer avanza por el sendero entre los árboles y Ganapán, agachado todavía, la ve venir desde el portón, le ve de lejos el andar cansino que no tiene nada que ver con el tono de la voz. La ve venir balanceándose con gracia y ve que lleva un delantal almidonado y una franela amarilla colgada de una mano. Lentamente, Ganapán se va incorporando. Ella lleva el pelo atado en la nuca, ahora, pero tiene el mismo cuello alto y flexible, las mismas anchas caderas, las mismas piernas. Ganapán está de pie y le tiemblan las rodillas. Siente un ardor en la garganta. Ella también lo reconoce. Ella se detiene, ella vacila. Da unos pasos.

Ganapán quisiera sofrenar el corazón y decir algo, hola aunque sea, pero ella tampoco puede parpadear ni saludar y se quedan los dos parados un buen rato, mirándose por entre los barrotes, a un par de metros uno del otro, con las manos como sobrando.

Ella es la primera en vencer el asombro. Dice, inmóvil:

—Ganapán.

Y entonces él dice:

—Pitanga —y se apoya en el portón por la flojera de los músculos. Ganapán siente un aroma marcador en el aire, como si no fuera otoño y en

lugar de hojas secas hubiera en el jardín frutas jugosas y flores abiertas en cantidad.

Ella se acerca. Tiene tensos los músculos de la cara y en el cuello le palpita la vena. No se le quiebra la voz para decir:

—Me alegro de verte, Ganapán.

Vuelve la cabeza, mira a cualquier parte, se frota el delantal con una uña:

—¿Me buscabas? —pregunta.

—¿Yo? —dice Ganapán—. Sí, claro. En realidad, yo... No, no.

Ella está tan próxima que se escuchan respirar. Cada uno escucha la respiración agitada del otro.

—Yo... te busqué. Antes —dice Ganapán—. Antes, te andaba buscando por ahí.

Ella toma distancia. Ganapán le ve la punta del pie empujando piedritas.

—Sí —dice ella—. Para matarme.

A Ganapán se le escapa una risa nerviosa:

—Y no te encontré. Fue una suerte, ¿no? Te salvaste.

En la frente de Pitanga se dibujan arrugas. Ella apoya una mano en la cadera, estruja la franela.

—¿Y ahora? —pregunta—. Ahora que me encontraste, ¿vas a quemarme viva?

—¿Ahora? —se sorprende Ganapán—. Ahora, nada.

Ella juega con la franela amarilla.

—Porque ya no te importo, ¿no? Ya no me odiás porque se te importa un comino de mí.

Se miran; Ganapán no contesta. ¿Es verdad? Él no sabe. Puede ser. Y sin embargo.

La franela da una vuelta de hélice en el aire.

—¿Quién te pegó? —pregunta ella.

—¿A mí?

—¿Te viste la cara?

Ganapán se toca el chichón de la frente, la nariz hinchada.

—Ah, sí —dice—. No, no.

—Siempre camorrero, Ganapán —dice ella. Y suavemente inclina la cabeza.

Él silba bajito. ¿Qué puede decir? Ya no hay borrachera, ni boliche del puerto, ni gresca, ni Flecha, ni perdón, ni barco, ni fantasmas. No hay Buscavida. Ayer no existe. Ayer se voló y se fue: es un día menos. No le

dejó comida en la barriga, ni plata en el bolsillo, ni alegría en el pecho.

—Se te ve muy mal, Ganapán —dice ella.

—Es que anoche anduve jodiendo por ahí. Hoy es mi día libre, ¿sabés? Yo... trabajo.

—Me vas a matar del susto.

—Soy telefonista —informa Ganapán, sin vacilar pero con la cabeza gacha—. En la Pan American. Telefonista de la Pan American. Allí.

Un gorrión pega saltitos buscando comida entre las piedras.

—No me digas —responde ella, seria—. Y yo, yo soy profesora de ingles. Aquí.

Ambos alzan la cabeza a la vez; se encuentran los ojos: los dos se ríen a las carcajadas. Se callan, al mismo tiempo, y quedan en silencio un buen rato. Es un silencio pesado. Ganapán no quiere irse, pero quedarse, ¿para hacer qué? ¿Para decir qué?

—Estás muy cambiado —dice ella, por fin—. Mal vestido. Con mala cara. Mire esa facha. Se ve que no te trata bien.

—¿Quién?

—La que te está esperando.

—Ah.

Ganapán alza la mirada hacia las copas rojas de los árboles a medio pelar. Hablar, ¿vale la pena? Siente frío en los dedos de los pies. El silencio hace subir la sangre a la cabeza.

—Nadie me está esperando —dice, por fin, sin mirar a Pitanga.

—¿De veras no tenés a nadie, Ganapán? ¿No hay nadie que te espere?

—Los gurises. Ellos.

Ganapán aprieta un barrote con la mano derecha. Se le ponen blancos los nudillos. Por fin se anima:

—¿Y vos? —pregunta, demorado.

—¿Yo? Tampoco —dice ella—. Yo tampoco tengo a nadie.

Los párpados caídos. Una lluvia de pestañas. La sonrisa triste. El resplandor de los dientes asomando por entre los labios muy rojos.

—Sin pintura... —murmura Ganapán— quedabas mejor.

Ganapán se abraza a sí mismo, se masajea las costillas.

—Son opiniones —dice ella, desdeñosa, y frunce la boca.

Ganapán la ve arquear el cuello y deslizar el mentón hacia el hombro y rascarse la pera contra el hombro y entonces la ve sin ropa, mordisqueando la almohada, y se ve con ella y sobre ella y en ella, derramándose, incendiándose, hechos los dos un lindo revoltijo de transpiración y humo. El tiempo crecía, en aquel tiempo, en vez de

gastarse; cada día tenía, en aquellos días, mucho más de veinticuatro horas. Fue por eso que él supo que no era un metejón de esos que pasan y se olvidan. La quise hasta el caracú, piensa Ganapán. Pero ahora, ¿qué importa? Ganapán quisiera convencerse de que ya no necesita nada de lo que ella tiene. Quisiera poder convencerse de que ya no le gusta. Ella me jodió. Ella me jodió.

—Bueno —filosofa—. Opulencia y decadencia no se mezclan. No se buscan; no están para ser mezclados. Yo estoy en la decadencia. Ya me estoy yendo.

Entonces ella adelanta el brazo, pasa la mano entre los barrotes del portón y le roza el pelo, se enreda los dedos en el pelo abundante y motudo de Ganapán, y en seguida retira la mano y la esconde en la espalda. Ganapán siente que un escalofrío le sube por la columna vertebral.

—Andá, Ganapán —pide ella, balanceándose—. Quedate un poco. Qué te cuesta.

Mozart ha recobrado coraje y ladra desde las escaleras, lejos.

—Tenés que hacer —dice Ganapán—. Estás trabajando. Aquí te tratan bien.

—No me puedo quejar.

—Te van a echar, si te ven.

—Se me importa un pito.

—Me voy, Pitanga.

—Oíme, cabezón. Venite conmigo a la cocina y te caliento un plato de lentejas. Un buen plato de lentejas, bien caliente. Te metés por atrás, nadie te ve.

—No tengo hambre —miente él, y saca pecho—: No necesito. Yo me arreglo. No pido nada. Ni acepto.

Y alza la mano y dice chau. Da tres pasos y ella quita la tranca del portón y lo alcanza de un brinco.

Caminan juntos, sin palabras. Antes de llegar a la esquina, él se apoya contra un muro y hunde las manos en los bolsillos.

—Es verdad que cambié —dice—. Uno no es el mismo. Uno cambia. Cuando recibís la primera trompada, sos un tipo. Cuando recibís la trompada número mil, sos otro tipo o la mitad.

Ella se recuesta en la pared, a su lado. Pasan autos. Uno, dos, tres. Un camión rojo, destartalado, tosiendo.

—Yo te quería, Ganapán —ladea la cara, lo mira de reajo—. Ya sé que no se entiende bien, pero yo te quería.

—Mirá, Pitanga. Al principio, si yo te agarraba, te mataba. Te cortaba

en pedacitos. Hicieron bien en rajar, vos y el caradeculo ese que te engrupió.

—Yo no aguantaba más. No quería odiarte.

—¿Quién era él, Pitanga? ¿Cómo era?

Ella alza los hombros y hace un gesto como de escupir.

—Me dormía —dice Ganapán— y soñando lo veía siempre con una cara distinta. Soñaba que lo mataba, a él y a vos también, y me despertaba cansado. Los busqué; no los encontré.

—Quería irme, y no sabía cómo. No me ibas a dejar. Te tenía miedo. Te quería, Ganapán. Yo te quería. Pero no aguantaba más y quería cambiar de vida y te tenía miedo.

—Y después vino lo peor. Porque ya no podía dormir, ¿sabés? Me acostaba y no me podía dormir. Les pegaba a los gurises. No soportaba a nadie. No tenía adónde ir. No me hallaba en ningún lugar y con ninguna persona. Hiciste mal en acostumbrarme a tenerte, Pitanga.

Con el pulgar, Ganapán recorre la vieja cicatriz que le corta la cara.

—Andaba mareado de tristeza. Cuando uno anda así, los demás disparan. No querés ver a nadie y nadie quiere verte. La tristeza es una lepra. Quería emborracharme, con alcohol de primus aunque sea, pero vos sabés cómo me cuesta a mí emborracharme. Para tomar soy una esponja. Esa es una de las contras mías: lo mucho que aguanto. Y además, me ponía a tomar y me iba más al fondo todavía, y cuanto más tomaba, más triste andaba y más peleador. Le rompía los dientes al primer tipo que encontraba, porque me miraba torcido o porque me miraba derecho o porque no me miraba. Al final, se me fueron las ganas del crimen. La tristeza quedó.

Ella apoya la cabeza en el hombro de Ganapán. Él no le cuenta que se despertaba diciendo su nombre y manoteando en la oscuridad.

El gran momento. El único. Después, rodar hacia la cloaca. Esto había sido más que cualquier viaje o guerra o fiesta. Esto. La miel que Flecha probó y por la que fue condenado. Esto, ¿qué es, ahora? Ganapán se sorprende de sentir cariño por la atrocidad del dolor que ella le había dejado. ¿Se puede amar todavía este dolor? ¿Abrazarlo, abrigarlo, hacerle un sitio? Esto. Esta llaga. Más vale irse. Olvidar de nuevo. Estar solo.

Pero ella le clava las uñas en el brazo y se desahoga.

—Ese guacho de mierda —dice—. Yo le creí todo. Cuando me desperté, ya se había hecho tarde. Yo tuve mi castigo, Ganapán. No creas. Vos no sabés...

—Sí sé. Supe. Después, supe.

—¿Qué supiste? —pregunta ella.

A Ganapán le cuesta hablar. Hablar duele. Si tuviera la armónica. Si la armónica no estuviera rota. Si él la tuviera, ahora, en el bolsillo de atrás, se la llevaría a los labios y soplaría mucha música y la música ondularía por el aire y le aliviaría el dolor, el dolor ya no estaría adentro tironeando, porque la música arranca la pena y se la lleva lejos.

Ganapán dice:

—Supe que te sacó hasta el anillo. Que te cortó la melena y la vendió para peluca.

Ella se desprende de la pared.

—Hubo más.

—¿Qué más?

—No importa.

—Decime.

—No sabés lo peor.

—Decime. Todo. Quiero saber.

—Más vale no hablar.

—Sí. Todo.

Escuchar duele. Y uno cierra los ojos y aprieta bien los párpados y uno quisiera hacer de cuenta que, sin armónica, la música nace lo mismo. Uno quisiera sentir que la música se escurre, viborea, es un hilo de agua, una cosa de nada que va creciendo dentro de uno y va mojando el alma seca, capaz de convertir el dolor en viento y melodía.

Ella camina en semicírculos, frente a Ganapán. Arrastra los zapatos; con los tacos arranca chispas a las baldosas.

—Quería obligarme a hacer la calle.

—Todo. Todo.

—Me tuvo trabajando en un bar del puerto.

Ganapán escucha con los ojos cerrados.

—Había un enano —dice ella— que me vigilaba, y una vieja repelente que quería obligarme a... A los tres días, me escapé. Estaba muerta de miedo. Tenía miedo de quedarme y miedo de andar sola y miedo de volver con vos. Eso no lo sabías, ¿eh?

—Sí sabía —dice Ganapán, con calma—. Lo supe ayer.

—¿Ayer?

Ella se detiene, desconcertada, y Ganapán cabecea, abre los ojos, dice:

—Y el tipo, entonces, era el mismo Caralisa que yo... Era ese hijo de puta.

Una sonrisa tristona se abre en la cara de Ganapán. Se mira el puño cerrado, le echa aliento, le saca lustre en la camisa. Dice:

—Yo los reventé a todos.

—¿Cómo?

—Lo que oís. Les cobré lo que debían.

—¿Cuándo? ¿Qué cosa reventaste? No entiendo.

—No importa.

—¿No me vas a explicar?

—No.

Un policía pasa caminando y les echa una ojeada. Lleva un revólver de reglamento pegado al muslo y un machete de madera le cuelga de la cintura.

A Ganapán le dura poco la vaga sensación de justicia. La venganza hincha los pulmones y el día de ayer cobra un poquito de sentido, pero al fin y al cabo eso no salva nada de lo naufragado. Se devuelve un golpe, ¿y qué? Los agujeros de lo que uno perdió, ¿con qué se rellenan?

—Está bien —ella endulza la voz—. Te creo. Vos sos capaz de reventarlos a todos ellos juntos. Vos sos muy fuerte, Ganapán.

Se desanuda la cinta rosada de la nuca. Se suelta el pelo, cierra los ojos. Lo llama con el pulgar. Le ofrece los labios.

Ganapán la contempla, lejano. La memoria le secretea rencores. ¿Bailar juntos? Hace tiempo que el bandoneón tocó la última pieza. Súbitamente, Ganapán siente que se reabre un tajo que le atraviesa la memoria y llega mucho más allá y lastima más hondo.

—Ganapán —dice ella, esperando.

Él extiende el brazo y la levanta por el cuello y le aplasta el cuerpo de espaldas contra la pared. Ella pestañea, atónita, asustada. Tartamudea una protesta. Ganapán la retiene por el cuello, con el brazo extendido, tensos los músculos, y el brazo es un tronco con gruesas venas que se enroscan como plantas trepadoras.

—El gurí —ronca Ganapán.

—¿Qué gurí?

A ella la asusta esta mirada que le apunta como un arma.

—El nuestro. El que te llevaste.

Ella se muerde los labios, niega con la cabeza.

—Me vas a decir —apura Ganapán, masticando y escupiendo, lentas, las palabras.

—Soltame y te digo.

Ganapán afloja la presión del puño. Ella se da vuelta y hunde la cara

en la pared.

—Me vas a decir qué hiciste con el gurí —insiste Ganapán, peligroso, sin apuro, hablándole a esa espalda que tiembla sacudida por los sollozos.

—Lo regalé, Ganapán.

Ganapán da un paso atrás, atontado por el golpe en la mandíbula. Deja caer los brazos. Siente las manos dormidas. Todo el cuerpo dormido. Los nervios no funcionan.

Ella llora, de cara a la pared.

—Lo regalaste —dice Ganapán.

La agarra de un brazo y la vuelve violentamente contra él. La atraviesa con los dedos. Le habla masticándole la cara.

—¿Y para eso te lo llevaste, al Pirincho? ¿Para regalarlo, te lo llevaste?

Sobre la cara de ella, hinchada y mojada por el llanto, resbalan ríos de rímel.

—¿Y qué querías que hiciera? —solloza—. ¿Te creés que me gustó, regalarlo? Yo trabajo de sirvienta. En ninguna casa te aceptan con un bebé a cuestas.

—El Pirincho. Tan chiquito y regalado. Como si fuera cosa —dice Ganapán, hablando para sí, en voz baja, y de golpe ruge—: ¡Que me lo dejaras! ¡Eso quería! ¡Que me lo dejaras a mí!

Ella grita más fuerte:

—¿Para qué?

Aúlla:

—¿Para que fuera un muerto de hambre como vos?

Ganapán se aparta. La mide para partirle la cara. Le dice, entre dientes: “Putá”. Cierra el puño. Le ve el susto en los ojos y vacila y raja la pared de una trompada.

Ella se desliza hacia el suelo, como en un lento desmayo. Ganapán se lame la sangre del puño derecho. La pared es más fuerte que el puño. Siente un dolor de nudillos astillados. Algo se ha roto ahí adentro de la piel. Ganapán se aprieta el puño y ve las estrellas.

Reconoce, súbitamente, el nauseabundo olor a policía. Una mano surge de atrás y le atrapa el hombro.

—Quieto —dice el policía—. Date preso.

Le hunde el caño del revólver en las costillas. Ganapán se vuelve y lo encara. Con gorra y todo, el policía no le llega más arriba del mentón. Ganapán le retuerce la muñeca y el agente del orden aterriza boca abajo en plena calle. Ganapán se va caminando, tranquilo, sin volver la cabeza. La suela del zapato chicotea las baldosas: plaf, plaf.

Pitanga se sacude la ropa. El policía, atontado por el porrazo, anda queriendo levantarse. Pitanga se lo ve venir y sale corriendo. Alcanza a Ganapán, que camina con las manos en los bolsillos. El policía hace sonar el silbato y algunos tiros. Los vecinos se asoman, alguien grita; una señora se persigna y cierra los postigos. Ganapán y Pitanga corren a todo lo que dan, sin rozar el asfalto. Huyen hacia la rambla. Un camión pega un frenazo: se salvan raspando. Ganapán se descalza en un santiamén; arroja los zapatos a cualquier lado y sigue corriendo.

En la bocacalle siguiente, aparecen otros policías. Ganapán elude a dos con un amague de cintura, pero el tercero se le arroja a los pies y él rueda en un remolino de puñetazos y patadas. Un policía alza la cachiporra por atrás de Ganapán y le va a reventar la nuca, cuando Pitanga lo alcanza de un salto y le clava el taco del zapato en la cabeza. Se oyen puteadas y más balazos y el griterío del barrio, pero Ganapán es un tanque que avanza aplastando enemigos, golpeando con los codos, con el puño izquierdo, con los pies, y va abriéndose paso, invulnerable, y luego se convierte en un avión que vuela con Pitanga en el aire prendida de un ala, por encima de todos.

A la vuelta de una esquina, Ganapán enlaza a Pitanga por la cintura y salta a un ómnibus en marcha. Atrás queda, lejana, una nube de polvo y bronca.

Se aprietan uno contra el otro en la plataforma del ómnibus vacío.

—¿Estás entera?

—¿No te falta nada?

—La nariz, ¿la tenés?

—¿Y el brazo?

Se palpan y se ríen.

—Ahora nos bajamos —dice Ganapán—. Y tomamos otro.

—Nos vamos a casa —dice Ganapán.

—¿Tenés cigarrillos? —pregunta—. Ando precisando un cigarrillo.

Ella no dice nada. El corazón, agitado por la pelea y la carrera, late a los saltos.

En la costa se respira un aire limpio y agradable. Los pescadores, inclinados contra las cuerdas, están recogiendo la red. Algunos curiosos los miran hacer. En la rambla, Pitanga sube, con Ganapán, al ómnibus suburbano.

Cuando va a sentarse, ella vacila:

—Tendría que ir a buscar mis cosas —dice.

—Te fuiste sin nada —dice Ganapán— y no quiero que traigas nada.

Las cosas que tengas no me van a gustar.

—Está bien. Pero...

Ella se come las uñas.

—Venite conmigo —dice Ganapán— y chau.

—Está bien. Tá.

—¿Qué tenés aquí?

Ella se revisa los bolsillos del delantal:

—Algo de plata para los mandados —dice.

—¿Y qué más?

—La franela la perdí en el entrevero. Ah. El relojito este.

—¿Te lo regaló alguien?

—Lo compré yo.

—No me mientas.

—Me costó un sueldo.

—Y bueno. Más no se precisa. Allá te espera la ropa y lo que dejaste. Nadie metió las manos en eso. Quise quemar todo pero me dio no sé qué. Quise vender tus cosas y no pude. Si seré maula. Ni siquiera me animé a romper tu foto.

Ganapán bosteza. El puño está hinchado y arde y duele. “Vuelvo de la guerra”, piensa Ganapán. “Estoy todo averiado. ¿Guerra ganada o guerra perdida? ¿Guerra contra quién? La pucha que es violento vivir. ¿Cada cuántos minutos uno nace y muere? La pucha.”

Encoge el cuerpo y nuevamente bosteza y se acurruca contra el hombro de Pitanga. Ella se estremece. La sueñera es una niebla tibia que envuelve a Ganapán y el hombro de Pitanga es un lugar tierno y seguro para echarse. “La pucha. Todavía prendido a la vida como perro en vaca muerta. La pucha. Dormite, ahora —se dice—. Dormite, Ganapán. Y después... a meterle fierro, que el mundo es un potrero.”

Ella le besa suavemente el puño lastimado.

Ronronea el motor. No se escucha otro sonido en el ómnibus vacío. El pecho de Ganapán, pecho de toro, sube y baja.

—Cantate algo, Pitanga —murmura Ganapán—. Cantate un tango bien bajito.

Y mientras ella canta como en secreto, él se deja ir por el túnel del sueño.

38. La ciudad

Estando la tierra lastimada por el poder y los triunfos de los señores de la tierra y de la guerra, el viento se alza desde las praderas baldías y se queja.

En la ventolera se escucha bramar a los animales: los arrancan de las pasturas y los claros del monte y los arrear a los mataderos y los meten en los bretes: los empujan a la muerte a golpes de picana eléctrica: les cierran la trampa de madera: les aplastan los huesos del cráneo.

Una mujer canta en el café que da a la plaza y el viento conduce su harapienta voz de gorrión y se lleva los vagidos de las cuerdas del violín. El viento también transmite el griterío pavoroso de un hombre que revienta su vaso de vino contra el suelo y propone ahogar a todos los viejos en un inmenso vómito de veneno y a los muchachos les grita váyanse, no hay ningún destino, sálvense, váyanse al culo del mundo. Y acarrea otras cosas el viento, como ser, sin ir más lejos, el alboroto de un preso que imita a un perro que ladra y se va convirtiendo en un perro que imita a un preso y no deja dormir a los demás presos.

Aullando a lo animal, el viento arremete y rompe las amarras de las embarcaciones, humilla los árboles, atropella las puertas, invade las casas: el hombre acorralado salta y enfrenta al viento con un dedo en el gatillo. El hombre acorralado duerme con un solo ojo y despierta antes que el día. Le dan miedo los ecos de sus propios pasos y los focos de los automóviles que doblan las esquinas. Los gatos que se descuelgan de los tejados también le dan miedo. Camina de oscuridad en oscuridad, pegado a las paredes. El hombre acorralado puede irse pero se queda, atado a la ciudad por una deuda misteriosa que el viento conoce. Se queda y va orejeando, sin sorpresa, las barajas desgraciadas que le esperan en el mazo.

El viento norte viene con tierra; el del este, con lluvia; el pampero, con frío; y todos arrojan remotos puñales contra los vidrios de las ventanas y anuncian el huracán criminal que alguna vez vendrá con fuego y nos

revelará la palabra buscada.

Mientras tanto, en los potreros, relinchan los caballos en celo, y el viento trae el olor del deseo, que es el olor del primer día de la Creación.

39. El regreso / Andares de Ganapán

Mariano ha vuelto al camino de la fuga. Está queriendo rumbear, por el borde del arroyo, hacia la casa del hombre que lo recogió. Recorre así, con las piernas, la ruta que antes había transitado con las palabras para Clara. También en sueños había andado por aquí, muchas veces, traído por imágenes que lo rescataban de sobresaltos y pesadillas y lo despertaban salvado.

El camino se hace mucho más largo. En aquellas horas, cuando corría acosado por los tentáculos de la Máquina, la desesperación y la alegría de la libertad le habían dado fuerzas para atravesar el mundo de un salto. Ahora, sin aquellas botas de siete leguas, Mariano se cansa fácil y dos por tres cree que se pierde. ¿Voy bien? ¿Es por acá? ¿Vale la pena seguir buscando? Reconoce lugares, se confunde; vacila y sigue. Ya no silban los tiros, ni le cala la cabeza el alarido de las sirenas. Los reflectores no le mordisquean los talones. No lo persiguen los hombres ni los perros.

Está cayendo la tarde. Los caballos exploran, sueltos, el pasto lleno de abrojos. De las flores estrelladas de los cardos, escapan bichitos minúsculos: harán sus recorridas nocturnas: no todos verán la próxima mañana.

Más allá de la vasta intemperie de los basurales, desnuda de árboles, caracolean los policías a caballo. Marchan al trote; los cascos agregan polvo al polvo del aire. Se alzan altas columnas de humo blanco, basura quemada, aquí y allá. Los hombres desaparecen y los perros husmean los desperdicios. Las pértigas de los carros vacíos apuntan al cielo. Hojas secas y papeles revolotean en la humazón de la basura. Mariano camina a través de los olores agrios y la humedad que pesa, gelatinosa, en el aire. Los caballos de los policías se alejan rumbo a la ciudad. Los altos edificios, ceniza enrojecida por las últimas luces del día, se encogen en el horizonte. La ciudad: otro planeta. La ciudad ajena, distante, inaccesible. Pero éste es el vaciadero donde van a parar los restos de lo que ella tritura y engulle

cada día: este desierto de moscas y botellas vacías y cosas rotas y podridas: este paisaje de luna sucia.

En el cielo, colgando bajo, los nubarrones oscuros van adelantando la noche. No sopla viento. Puede ser que llueva. Mariano apura el paso hacia la hilera de ranchos torcidos por muchos vendavales y tormentas.

Mariano no había visto ni oído nada cuando yacía en el carro aquel, aquella noche, tiempo atrás, pero ahora se deja ir y un olfato secreto le va guiando los pasos y le avisa que anda cerca: tibio, tibio. Desde los ranchos, por entre latas o arpilleras, asoma de vez en cuando un par de ojos inmóviles: lo miran pasar sin curiosidad, ni amenaza, ni miedo.

Mariano ve, a lo lejos, un caballo verde. Parpadea, se restriega los ojos: no, no lo están engañando las sombras juguetonas del atardecer: el caballo verde está ahí, tras la cerca de tablones, y está sacudiendo la cabeza, las verdes crines escasas, como saludando. Detrás, cerca de la cachimba, se alza un rancho destartado, dibujado por un niño con borrones y tachaduras. Tibio, caliente, caliente, se quema: estos chiquilines son aquellos chiquilines. Uno de ellos trepa a la cerca y desde ahí salta sobre el lomo del animal y se le prende al cuello. El caballo se agita un poco y se resigna. Pero luego, a traición, mueve el anca y el gurí va a parar de bruces al suelo.

El gurí se llama Abrojo. Tiene ojos de pirata, y es.

Abrojo se levanta y corre. Se mete en el rancho y embiste contra las faldas de Pitanga: entonces rompe a llorar. Ella le acaricia la nuca, le pasa saliva sobre los codos raspados; sopla. Ganapán no hace caso. Abrojo sigue llorando. Ganapán está ocupado. Quiere encender el fogón con leña húmeda. Es leña de pino, que hace mala brasa, pero no se consigue nada mejor tirado por ahí.

Ganapán está hablando del caballo:

—Me trajiste suerte, Pitanga —dice—. Actor, había sido. Estrella de cine. Ahora no se despinta con lluvia ni con cepillo.

Enciende una pelota de papel de diario, la introduce entre los troncos. El papel llamea, se retuerce y antes de apagarse del todo se deshace en basuritas negras que bailan en el aire. La madera humea, sin fuego, un humo acre y espeso.

—La puta que la parió, leña de mierda —tose Ganapán.

—Dame querosén —pide, tosiendo—. ¿Queda?

Se oscurece, de pronto, la puerta del rancho.

Ganapán, hincado, vuelve la cabeza.

—Buenas tardes —escucha.

Los ojos le lagrimean por culpa del humo, pero reconoce la voz. Derrama un poco de querosén sobre la leña. Frota un fósforo, siente las llamas crepitar.

—Pensé que ya no volvía más nunca —dice, por fin, sin sorpresa.

—Me costó reconocer la casa —explica Mariano, desde la puerta—. Preguntar por el nombre, no podía. Nunca supe su nombre.

Ganapán sale. Se abrazan. Los chiquilines brincan a espaldas de Mariano, le tironean los pantalones. Mariano alza a uno, luego a otra; los hace dar vueltas de carnero en el aire.

Pitanga también sale, y saluda al recién llegado alzando la escoba.

—¡El enfermo! ¡Volvió! ¿Te acordás, Chispita, que le habían echado el mal de ojo? Ahora cambió de color y le salieron bigotes.

Chispa, la mayor, recuerda, y quizás también Churrinche, aunque no parece tan convencido, pero Abrojo mira con desconfianza desde atrás de la ropa colgada. Los hijos y los entenados de Ganapán. Mariano advierte que falta uno, que era recién nacido cuando él estuvo ahí.

Ganapán se acerca al caballo, lo palmea:

—¿Qué me dice del socio que me conseguí? —muestra, orgulloso—. Para faenarlo no da, porque es muy viejo. Me lo regalaron hoy. Volvió la Pitanga y me trajo suerte.

Mariano lanza al aire una tapita de Coca-Cola, la baraja en la rodilla, la entretiene en el empeine, con chiquitas, y la pateo de zurda, Abrojo ataja. Abrojo se acerca, va entrando en confianza.

—¿Vos, qué sos? —pregunta.

—¿Yo? Mago.

—¿Sabés mover las orejas?

Ganapán sube y baja del caballo, retrocede unos pasos para verlo mejor:

—Le puse Fulero, de nombre —explica—. Aquel que tenía se me murió. Ya no podía trabajar, yo. Ahora, con Fulero, voy a volver al negocio de la basura. Por las botellas vacías no pagan casi nada. Por los papeles no te dan ni las gracias. Pero algo hay que tener para engañar la barriga.

Le frota la pelambre verde, le arranca unos abrojitos del vientre.

—Se ve que es inteligente —dice—. Me va a acompañar, Fulero. Un poco viejo está, pero trabajó en una película, ¿sabe? Anduvo dedicado a eso, estos últimos tiempos. De ahí le viene este color que es único en la historia universal de los caballos y los humanos. ¿Qué me dice?

—Es mejor que el otro —dice, por decir, Mariano.

Fulero bosteza. Está muy aburrido, pero desde hace años.

—Andaba yo de caballo, ¿sabe? —cuenta Ganapán—. Entre las varas, yo, caballo de dos patas. Imaginesé. Así no marchaba la cosa. No me iba a andar pegando yo mismo con el arreador. Mi arreador, ¿conoce? Mire. Mire qué trenza larga y silbadora. Aunque con Fulero no voy a precisar. Nos vamos a entender conversando.

En la esfera del reloj de Mariano giran varias agujas brillantes y misteriosas, Chispa le pide prestado el reloj. Lo aplasta contra el oído, lo sacude. Ella tiene dos trencitas, paradas como antenas, atadas con moñas de seda amarilla.

Ha empezado a garuar, suavcito, y Ganapán y Pitanga están abrazados junto al caballo, sonriendo de oreja a oreja, como esperando una foto. Mariano siente en la cara las cosquillas de la garúa, tip-top-cloc, y los chicos cantan que llueva, que llueva. Por un instante Mariano cierra los párpados. La vieja está en la cueva, cantan los chicos, y Mariano se deja pinchar por la llovizna y queda como sordo y Ganapán tiene que repetirle la invitación a entrar en la casa.

—Se va a mojar, hombre —le dice—. Vengasé. Vamos a comer alguna cosa.

Abrojo sale corriendo. Al rato entra al rancho con un par de botellas en los brazos.

—Yo, más comodidad, no preciso —dice Ganapán—. ¿Para qué quiero más comodidad, yo? La comodidad te doma, a la larga.

En la olla, hierven los fideos. Pitanga echa sal; revuelve.

Los rojos resplandores del fogón lamen las imágenes de Gardel y la Virgen de Fátima y tiemblan sobre las actrices en biquini y los paisajes suizos, que tapizan las paredes de arriba abajo. Los viejos cromos de revistas y almanaques están hinchados por las pústulas de la humedad y las huellas de las moscas.

Adentro hace calor. Zumban los mosquitos y otros bichos refugiados de la lluvia. Ganapán mete el cucharón en la olla; atrapa un largo fideo con los dientes; prueba. Entre las piernas circulan niños, gallinas y un perro. El caballo, empapado, asoma el hocico por la puerta. Resopla; solicita. Sitio, no hay. Es expulsado.

Pitanga sirve los fideos. Los platos no alcanzan. Chispa come sentada en las rodillas de Mariano. Junto con los fideos, aparecen algunos huesos con poca carne.

—Hacé de cuenta que es lomo —aconseja Ganapán, haciendo chasquear la lengua.

Come con la mano izquierda. La derecha está escondida entre las

piernas.

—Nos está faltando un buen tuco —explica—. Le pusimos morrones y ají, que de eso tengo cualquier cantidad. Pero hoy no me quisieron fiar aceite, ni tomates, ni cebolla de verdeo.

Las latas de conserva hacen de vasos. Hay que beber el vino con cuidado, porque los bordes pueden cortar los labios.

—Gracias a Dios, vino hay —dice Ganapán—. Hacé de cuenta que es bueno.

Churrinche roba un trago del vaso de Mariano. Hace una mueca, tose. Chispita se desliza de las rodillas de Mariano y se para junto a Ganapán; le explora las canas en la pelambre motuda. Abrojo juega con fósforos. Los raspa contra el borde arenoso de la caja y los arroja contra Mariano. Mariano aprieta los párpados y traga saliva, pero a Dios gracias los fósforos se apagan por el camino.

—Son antorchas —informa el incendiario.

Amasa bolitas con miga de pan. Cuando los proyectiles están bien duros, a punto, los lanza al rostro de Mariano.

—Son balas de cañón —informa el artillero.

Pitanga le pega un manotazo y él se pone a salvo de un salto: la olla tambalea; resbala un tizón, cae al suelo con una lluvia de chispas. Una gallina aletea; el perro estornuda y se lame el hocico quemado.

Abrojo explica, desdeñoso, señalando a Mariano con el pulgar:

—Este mentiroso dice que es mago pero no sabe mover las orejas. Todos los magos saben. Hay un amigo mío que es mago de verdad y trabaja en la tele. Él, si quiere, mueve bien rápido las orejas y vuela como avión.

—¡Salgan de ahí! ¡A dormir! —ordena Pitanga—. ¡A dormir todos! ¡Vamos!

Tironea a Churrinche de un brazo. Él está contando, al oído de Mariano:

—Cuando yo sea grande, voy a ser jugador de fútbol y voy a tener una cama para mí solo.

Se zambullen los tres en la cama. La pelea es larga; incluye llantos y griterío. Por fin, Pitanga los acomoda, Churrinche de un lado, Chispa y Abrojo del otro lado, pero las patadas continúan por abajo de las cobijas.

Pitanga raspa los platos; echa las sobras a la olla. Lava los platos en el tacho del rincón. Ganapán ha encendido el farol a querosén, farol humoso, de vidrio tiznado y mecha escasa. Las mariposas grises vuelan en torno al farol; en las paredes, giran las sombras.

Pitanga se agacha para apagar el fogón. Ganapán le mira las caderas,

relumbrosas, resbalosas de luz amarilla.

El perro bosteza, se rasca las pulgas; da varias vueltas, sin decidirse, hasta que se echa en el rincón y se duerme.

Ganapán pela, lento, una naranja. La sostiene con la mano derecha y con la izquierda la va desnudando de a poco. El rollo largo de la cáscara cae al suelo. Ganapán acaricia la naranja; la modela, redonda, dorada, hinchada de jugo. La mira fijo. Le pega un mordiscón. El jugo chorrea desde los dientes. Ganapán se relame; se limpia la boca con la manga de la camisa.

Nadie habla. Pitanga recoge un diario viejo para cubrirse la cabeza y antes de entrar en la lluvia, desde la puerta, explica:

—Ustedes tienen que hablar. Me voy con doña Anunciación. De aquí a un rato, vuelvo.

—No, no, por favor, quédese —dice Mariano, y se levanta, incómodo, pero ella dice:

—Tengo que ayudarla. Ella solita no puede. Hay que darle los remedios al viejo y comida a la vaca.

Los dos hombres quedan solos. Se escucha la respiración de los chicos, derrotados por el sueño, y la música repetidora de la lluvia.

Mariano ofrece un cigarrillo.

—¿Qué le pasó en la mano? ¿Y en la cara?

Ganapán se mira el puño derecho, inflado como un globo. Alza los hombros:

—Anduve en la mala.

Sonríe, desganado:

—Cuando uno anda en la mala, hasta el carancho vuela de espaldas. Los amigos te hablan de perfil.

—Pero ahora —dice Mariano— está cambiando el viento.

—Y sí. Quién sabe.

—Puede ser.

—Quién le dice.

Ganapán se apoya de espaldas contra la pared. Fuma, entrecerrando los ojos.

Mariano aplaude y cae un mosquito. Ganapán pega un respingo. Otro mosquito se escapa.

—En la próxima vida —sentencia Ganapán— nosotros vamos a ser mosquitos y ellos, gente. Ahí sí que nos vamos a vengar.

—En la próxima vida —dice Mariano—. Si tenemos. ¿Usted cree?

—Yo, no sé. Digo nomás.

¿Y si no tenemos?, piensa Ganapán. ¿Y si el cementerio es la última estación del tranvía? A este hombre lo corrieron a tiros, piensa. ¿Habrá sentido la muerte en la nuca? ¿Qué habrá pensado? Contra la muerte no hay coima que valga, ni explicaciones. La muerte: hay quienes se sientan a esperar que llegue y hay quienes salen a buscarla.

Mariano le mira el puño, de cerca.

—¿No conviene que lo vea un médico? —pregunta.

—Ya va a pasar.

—¿Le duele?

—Cuando está así, quieto, ni lo siento. Esto se sana solito.

—¿Siempre se cura así, usted?

—¿Usted sabe qué edad tengo yo, mocito? —responde, pregunta Ganapán—. Nueve años. Nueve años recién cumplidos —se ríe—. Yo nací un 29 de febrero. Por eso.

Bebe un largo sorbo de vino. Sirve más, para los dos. Arranca, pap, el corcho de la segunda botella.

Se levanta y recoge del suelo una bolsa llena de puchos. Los desparrama sobre la mesa. Los va abriendo, uno por uno, y junta el tabaco en una montañita.

—¿Puedo ayudar? —se ofrece Mariano.

Ganapán le alcanza las hojillas.

—Si quiere ir armando —dice.

Fabrican cigarrillos con el tabaco usado. Mariano no se anima a ofrecerle su paquete de cigarrillos con filtro. Vagamente intuye que sería una ofensa. ¿Y dinero? Peor. Mariano se esmera, distribuye con cuidado el tabaco, lo aprieta un poco, lo enrolla y pega la hojilla con saliva. Pero los cigarrillos le quedan algo torcidos, y demasiado flacos, y con barrigas. Ganapán trabaja con una sola mano, pero le salen perfectos. Trabaja en silencio, y Mariano no sabe qué decir.

En eso, sin querer, vuelca el vaso con el codo. Por suerte el vino no moja el tabaco; el vaso estaba casi vacío. Ganapán le dice:

—No se preocupe.

Moja el dedo índice en la lagunita de vino y humedece la frente de Mariano. Lo mira fijo y agrega:

—Usted va a necesitarla, ¿no? Usted va a necesitar mucha buena suerte.

—Yo... —vacila Mariano— yo quería...

—¿Qué hacía cuando estaba preso? —pregunta, de golpe, Ganapán.

Mariano se sorprende.

—¿Usted sabía que...?

—¿En qué se entretenía? ¿Hacía cigarrillos cuando estaba preso?

—Trataba de dormir —dice Mariano—. La noche es la misma, para el libre y para el preso. Digo, si uno consigue dormir. Aunque a veces venían las pesadillas o los soldados.

Uno de los niños tose. Otro se revuelve, inquieto, en la cama. Mariano se levanta, les echa una ojeada; teme que se caigan. Pero no.

De un certero lengüetazo, Ganapán culmina un cigarrillo. Lo deposita en la cumbre de la pequeña pirámide que se va formando, poquito a poco, sobre la mesa. Mariano vuelve a sentarse. Los dos hombres se miran a los ojos.

—¿Por qué se escapó? —pregunta Ganapán.

—Por... curiosidad. Por saber cómo serían los días siguientes, y las noches, fuera de la jaula.

Ganapán asiente con la cabeza.

Mariano quisiera saber:

—¿Usted cómo...?

—Supe —dice Ganapán—. Supe, nomás.

—Ellos vinieron, ¿no? Vinieron a averiguar.

—Pasaron por aquí. Andaban buscando a uno que se les había perdido por ahí por el arroyo.

La lluvia repiquetea, vigorosa, contra el techo de lata. Hay goteras por todas partes. Ganapán cruza las piernas; balancea un pie descalzo. Mariano mira el dedo gordo que sube y baja como haciendo señales.

—Ningún vecino cantó —dice Ganapán, hinchando el pecho—. El barrio, mudo.

Abre una sonrisa ancha:

—Y yo, ¿qué tenía que ver?

Se ríe, una risa llena de dientes muy blancos:

—Nunca me meto en líos. ¿No? A mí, que me revisen.

Pega una palmada fuerte en la espalda de Mariano.

—Yo vine para darle las gracias —dice Mariano, atragantado—. Para eso vine. Y también...

Ganapán gruñe; se rasca la barriga por entre la camisa desabotonada. El ambiente huele a querosén y a comida.

—Yo lo había estado estudiando, a usted —dice Ganapán—. Cuando estuvo aquí, lo estudié. Me cayó bien, la verdad. Pero tenía modales de rico, y no creí que volviera. Fue una sorpresa verlo, la verdad.

Súbitamente resuena un ruido lejano y extraño, de eco largo. Ambos

paran la oreja. Escuchan, tensos, silenciosos, el latigazo que cimbreo en el aire, más poderoso que la lluvia. El eco tiembla, lastimero: vibra: persiste en los oídos.

Luego, lentamente, la tensión se afloja. Ambos encienden cigarrillos. Sólo escuchan llover.

Entonces Mariano apoya los codos en la mesa, adelanta la cara:

—Y también...

—Estamos jodidos —dice Ganapán.

—Hay que hacer algo, ¿no? —dice Mariano.

—Y sí. Estamos jodidos, pero algo hay que hacer.

—Yo creo.

—Y sí. Con respirar no alcanza. Yo...

Al pobre farol le queda poca llama.

Las dos sombras, gigantes, se aproximan en la pared de lata.

Índice

Datos al margen	6
1. La ciudad	7
2. La ciudad	9
3. El regreso	10
4. La ciudad	13
5. Andares de Ganapán	14
6. La ciudad	21
7. El regreso	22
8. Andares de Ganapán	30
9. La ciudad	38
10. Andares de Ganapán	39
11. El regreso	53
12. La máquina	57
13. El Santo Oficio de la Inquisición	59
14. El regreso	61
15. El Santo Oficio de la Inquisición	63
16. La máquina	64
17. La ciudad	73
18. El Santo Oficio de la Inquisición	75
19. La máquina	76
20. El Santo Oficio de la Inquisición	80
21. La máquina	81
22. El Santo Oficio de la Inquisición	82
23. La máquina	83
24. La máquina	86
25. El Santo Oficio de la Inquisición	88
26. La ciudad	90
27. El Santo Oficio de la Inquisición	91
28. Andares de Ganapán	93
29. El regreso	98

30. La máquina.....	102
31. La máquina.....	104
32. La máquina.....	106
33. Andares de Ganapán.....	110
34. El regreso.....	121
35. Andares de Ganapán.....	128
36. El regreso.....	141
37. Andares de Ganapán.....	146
38. La ciudad.....	158
39. El regreso / Andares de Ganapán.....	160